

El Cronista de la Provincia
de Málaga

B. L. M.

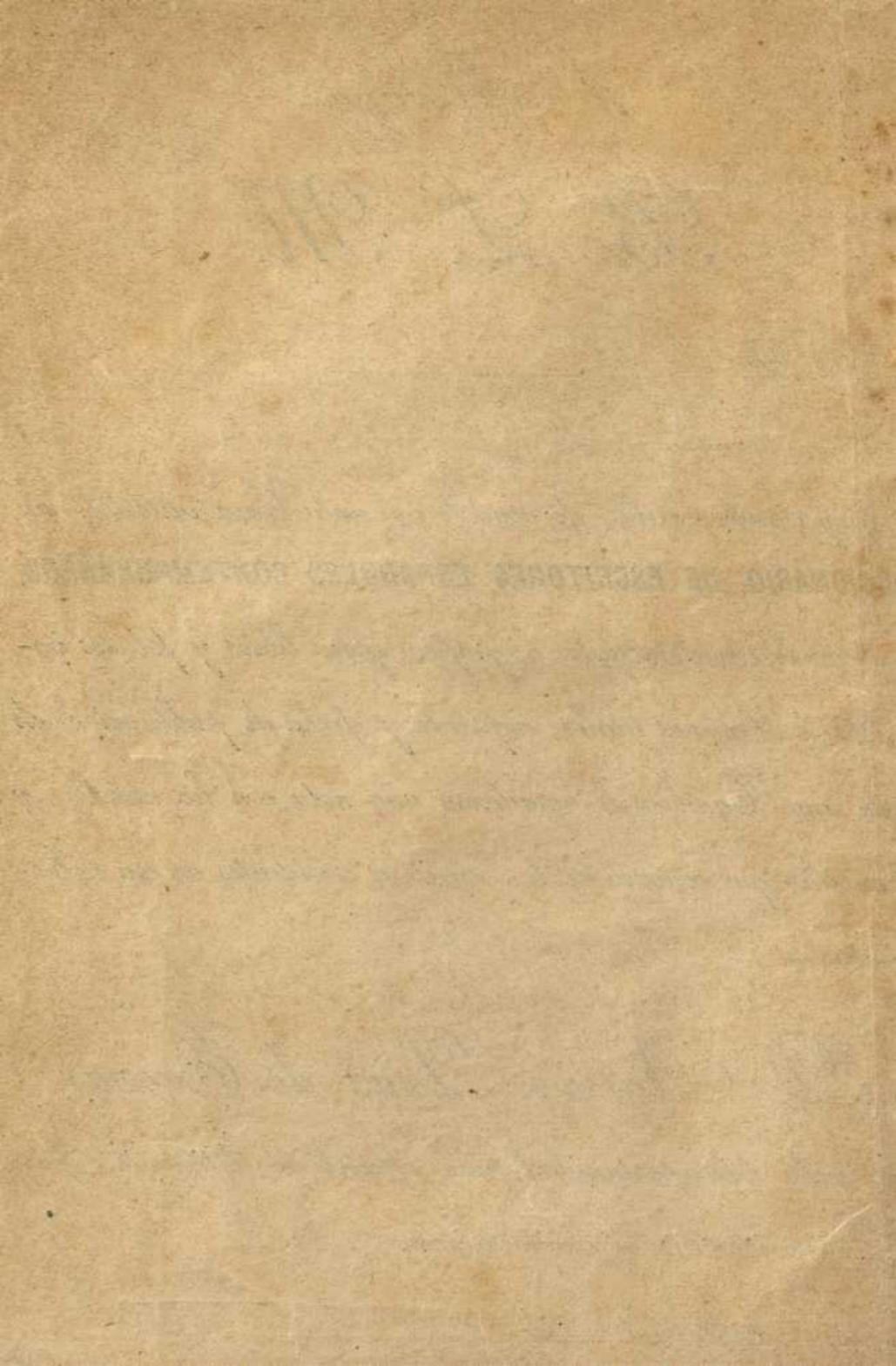
al Sr. D.

y proyectando escribir, de acuerdo con una Casa editorial, un
DICCIONARIO DE ESCRITORES ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS,
le ruego le envíe sus datos biográficos y sus libros y folletos im-
presos, ó al menos títulos, imprenta y fecha de publicación de
cada uno. También le agradecerá una nota con los nombres y
domicilios que conozca de los escritores residentes en esa Pro-
vincia.

D. Narciso Diaz de Escovar

aprovecha esta oportunidad para ofrecerle el testimonio sincero
de su consideración y compañerismo.

Málaga de de 189.....



HECTOR MALOT

JUSTICIA

VERSIÓN CASTELLANA

DE

P. DE ALCALÁ ZAMORA



JEREZ

Imprenta de «El Mensajero»

Calle Honda, núm. 8.

1901



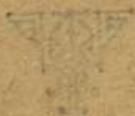
A. - 32.576

RECTOR MAJOR

JUSTICIA

RECTOR MAJOR

DE ALCALY ZAMORA



Imprenta de M. Meneses
Calle Real, nº 10
1841

PARTE PRIMERA

I

Hallábase el ayuda de cámara del doctor Saniel sentado en una cómoda butaca, colocada entre la estufa y la ventana de la antesala, con los faldones del frac cuidadosamente arremangados para no arrugarlos, los codos apoyados en los brazos del mueble y un número del *Petit Journal* entre las manos, esperando la llegada de los clientes que venían á la consulta de su amo.

Cuando sonaba el timbre levantábase tranquilamente, dejaba el periódico sobre una mesa é iba á abrir la puerta, más ó menos de prisa, según que por las pisadas que oía en la escalera deducía que quien llegaba era un cliente habitual del doctor, uno suyo (que él también los tenía) ó uno nuevo, en lo que rara vez se equivocaba, porque una larga práctica había acostumbrado su oído á estas distinciones. Si se trataba de un cliente de su amo, sus movimientos eran dignos y pausados; saludaba con una gran inclinación de cabeza, y sin pronunciar una palabra, les abría la puerta del gran salón. Si se trataba de un

cliente nuevo, su calma, su lentitud eran tales, que parecía no tener más objeto que exasperarle; al contrario, si se trataba de un cliente suyo, es decir, de uno de aquéllos que protegía mediante una justa gratificación, en este caso corría á la puerta que abría vivamente y recibía al recién llegado con la más amable de sus sonrisas. Al oír la pregunta de costumbre:

—¿Hay mucha gente ahí?

Su sonrisa era más amable, si cabe; pero su fisonomía tomaba un aire un tanto triste, y respondía:

—El salón está lleno de clientes nuevos, que probablemente necesitarán detenido examen.

—No tengo más que dos palabras que decirle.

—Hoy es imposible: el doctor se disgustó mucho la última vez que os dejé pasar antes del turno.

Pero su resistencia no iba á más; al fin y al postre se dejaba convencer, y si en la mano, que accionando había adelantado entreabierta, le deslizaban una moneda de cinco francos, abría la puerta del comedor. Si la moneda era de veinte, la de la biblioteca.

En los momentos en que hemos presentado el ayuda de cámara del doctor Saniel, el timbre acababa de sonar; pero antes que sonara ya sabía el criado que no se trataba de un cliente habitual; pasos ligeros en el descanso de la escalera; cuchicheos de vocecitas claras, y el roce de un vestido, le habían hecho comprender que llegaban una mujer y unos niños.

Cuando abrió la puerta con majestuosa lentitud vió que en efecto no se había equivocado: una señora con dos niños apareció en el dintel. Podía tener como de treinta á treinta y tres años, y era bastante bella; vestía traje negro correcto y elegante, aunque sencillo. Sus hijos eran dos niños de trece á catorce años,

que se parecían como dos gemelos; tenían idénticas facciones, igual estatura, los ojos azules, el cutis blanco y fino, y rubios y rizados los cabellos, que caían en largos mechones sobre los hombros; la única diferencia que en ellos se notaba era el aire melancólico del mayor, que hacía contraste con la apariencia jovial y resuelta del segundo.

—¿El doctor Saniel?

—Aún no ha vuelto.

A juzgar por el aspecto de la recién llegada, había motivo para creer que habiendo un medio para no esperar mucho tiempo lo pagaría con gusto. Pero, ¿cuánto pagaría? ¿Cinco francos? ¿Veinte? En la duda, y para no comprometer el éxito, era lo prudente hacer que la señora comprendiese por experiencia propia el aburrimiento, la impaciencia, la exasperación que hay tras la palabra «esperaré», que tantos clientes pronuncian á la ligera. Entonces sin necesidad de ayuda, adivinaría fácilmente que había para ver al doctor un camino más fácil, más rápido que el del salón, y por él se decidiría, pasando, según todas las probabilidades, más bien por la biblioteca que por el comedor; esto es: que sería cliente de veinte francos y no de cinco.

El salón del doctor era un verdadero salón de médico: grande, con buena luz que penetraba por tres grandes ventanas que se abrían sobre la calle de Capuchinos, sencillamente decorado de blanco y con los muebles tapizados de terciopelo verde. Claramente se veía que el dueño de aquel salón, adornándolo sin tener en cuenta para nada los mil detalles que constituyen la elegancia mundana, no había contado con la colaboración del tapicero para deslumbrar á la clientela, ni con el lujo desplegado más ó menos artística-

mente para justificar la elevación de los honorarios. Los cuadros que había colgados en las paredes; los tapices que cubrían algunos muebles; los bronceos que llenaban la cornisa de la chimenea; las consolas y las mesas diseminadas acá y acullá, demostraban por lo elaro que los emolumentos del doctor habían sido frecuentemente tan módicos, que habían impuesto á los clientes agradecidos el deber de manifestar su gratitud de otro modo que con dinero á aquél que les había asistido y curado. La colocación de aquellos bronceos, distribuídos ó amontonados con el peor gusto posible, más bien presentaba el aspecto de un almacén que el de un salón: el *Moisés*, el *Penseroso*, el *Pêcheur á la tortue*, el *Chanteur florentin*, el *Gloria Victis*, la obra de Chapu, la *Jeunesse*, *Juana de Arco*, todo esto y mucho más se veía repetido en múltiples ejemplares de los tamaños más variados.

Tal era el salón en que acababan de introducir á la señora y los niños.

Luego que éstos penetraron en él, seguidos de su madre, que se hallaba un tanto turbada, viéndose blanco de las curiosas miradas que en ella fijaban las personas que en la sala había, se dirigieron á una mesa cubierta de periódicos ilustrados; pero bien pronto la esperanza de hallar una distracción en aquella mesa cayó por tierra: sólo encontraron números incompletos, periódicos viejos y algún álbum con vistas de establecimientos balnearios; *L'Illustration*, *Le Tour du Monde*, bonitos libros con grabados, todo estaba reservado para la biblioteca, porque en el salón era necesario que dominase el aburrimiento más completo.

No hallando otro remedio, sentáronse los niños, cada uno en una butaca; cruzaron las manos, y, fijando

en el techo las miradas, dispusiéronse á esperar con la mayor resignación posible.

De vez en cuando se abría la puerta para dejar paso á algún cliente, cuya entrada distraía un momento á los circunstantes; pero bien pronto la tranquilidad general se restablecía y de nuevo reinaba el silencio, únicamente interrumpido por algún suspiro de aburrimiento, que sin el natural respeto á las conveniencias se hubiera convertido en un bostezo, y por el murmullo de alguna conversación sostenida en voz muy baja entre dos conocidos.

Al cabo de media hora, el menor de los dos hermanos, que ya varias veces había dado muestras de impacientarse, se inclinó hacia su madre, y dulcemente, con el tono de un niño mimado, le dijo:

—Mamá, yo no puedo más; ¿tendremos que esperar mucho tiempo aún?

—Todavía no son las dos—respondió la señora, después de consultar la muestra de su reloj—y ya ves que no somos los primeros.

—Entonces, vámonos; di, ¿quieres que nos vayamos?

—Ya que hemos venido—replicó la madre—es necesario conseguir nuestro objeto.

—Sí, pero llegará la noche y todavía estaremos aquí.

—Y yo me caigo de sueño—dijo el mayor de los hermanos, tomando parte en la conversación.

—Vamos, Calixto, ¿eres tú tan poco razonable como Valeriano?—exclamó la señora, en tono que más tenía de afectuoso que de enérgico.

Detrás de los asientos que ocupaban tenía lugar un diálogo que empezó á llamarle la atención, porque en él se trataba del doctor.

—¿Venís á consultar á Saniel?—preguntaba en aquel momento uno de los interlocutores.

—Vengo á suplicarle—respondió el otro—que se sirva presidir la sesión anual de la Sociedad de vendedores de leche de la Auvernia, Sociedad de que soy vicepresidente.

—¡Feliz idea!

—¿Por qué? Saniel es Auvernés.

—No me opongo; pero también es médico de los hospitales, profesor de la Facultad de medicina, miembro de la Academia de medicina, presidente de no sé cuantas Sociedades científicas ó de beneficencia, y, francamente, no veo la relación que pueda haber entre estos títulos científicos y la Sociedad de vendedores de leche.

—Un título más; un relumbrón.

—Sí, es una razón.

—La mejor de todas, porque no perdona ocasión de hacerse notar.

—Aquí para *inter nos*—dijo en voz muy baja:—me llama mucho la atención esa tendencia, porque se sabe que es propio de las medianías el deseo de ser de todo y serlo todo, y la medianía no es precisamente el caso en que Saniel se halla.

—Exactamente; pero por muy buena que su situación sea, no está, sin embargo, á la altura de su ambición, y no le da, por consiguiente, toda la superioridad á que él cree tener derecho. Es hombre para quien la vida no ha sido fácil, y si ha logrado salir de la masa común dando codazos (y ha dado muchos), muchos más ha recibido. Sus colegas, obligados á reconocer su incontestable mérito, no le quieren; aquellos que no le envidian, le detestan; y credme, sería interesante conocer detalladamente la historia de sus

triunfos, sobre todo en las luchas que se ha visto precisado á sostener. Ese mismo deseo de ponerse de relieve, que tanto se le critica, bien pudiera traducirse por la siguiente respuesta: «Ya veis que no todo el mundo no es como vosotros.»

—¿Cómo es que á pesar de todo eso, Saniel, que incontestablemente es un hombre superior, tiene á veces actos, caprichos indignos de un hombre de su talla? Ya sabéis que nosotros nos conocimos cuando vino á París; por entonces él era estudiante de medicina y yo empleado en una casa editorial. Vivíamos ambos en la fonda del Senado, y tuve ocasión de prestarle un servicio, haciéndole obtener en la casa de que yo dependía la revisión y comentario de libros clásicos, trabajo de que ha vivido algunos años. Este hecho estrechó nuestras relaciones, hasta el punto que pronto se convirtieron en amistad, no sólo conmigo, sino también con mi mujer. Esta, ménos fuerte que yo, frecuentemente ha tenido necesidad de un médico; este médico ha sido naturalmente Saniel, y á tal extremo hemos llegado en punto á consultas, que un dolor de cabeza ó una mala digestión son causa suficiente para que mi mujer se ponga el sombrero, coja el primer abrigo que encuentra á mano y ven-gamos á este salón á hacer una antesala de dos ó tres horas. Notó hace algún tiempo que Saniel le recibía friamente, y en vano trató de buscar la causa de aquella frialdad, hasta que él mismo se la explicó haciéndole esta pregunta: «¿Por qué no os acicalais algo más cuando venís á la consulta?»

El abrirse una puerta, en cuyo dintel apareció un hombre de elevada estatura con una tarjeta en la mano, cortó repentinamente la conversación que acabamos de transcribir.

— ¡Doctor Ceriset! — dijo el hombre aquel con voz sonora.

Produjose en el salón un movimiento general, y dos señoras adelantaron hacia la puerta, creyendo entrar antes porque habían llegado primero; pero el médico, cuyo nombre se acababa de oír, pasó delante de ellas seguido del cliente á quien acompañaba. Cuando al cabo de un cuarto de hora volvió á abrirse la puerta, levantáronse de nuevo, pero también aquella vez el nombre pronunciado fué el de un médico.

II

Los dos niños, que durante largo rato habían luchado contra el aburrimiento, acabaron por dormirse, sin que su madre, á todas luces disgustada por aquella ligera falta á las conveniencias, se atreviese á despertarlos; por el contrario con dulce mirada contemplaba aquellas rubias cabecitas, inclinadas sobre los blancos cuellos, y aquellos rostros angelicales medio velados por los dorados bucles que sobre ellos descendían. Despertóles, sin embargo, dulcemente, así que llegó su turno de entrar en el gabinete de consulta.

Una vez en él, los chicos se asustaron un poco al ver fija en ellos la penetrante mirada de Saniel.

— ¿Es para alguno de estos dos niños la consulta que deseais, señora? — dijo el doctor.

— Para los dos — respondió aquella; y sacando de la bolsa que llevaba una carta que entregó al doctor, le dijo:

Ved aquí una carta de Mr. Héline, notario de Senlis, en la que hallaréis amplias explicaciones.

—¿Cómo está Héline?

—Hace algunos días le dió un caballo una coz, lo que le ha impedido acompañarnos, como teníamos convenido, porque no puede andar; y como yo tengo interés en esta consulta, no me he atrevido á esperar su restablecimiento.

Hecha la anterior pregunta, y sin esperar la respuesta, había Saniel abierto la carta, que decía así:

«Mi querido amigo:

»Te recomiendo á Mad. Ranson, una de mis clientes, que quiere veas á sus dos hijos; es una madre »tierna y cariñosa, que, con razón ó sin ella (yo nada »puedo afirmar), se asusta fácilmente. Viuda de un »industrial que ha hecho una enorme fortuna explotando los petróleos de Baku, fortuna que si valió »en veinte millones me quedo corto, después de la »muerte de su marido ha venido á fijar su residencia »en los alrededores de Senlis. Hecha su fortuna en el »Cáucaso, Mr. Ranson quiso disfrutarla en su país »natal, y con este fin compró el castillo en cuyo parque se halla enclavado el molino de su padre; la escritura se hizo en mi notaría, y de ahí viene nuestro conocimiento.

»El castillo de que hablo es el de la Venette; es decir: de la *Venacion*, y aunque este segundo nombre etimológico es del todo inútil para un latinista como tú, lo consigno con el sólo objeto de llamarte la atención acerca del sitio en que se halla, cercado de terrenos de caza, vecino al bosque de la Halatte, que lo resguarda de los vientos del Norte, y dando frente, por la parte del Mediodía, más allá del río

»de Nonette que domina en una gran extensión, á los
»bosques de Chantilly y de Pontarmé. Más adelante
»comprenderás la razón de por qué he entrado en es-
»tos detalles topográficos.

»Hace cuatro años que Mr. Ranson adquirió el cas-
»tillo, que, bastante deteriorado hacía mucho tiempo,
»reclamaba importantes obras antes de habitarlo.
»Duraron éstas dos años, y en el momento en que
»Mr. Ranson preparaba su regreso á Francia, acom-
»pañado de su mujer y sus dos hijos, la muerte le sor-
»prendió en el Cáucaso.

»¿Qué enfermedad le llevó al sepulcro? Madame
»Ranson, ateniéndose al dictamen de los médicos ru-
»sos que asistieron á su marido, cree que fué la tisis
»pulmonar. Posible es, y como no tengo la pretensión
»de ser competente en asuntos de medicina, no discu-
»tiré el hecho; te haré notar, sin embargo, que nin-
»guno de los Ranson que he conocido en los alrede-
»dores de Senlis, en Corteuil, en Chamant y en Au-
»mont, ha padecido jamás enfermedades del pecho;
»todos ellos son robustos aldeanos, frescos y colorados
»como manzanas; y si Mr. Ranson ha sucumbido á la
»tuberculosis, seguramente esta enfermedad no era
»hereditaria en él, su padre murió á los setenta y cin-
»co años, á consecuencia de un ataque de apoplejía,
»y su madre á los setenta de una peritonitis, produci-
»da por una herida.

»De cualquier modo, lo que hay de cierto es que
»Mad. Ranson cree firmemente en la tisis, y desde la
»muerte de su marido el miedo de ver á sus hijos,
»que ama tiernamente, atacados de la tuberculosis, no
»la deja un instante de tranquilidad. Herederos de la
»naturaleza de su padre, son delicados; se constipan
»fácilmente; enronquecen más fácilmente aún, y pue-

»des, sin trabajo, comprender los temores que por ello
»asaltan á una madre cariñosa.

»Muerto su marido, quiso venir inmediatamente á
»Francia; huir del Cáucaso, que le causaba horror;
»pero asuntos importantes, que su partida hubiera
»comprometido, la detuvieron cerca de dos años; y
»aunque no es precisamente una mujer de negocios,
»condujo aquéllos á buen término.

»Así que llegó á Venette, me llamó para confiarme
»sus fondos, y al mismo tiempo me expresó sus temo-
»res respecto á la salud de sus hijos, preguntándome
»qué género de vida debía hacerles observar. No tie-
»ne más familia que unos lejanos parientes en el Me-
»diódia, y los deudos de su marido no son otra cosa
»que buenos y honrados aldeanos, de quienes nada
»puede esperarse en el asunto que nos ocupa.

»No sé lo que ástos últimos contestarian en el caso
»de consultarles sobre esta materia; en cuanto á mí,
»evitando toda la responsabilidad que un consejo so-
»bre punto tan delicado pudiera traerme, me he limi-
»tado á dirigirla á tí, porque la cuestión más impor-
»tante, á mi modo de ver, es la de la salud; resuelta
»ésta, es decir, averiguada la existencia ó no exis-
»tencia de la tuberculosis, ya podrás aconsejar á ma-
»dame Ranson sobre los puntos materia de la con-
»sulta.

»Tócate, pues, decidir, cuando los haya examina-
»do, si crees que no sea bueno para ellos entrar en uno
»de esos colegios de donde cada año salen tantos en-
»fermos, ú opinas que en Venette, de cuya salubri-
»dad te he hablado, se han de hallar en mejores con-
»diciones para la vida material. Madame Ranson se-
»guirá escrupulosamente tus consejos.

»Después de tener el gusto de estrechar tu mano,

rarla accidental, no constitucional. ¿Qué salud gozaba Mr. Ranson desde la época de su matrimonio?

—Buena en los primeros años, pero en los últimos mala; adelgazó mucho; la menor fatiga le rendía; los bruscos cambios de temperatura, tan frecuentes en el Cáucaso, le hacían mucho daño; por eso quería regresar á Francia; pero era tarde para ello: la muerte se lo impidió, y en tres meses nos lo arrebató la tisis galopante. Ahora comprenderéis mis temores por mis hijos.

—Vamos á ver—dijo, y levantando la cortina, hizo pasar á Mad. Ranson á la habitación en que se hallaban los niños.

Estos, en mangas de camisa y sin otra prenda mas que los pantalones, se divertían examinando las retortas, los tubos, los frascos rayados horizontal ó verticalmente, los matraces y otros muchos objetos para ellos extraños, que cubrían las mesas de aquella pieza, que tenía más aspecto de laboratorio que de gabinete de consulta.

Comenzó Saniel el examen del mayor, dando con los dedos de la mano derecha golpecitos sobre la mano izquierda, que abierta y de plano había colocado en un hombro del niño; después que por la percusión hubo explorado el lado derecho del pecho, hizo igual operación sobre el lado izquierdo.

Madame Ranson, apoyada en su hijo menor, observaba este examen con una ansiedad que se manifestaba claramente por el temblor que agitaba todo su cuerpo, y á menudo imprimía sacudidas al de su hijo; pero ni éste ni su madre cambiaban una mirada; angustiados, conteniendo la respiración, no separaban sus ojos del doctor, y el silencio que reinaba en el gabinete era sólo turbado por el sonido sordo de los gol-

»te hubiera dicho todo esto de viva voz; pero una herida que tengo en una pierna no me permite salir de aquí por ahora.

»Tu afectísimo,

J. HÉLINE.»

Durante la lectura de esta carta, los dos niños, el uno á la derecha, el otro á la izquierda de su madre, no cesaban de mirar á Saniel, dejando de hacerlo únicamente para cambiar una rápida mirada y comunicarse sus impresiones.

Cuando terminada la lectura les miró de nuevo el doctor, ambos quedaron inmóviles y bajaron la vista.

—¿Qué edad tienen los chicos?—preguntó Saniel.

—Calixto, que es el mayor, catorce años y medio—respondió la madre;—y Valeriano un año menos.

—Héline me dice que deseais que los examine para saber si puede serles perjudicial la vida del colegio.

—Sí, señor; su padre.....

Saniel la interrumpió levantándose para abrir una puerta situada frente á la del salón, y dirigiéndose á los niños:

—Entrad ahí—dijo—y desnudaos; hay fuego y no tendréis frío.

Cuando entraron en la habitación que les había indicado el doctor cerró éste la puerta, corrió sobre ella una pesada cortina, y acercándose á Mad. Ranson, le dijo á media voz:

—Delante de los hijos no es prudente hablar del padre; quiero decir de la enfermedad de que murió; ya la conozco. Héline me dice que fué tisis pulmonar, pero añade que ninguno de los individuos que él ha conocido de la familia Ranson ha padecido jamás del pecho; podemos, pues, si se admite la tisis, conside-

pes de Saniel. Este acababa de aplicar el oído al pecho de Calixto.

—Respirad fuerte—dijo:—la boca abierta como si estuviérais jadeante..... No respiréis más..... Respirad ahora.....

En un momento en que Saniel se irguió, madame Ranson le interrogó con la mirada; pero por toda respuesta halló un rostro impasible y dos velados ojos, que nada decían, bueno ni malo. Tampoco pudo contemplarle mucho tiempo, porque el doctor había hecho á Calixto tenderse sobre un diván, y continuaba su examen.

Cuando terminó con el mayor, pasó á examinar al menor sin decir nada, y de nuevo resonaron en el corazón de aquella madre angustiada las palabras que tanto daño le hacían: «Respirad..... No repireis ahora.....» Amaba igualmente á los dos niños; idénticos temores le agitaban respecto del uno que respecto del otro ¿no eran ambos hijos del mismo padre?

—Vestíos—dijo Saniel, así que hubo terminado su examen.—Cuando estéis prontos, llamad.

Dicho esto, hizo pasar á Mad. Ranson al otro gabinete; siguióla, y, después de cerrar la puerta, emitió en estos términos la opinión que con tanta ansiedad esperaba la angustiada madre:

—No hallo ni en uno ni en otro de esos niños nada que justifique vuestros temores; no hay indicios de tuberculosis..... por ahora.

La señora lanzó un profundo suspiro, y dos lágrimas cayeron de sus ojos.

—¡Ah, caballero!—murmuró, no encontrando otras palabras para expresar su alegría y su agradecimiento á Saniel, como si éste hubiera arrancado á los niños en aquel momento de una muerte cierta.

Saniel, que notó aquella emoción, queriendo evitar que diera á sus palabras un alcance que no tenían, replicó:

—Hablo del momento presente, pero no he afirmado que no nos hallemos en un terreno propicio, ni que este terreno no esté ya sembrado; dado caso que lo estuviera (cosa que ignoro), debemos tomar nuestras precauciones para que el grano no germine.

Dos golpes dados discretamente en la puerta le interrumpieron, y entraron los niños, yendo á colocarse al lado de su madre.

—¿Qué pensais hacer de estos niños?—preguntó Saniel.

—Ante todo, hombres robustos y fuertes; su fortuna les permitirá escoger el género de vida que más les convenga, y, por lo tanto, no creo que la salud deba posponerse á la instrucción, aunque yo desearía que la una y la otra siguieran una marcha igual en su desarrollo, para lograr hacer de ellos, por su inteligencia, hombres dignos de ocupar en el mundo la situación que su fortuna les ofrece; pero, si una de las dos debiera ceder el paso á la otra, que no sea nunca la salud.

—Todo pudiera ponerse de acuerdo: os preguntaba simplemente qué queríais hacer de estos niños; permitidme que os pregunte ahora dónde pensais residir: si parte del tiempo en el campo y parte en Paris, ó en el campo sin interrupción.

—Mi vida pertenece á mis hijos; así es que no deseo, no quiero, sino aquello que les pueda ser beneficioso.

—Siendo así, os aconsejo que fijéis vuestra residencia en el castillo de Venette, que, á juzgar por lo que Héline me dice en su carta, reúne las mejores condiciones higiénicas.

Los niños ocuparán habitaciones espaciosas, sin alcobas, sin cortinas, y expuestas al Mediodía; pero sólo estarán en ellas para dormir: durante el día deberán estar constantemente abiertas las ventanas, y por la noche haréis renovar el aire, haciendo abrir una puerta que comunique con otra pieza, que á su vez reciba el aire del exterior por medio de ventiladores.

En cuanto á los ejercicios físicos, habrá necesidad de dedicarles seis horas: dos á montar á caballo; dos á cultivar la tierra, cavando, regando con regadera, no con bomba, etc., para lo cual será conveniente que tengan un jardinito, de cuyo cultivo se encargarán ellos exclusivamente; por último: las dos horas restantes las emplearán en aserrar madera.

Valeriano lanzó una carcajada.

—Hablo seriamente—continuó Saniel;—no podría recomendaros mejor ejercicio, y desearía que lo hicierais con constancia. Habréis observado que sólo he distribuído seis horas del día; quedan otras tantas que podréis dedicar al estudio que debe constar de la menor cantidad posible de trabajos de escritura y de lecciones aprendidas de memoria. Indudablemente, para dirigir semejante educación hay que buscar un preceptor fuera de la masa común de rutinarios; pero, aunque difícil, no creo imposible hallarle. Héline mismo podría buscarlo entre nuestros antiguos compañeros, y pienso escribirle con este objeto.

Acabado de decir esto, levantóse Saniel, y acercándose á los niños, que estaban de pie cerca de su madre, dijo:

—Es necesario cortar estos cabellos que les dan un aspecto angelical; pero no os apuréis, pronto tomarán el de dos robustos jóvenes.

III

—Veamos; ¿estais contentos?—preguntó madame Ranson cuando salieron á la calle.

—Contentos, ¿de qué?—respondió Calixto.

—De no ir al colegio.

—Si crees que temíamos ir al colegio, te equivocas de medio á medio—replicó Valeriano—porque no hemos tenido nunca ese temor.

—¿Por qué?

—Porque los papás que quieren mucho, mucho á sus hijos, cuando pueden educarles de otro modo, no les llevan al colegio.

Así hablando, acababan de llegar al *boulevard* y Mad. Ranson dirigió una mirada á lo largo de la calle, como buscando algo.

—¿Qué buscas?—preguntó uno de sus hijos.

—Un coche.

—Un coche, ¿para qué?

—Para ir á la estación.

—Nosotros no tenemos gana de tomar el tren.

—¿Queréis quedaros en París?

—Justamente.

—¿Cómo no me habéis dicho nada?

—No era posible hacerlo antes de la visita del médico.

—¿Por qué?

—¿Hay que decirlo todo?

—Todo.

Calixto, que era quien había sostenido el anterior diálogo, volvióse entonces á su hermano, diciendo:

—Dilo tú, Valeriano.

—Siempre me toca á mí; pues bien, lo diré; antes de la visita del médico, no te podíamos decir que queríamos divertirnos, porque si estábamos enfermos... en fin, enfermos como papá....

—¿Por dónde podíais imaginar que estuviéseis enfermos como vuestro padre?—exclamó Mad. Ranson, á quien la emoción sofocaba.

—Bien podrá ser, ¿no es verdad? Si eso hubiera ocurrido, tú no hubieras tenido gana de divertirme....

—Ni nosotros tampoco—concluyó Calixto.

—Pues por eso precisamente no te hemos dicho nada; pero ahora podemos ya darte conocimiento de nuestro programa. Hemos pensado Valeriano y yo....

—Es decir, tú y Valeriano—corrigió éste último.

—Bueno, pues los dos: yo y él, él y yo, hemos combinado un proyecto, para llevarlo á cabo, si el resultado de la consulta..... era como ha sido. Pensábamos pedirte, al salir de la casa del médico, que nos llevaras al Panteón.

—¿Al Panteón? ¿Para qué?

—Para ver á París, porque no lo conocemos; papá decía que desde el Panteón presenta un magnífico paisaje.

—No me opongo; vamos.

—Valeriano, á escape llama un cochero.

La orden era inútil, porque Valeriano había ya hecho señas á un auriga que conducía un coche descubierto, y éste se había detenido arrimando á la acera, en el lugar en que se hallaban nuestros personajes.

—Me habeis anunciado un programa—les dijo la madre, cuando se hubieron colocado en el coche, llegando al lado á Calixto y á Valeriano enfrente.

—¡Ya lo creo! y te equivocas, si te has imaginado que todo se reduce á visitar el Panteón.

—¿Si? ¿Qué más?

—Luego iremos á comer á una fonda.

—A la *Maison d'or*, y no en un gabinete reservado, sino en el gran salón.

—¿Por qué en el gran salón?

—Porque es mucho más divertido; y si nos encerráramos en un gabinete, sería lo mismo que si comiéramos en casa.

—¡Ah!—interrumpió Valeriano.—Es muy bonito que una mamá invite á comer á sus dos hijos, y muy agradable para los hijos comer así, con su mamá: que es muy bella, y todo el mundo la verá admirándose de hallarla tan joven con dos hijos ya grandes. Durante el viaje esta admiración me enorgullecía, pero no me basta con la de los extranjeros: quiero ver la de los parisienses.

—Y después de la comida, ¿qué hay en el programa?

—Ir al Teatro Francés para ver *Monsieur de Pourceaugnac*.

—¿Y cómo nos arreglamos para la vuelta?

—Todo está previsto. En la primera oficina de telégrafos nos detenemos para expedir un telegrama, en que dirás tú que venga un coche por nosotros á la estación de Chantilly, á la una y treinta y seis.

—Pero ¿sabéis vosotros siquiera si esta noche se representa *Monsieur de Pourceaugnac*? replicó la señora intentando resistir.

—Y tú—respondió Valeriano—¿sabes por qué hemos venido á París precisamente hoy?

—Porque hoy es el día de consulta del doctor Saniel.

—Porque hoy es el día de representación de *Monsieur de Pourceaugnac*. El martes era también día de consulta, y tú querías aprovecharlo; pero el martes no había *Pourceaugnac*, y Calixto se puso malo, lo que nos impidió venir.

—Vaya, sois dos diablos.

—¡Entonces no hay más que hablar! ¡Cochero, al teatro Francés!

—Nada puedo negaros...

Iba á añadir «hoy», pero retuvo á tiempo esta palabra que, expresando su alegría, hubiera descubier-to las angustias que le afligian antes de la consulta. Ya sabían demasiado sobre el caso, como lo probaba aquella frase «enfermos como papá», y temía abrir-les con una imprudencia, ancho campo á reflexiones que podían ir muy lejos.

No tardó el carruaje en detenerse delante del tea-tro, y los niños quisieron acompañar á su madre has-ta el despacho para pedir á su gusto la localidad; «un buen palco principal donde se sentaría en primer tér-mino la mamá con Calixto», según decía Valeriano. Cuando recogieron el billete fueron al telégrafo á ex-pedir el despacho convenido, y desde allí se dirigie-ron al Panteón.

—Veamos; ¿queréis ahora responder á la pregunta que hice antes? ¿Estais contentos?

—¿Contentos contigo? ¡Oh! ya lo creo—exclamó Calixto.

—¿Cómo nos haces semejante pregunta?—repuso Valeriano—¿acaso no haces cuanto está en tu mano para tenernos contentos?

Y tomándole la mano se la besó cariñosamente, mientras que Calixto le daba un tierno abrazo.

—No hablo de mí; hablo del rumbo que después de

la consulta ha de seguir vuestra vida, lo mismo que la mía, asegurándonos vivir reunidos hasta que seais hombres.

—¿Crees tú, quizá, que yo te voy á dejar cuando sea hombre?—preguntó Valeriano.

—Quiero decir, cuando os caséis, cuando tengáis hijos.

—¿Acaso el castillo no es bastante capaz para que vivamos en él todos reunidos, tú, la mujer de Calixto, la mía y nuestros hijos? ¿Tú no sabes que Calixto y yo hemos convenido no separarnos jamás de tí?

—Entonces os habréis alegrado al ver que Mr. Saniel organizaba vuestra vida lo mismo que si le hubiérais comunicado vuestro plan.

—Si yo le hubiera dicho algo, te aseguro que hubiera hablado de otra manera—dijo Calixto.

—Como yo—afirmó Valeriano.

Su madre les miró sorprendida.

—¿Qué tiene su plan de aburrido ó de penoso?—dijo.

—Quiere que cuando nos acostemos por la noche haya ventiladores abiertos...

—Para curarnos.

—Sí, resfriándonos.

—¡Y dos horas aserrando madera! ¿Quiere convertir á tus hijos en carpinteros ó en leñadores?

—¡Será muy divertido aserrar durante dos horas! A él no le importa que sea divertido ó no....

—Precisamente.

—Le importa—continuó la señora—que sea bueno para robusteceros, y no hay mejor ejercicio que ese para desarrollar los pulmones.

—Me conformo,—replicó Valeriano;—pero ¿qué beneficio nos reportará cortarnos los cabellos? Como yo

no he de cortar los de Calixto, ni Calixto ha de cortar los míos, no creo que sea un ejercicio que nos desarrolle los pulmones.

—¿Tienes coquetería como una mujer?

—Yo no tengo coquetería para mí, ni se me ha ocurrido pensar si me estará mejor el cabello corto ó largo; pero tengo el derecho de tener una poquita para Calixto ¿verdad? Pues bien; Calixto está muy bonito con su largo y rizado cabello, que todo el mundo admira, y tú más que todo el mundo; ¿qué aspecto tendrá raspado?

—¿Quién nos peina por la mañana y por la tarde?
—preguntó Calixto.

—Yo—repondió Mad. Ranson.

—Y siempre, desde que yo me acuerdo, has sido tú; hasta cuando papá estaba muy enfermo, y tú no le abandonabas ni un momento.

—¡Justamente, eso es!—exclamó Valeriano.

—Bien, y ¿qué es lo que ocurre mientras que nos peinamos?

—Os peino—respondió Mad. Ranson, como queriendo terminar allí la conversación; pero esto no desanimó á Valeriano, que continuó diciendo:

—Tú nos preguntas todo lo que quieres saber; nosotros te pedimos lo que nos parece: hablamos; te abrazamos, y nos acariciamos como si aún fuéramos niños pequeñitos.....; en fin: es el tiempo mejor y más agradable que pasamos en el día.

—¡Y tu médico quiere privarnos de ese tiempo!

—¡Y quieres que estemos contentos!

—Lo que quiero es que os convenzais de las innegables ventajas que para todos nosotros ha de traer la prescripción del doctor; estaremos reunidos; vuestra salud será inmejorable, y marchando paralelas la

educación física y la instrucción, de modo que la una no perjudique á la otra en su desarrollo, llegaréis, con el tiempo á ser hombres dignos, instruidos y robustos lo que constituye una sólida base para la felicidad futura. Quiero que os alegréis de haber encontrado para dirigir vuestra vida un hombre de las condiciones del doctor Saniel: de tan clara inteligencia, de sentimientos tan levantados, que bien se puede, con plena confianza, poner entre sus manos la propia vida y la de los seres más queridos. Nunca podremos agradecer bastante á Mr. Héline que nos haya puesto en relaciones con él.

—¡Con cuánto calor hablas!—exclamó Calixto.

—Con la emoción del agradecimiento.

En aquel momento subían por una sombría calle, formada por grandes edificios descuidados y lúgubres, que parecían prisiones. El cochero huyendo de los rails del tranvía, en vez de dirigirse por el *boulevard* de Sain-Michel lo había hecho por la calle de Saint-Jacques, y al cruzar por una plaza, Valeriano había leído sobre una portada: «Colegio de Luis el Grande.»

—¿Querías hacernos creer—dijo—que ibas á meternos ahí dentro? Ya no estamos en edad de tenerle miedo al coco.

IV

Había decidido Mad. Ranson ir al siguiente día á Senlis á ver al notario Héline, para rogarle que buscara un preceptor: pero aquella mañana se levantaron más tarde que de costumbre, y la operación de

vestir, lavar y peinar á los niños, operación siempre larga, aquél día lo fué mucho más.

El espectáculo de la noche anterior les había sacado de sus casillas, y desde que salieron del teatro no habían hablado más que de *Monsieur de Pourceaugnac*, que era sin duda la primera comedia que habían visto. Al levantarse les ocurrió la idea de representar las escenas que más le habían llamado la atención. Valeriano que se había levantado primero, fué á despertar á su hermano, haciendo el papel del boticario; llevaba un delantal blanco atado á la cintura, un pañuelo del mismo color en la cabeza, haciendo veces de gorro, y un rollo de papel en la mano figurando una jeringa; aproximóse así al lecho en que dormía Calixto, y le dijo al oído con voz de flautín:

—Caballero, caballero, una medicina que hay que aplicaros y os hará mucho bien; os hará mucho bien.

Abrió Calixto los ojos y miró á su hermano con asombro; pero bien pronto, poniéndose á la altura de la situación empezó á gritar:

—¿Qué es eso? ¡No os acerquéis á mí con ese instrumento!

Las risas y los gritos del boticario, que por fuerza quería aplicar la medicina á Mr. de Pourceaugnac, y éste defendiéndose para que no se la aplicara, hicieron acudir á Mad. Ranson, que se detuvo en la puerta estupefacta ante aquel cuadro.

—Es un ligero clister, benigno, muy benigno—seguía gritando Valeriano;—vamos, vamos, caballero, para purificar, para limpiar.

Corriendo como un loco por la habitación, Calixto no cesaba de gritar no menos fuerte:

—¡Huid! ¡No os acerquéis á mí!

Tan cómica era la escena que la madre no pudo

contener una carcajada, que les advirtió su presencia. Corrieron entonces á abrazarla y besarla, cada uno por su lado.

—Buenos días, mamá.

—Mamá, ¿has dormido bien?

Pero aún no se habían cansado de *Monsieur de Pourceaugnac*, y pronto volvieron á reanudar sus trabajos con otra escena: la de Luceta, imitando el acento del Languedoc.

—Yo seré Luceta—dijo Valeriano;—Calixto será Pourceaugnac, y tú mamá como eres de Nimes, me corregirás cuando pronuncie mal.

Puesto en jarras, marchando á pasos cortos y pausados como una mujer, Valeriano se fué acercando á su hermano, y dió principio la escena, que á duras penas pudo hacer Mad. Ranson que terminara, para acabar de arreglar á los niños y pasar al comedor.

Era costumbre en la casa almorzar á las once de la mañana, y, como ordinariamente los muchachos tenían buen apetito, nunca se hacían esperar; sin embargo, aquel día marcaba el reloj las doce en el momento de dar comienzo el almuerzo.

Cerca de las dos de la tarde el carruaje de madame Ranson se detenía en el atrio de la catedral de Senlis, delante de una antigua puerta ojival, á cuyos lados brillaban dos placas doradas que indicaban la notaría de Mr. Héline.

No era Mad. Ranson cliente á quien se podía hacer esperar, y, por lo tanto la condujeron al momento á la habitación en que se hallaba el notario, muellamente reclinado en un diván. Antes de empezar á hablar del preceptor quiso Mad. Ranson dar las gracias á Mr. Héline, en lo que empleó bastante tiempo, porque á cada palabra era interrumpida por el nota-

rio con la narración de alguna proeza de Saniel. Habían sido compañeros; habían hecho la misma vida en el barrio Latino; juntos habían trabajado, juntos habían luchado por la existencia; pobres ambos, sin apoyo, sin relaciones; hablar de Saniel era hablar de él mismo, y nadie ignora cuán grato es despertar en la memoria ciertos recuerdos. Además, oír los elogios que la viuda tributaba á Saniel era casi lo mismo que si á él se los dirigieran. ¿No habían desplegado idénticas cualidades de inteligencia, de voluntad y de valor?

—¿Verdad?—decía á cada momento.—Estoy orgulloso al ver que habéis apreciado desde el primer instante cuánto vale; es lo que se llama un maestro, no sólo como médico, sino como hombre... Y sin embargo, ese hombre es bien desgraciado.

—¡Ah!

—En su vida hay grandes amarguras.

Indudablemente Mad. Ranson hubiera escuchado de buen grado más amplias explicaciones de boca del notario; pero éste no dijo más, con gran satisfacción de Calixto y de Valeriano, á quienes aquellos elogios aburrían más de lo justo, y que por distraerse un poco, se entretenían leyendo los anuncios de adjudicaciones colocados en las paredes de la oficina.

Por último, Mad. Ranson abordó la cuestión del preceptor, y el notario, franco y comunicativo antes, tornóse grave y reservado.

—Asunto] es ese—dijo—de difícil resolución y que implica serias responsabilidades.

—Por eso, precisamente, reclamamos vuestra intervención y vuestros consejos.

—Permitidme....

Atrevido y audaz durante su juventud, hasta el

punto de comprar la notaría sin poseer un céntimo de patrimonio, ni saber dónde ni cómo podría hallar los doscientos mil francos que necesitaba para pagarla, desde el día en que un inesperado enlace le había traído con la fortuna el miedo á las responsabilidades, Mr. Héline se había convertido en el más juicioso, prudente y timorato de los notarios.

Dispuesto á emprenderlo todo, lo mismo por cuenta ajena que propia, sin detenerse ante los obstáculos ni el peligro, cuando nada tenía que perder, una vez dueño de la fortuna de su mujer, se había vuelto de repente el hombre de las objeciones, de las advertencias y de las reservas; su posición de la noche á la mañana, le había hecho tímido, hasta el punto que rara era la ocasión en que su primera palabra no fuera un «permitidme.....»

Así precisamente aconteció con Mad. Ranson; el elogio de Saniel era pura teoría, y ciertamente Saniel, el Saniel actual, el hombre de moda, considerado y admirado, el miembro de la Academia de medicina, el oficial de la Legión de honor, no podía dar un mentís comprometedor á aquellos elogios; pero resolver la elección de un preceptor, coadyuvar á ella, era cuestión aparte, y cuestión esencialmente práctica.

—Permitidme, señora, que haga algunas reservas; el preceptor que deseais no es un simple pasante, cuya misión se limite á vigilar los estudios y la conducta de vuestros hijos, siguiendo la línea trazada por los profesores, éste yo le buscaría, seguro de hallarle, entre nuestros antiguos compañeros; mas el que Saniel os aconseja que busquéis es cosa completamente diversa. Es un hombre capaz de formar hombres, dando él mismo una dirección superior á los profesores

que escoja; es, en una palabra, un padre, cuya misión es mucho más difícil y delicada que la del padre verdadero, porque éste funda su autoridad en el cariño, lo que hace fáciles la docilidad y la obediencia, mientras que la de aquél tiene por base únicamente la influencia moral, y tiene que hacer aceptar esa autoridad, no sólo á sus discípulos, sino también á la madre de éstos. No sé si me explico bien....

—Perfectamente.

—Entonces, ya comprendéis el importante lugar que ese hombre, ese extraño va á ocupar en vuestra casa, al lado de vuestros hijos, al lado de vos misma, de vos misma, que os veréis obligada á abdicar de vuestro poder maternal, hasta un cierto punto, para investirle á él.

—Lo comprendo, porque me lo hacéis ver harto claramente; mas confieso que no se me había ocurrido examinar la cuestión bajo ese punto de vista.

—Ved ahí por qué me permito hacer estas observaciones; hablo á una mujer y no á un hombre; sois madre y no padre, y por este sólo hecho la situación ofrece una gravedad que no tendría, si este preceptor pudiera encontrar una autoridad que hiciera contrapeso á la suya: la autoridad de un hombre que pudiera discutir con él, é imponer su voluntad en determinadas ocasiones.

No era la primera vez que Mad. Ranson sentía sobre sí el peso de la responsabilidad que la muerte de su marido había descargado en ella; pero jamás lo había apreciado como en el momento en que el notario le hacía tocar con su propia mano lo que hasta entonces sólo había vagamente presentido.

—Es verdad—dijo con emoción;—pero la fatalidad nos coloca en este caso.

—Sin duda alguna, y eso precisamente dicta mis observaciones. Por otra parte, el preceptor mismo presenta no pocas dificultades. Un hombre como el que se desea no se halla á cada paso, porque hombres dotado de las condiciones apetecidas valen lo bastante por sí mismos para crearse una posición, sin aguardar en medio de la calle que una feliz casualidad se la proporcione; y si por fortuna diéramos con uno que no se hubiera creado esa posición, este uno tendría el derecho de mostrarse exigente, porque no son algunos meses, sino bastantes años, los que ha de dedicar á vuestros hijos.

—Bien, pero creedme; yo sabré reconocer generosamente sus sacrificios.

—Nunca lo he puesto en duda, y os advierto que si he entrado en estos detalles ha sido con el sólo fin de salvar mi responsabilidad. Buscar marido para una joven, ó mujer para un hombre, es cosa que entra en mi profesión, hasta cierto punto; pero un preceptor es materia absolutamente distinta, y sería menester que Saniel, cuyas relaciones son numerosas, me ayudara; él pide mi ayuda, yo le pediré la suya, y estoy seguro que me la ha de conceder activa, sincera y potente; entonces veréis qué clase de hombre es.

Madame Ranson, que había entrado en la notaría creyendo dar al punto con el preceptor apetecido, salió bastante desanimada, algo inquieta, y, sobre todo, enojada contra sí misma, por no haber pensado antes todo aquello tan cierto, tan saturado de razón, que el notario le acababa de exponer.

Como para empezar los ejercicios físicos no era necesaria la presencia del preceptor, inmediatamente compró caballos de silla; el regimiento de caballería que estaba de guarnición en Senlis suministró un pro-

fesor de equitación; se separaron dos cuadros en la huerta, destinados uno á Calixto y á Valeriano el otro, y en el jardín inglés se hizo idéntica operación; por último, en una cochera se almacenó madera para aserrar, y se compraron bancos.

La equitación fué aceptada con júbilo.

El cultivo del jardín era un verdadero placer; el trabajo no era fatigoso, y como la primavera era dulce y templada, cuanto sembraban, granos ó plantas, germinaba al punto. Cuando arrancaban de cualquier sitio primaveras, narcisos, violetas, pensamientos ó margaritas para transplantarlos á su jardín, las flores no sufrían por el cambio, y si sembraban guisantes ó rábanos, pronto los veían nacer. Al principio querían un sólo jardín, único é indivisible para los dos; mas luego, después de discutido tan importante asunto, habían optado por tener dos: en el de Calixto trabajaría Valeriano los lunes, bajo la dirección del primogénito; en el de Valeriano trabajaría los martes Calixto.

Todo iba perfectamente; todo lo hacían con placer, menos aserrar; á este ejercicio habían opuesto tan tenaz resistencia, lo mismo Calixto que Valeriano, que Mad. Ranson había llegado á preocuparse.

V

Calixto y Valeriano, exactísimos cuando se trataba de montar á caballo, satisfechos y alegres cuando llegaba la hora de trabajar en el jardín, no encontraban jamás ocasión propicia para aserrar; buscaban siempre pretextos para evitarlo, y si alguna vez

su madre conseguía conducirlos hasta la cochera convertida en taller, los chicos se deshacían en protestas, y aunque terminaban por poner manos á la obra, su aire era triste; sus cabellos, que aún se conservaban largos, como antes, cayendo sobre el rostro le daban un aspecto verdaderamente lastimoso, y su madre, que á hurtadillas les observaba, se preguntaba á menudo si no era crueldad imponerles semejante trabajo.

Muchas veces, sin poderse dominar, iba al montón de madera y escogía los trozos que creía menos duros para que los aserraran.

—¡Ah! mamá—decía entonces Valeriano—es preciso que te haya hechizado ese malhadado médico.

Al oír esto, la inquietud, el remordimiento asaltaban de nuevo á aquella desdichada madre, y de nuevo se preguntaba si en vez de darles la salud aquel ejercicio, no se la quebrantaba; si un secreto instinto no hacía protestar á sus hijos, tan dóciles y sumisos ordinariamente.

Pero enseguida, recobrando la confianza en Saniel, en quien no era fácil suponer un error, después de un examen tan minucioso como el que había hecho; en Saniel, de cuya ciencia todo el mundo se hacía lenguas, resolvía apoyar y coadyuvar á sus prescripciones, acallando los naturales temores de su corazón de madre.

Sin embargo, creyó que podía, sin perjuicio del plan ordenado, dulcificarlo un tanto, reduciendo á una las dos horas prescriptas, y hasta haciendo que durante aquéllas tuvieran un rato de descanso, para que de este modo los niños se fueran endureciendo en el trabajo.

Pasaron los días y, lejos de conseguir el esperado

endurecimiento, Valeriano por lo menos, se quejaba constantemente.

—Tú verás—decía muchas veces—cómo tu gran médico concluirá por enfermarnos de veras.

Interrogado por su madre, Valeriano decía sentir un aplanamiento general, dolores de cabeza, dolores en el corazón y sueño intranquilo.

Por más que al principio Mad. Ranson no hizo gran caso de estas quejas, acabó por tomarlas en consideración y escribir á Saniel; respondióle éste que nada veía de alarmante en aquellos síntomas; pero que, en el caso de que continuaran acentuándose, sería conveniente hacer que un médico examinara á Valeriano. Para este caso indicaba un discípulo suyo: el doctor Morche, que poco tiempo antes había ido á establecerse á Senlis, y que, según él, reunía las mejores condiciones y le inspiraba gran confianza. En todo caso, era necesario reducir los trabajos corporales de Valeriano á lo que él mismo exigiera.

En el espacio de tiempo que había mediado entre la carta de Mad. Ranson y la respuesta del médico el malestar de Valeriano, lejos de disminuir, había aumentado: tenía vómitos; eran más constantes los dolores de cabeza, y había sobrevenido la fiebre. Madame Ranson, que asistiendo á su marido durante algunos años había adquirido cierta práctica, quiso medir la intensidad de la fiebre: hizolo, en efecto, aplicando el termómetro, y al retirarlo y observar que marcaba 40° apoderóse de ella verdadero espanto.

Envió á toda prisa un criado á Senlis, con orden de conducir al castillo, lo antes posible, al doctor Morche.

En cuanto éste supo que le mandaba llamar la rica

señora, por recomendación de su maestro Saniel, abandonándolo todo, partió para Venette.

La primera medida de precaución, por temor á un probable caso de escarlatina, fué aislar completamente al enfermo, sin permitir que ni aún los criados que le servían tuvieran contacto con Calixto.

Al siguiente día no era posible dudar: además de los síntomas que ya había, un dolor en el fondo de la garganta, en el cuello y en el pecho, y una erupción de manchas rojas con tendencia á unirse, indicaban claramente la escarlatina. La temperatura se elevó á 41°, y durante la noche la agitación del enfermo llegó más de una vez hasta el delirio.

Sabiendo que su hijo se hallaba atacado de una enfermedad grave, no bastaba á Mad. Ranson la presencia del doctor Morche; aquel joven, por sabio, por inteligente que fuera, no era al cabo sino un discípulo de Saniel, y ella quería tener allí en aquellos momentos no un discípulo, sino los grandes maestros de la Facultad, las lumbreras de la ciencia, el que á sus ojos valía tanto como todos ellos: á Saniel.

Pidió, pues, una consulta con éste, y aunque Morche aspiraba á ser el médico titular de la familia de Ranson, porque éste título podía asegurarle cierta influencia en el país á que acababa de llegar, y donde tenía que luchar contra colegas de antiguo establecidos, no pudo negarse á ello. Veía, además, que en su posición no le convenía declarar que podía pasarse sin ayuda ajena, sobre todo sin la de su maestro, y, bajo otro punto de vista, su propio interés le impedía negarse á la consulta, porque al ir á Venette eran sus honorarios de cinco francos por visita, y una consulta con Saniel le valdría ciento. Esta consideración que hace frecuentemente á los médicos, tanto de París como de

los alrededores, proponer *motu proprio* y con modestia suma la consulta con lumbreras de la Facultad, no podía serle indiferente. Por otra parte, la intranquilidad de Mad. Ranson daba motivo para creer que aquella consulta no fuera única y que otras vendrían luego á añadirse á la primera, dando también ocasión de pronunciar oportunamente el nombre de Saniel, diendo v. g.: «Dispensadme; no puedo venir esta noche, porque en el castillo de Venette tengo consulta con mi maestro, el profesor Saniel», lo que sería en Senlis de un efecto seguro.

A la carta que Morche envió á Saniel la viuda añadió otra que parecía una plegaria dirigida á alguna divinidad bienhechora.

No se hizo esperar la respuesta de Saniel, que telegráficamente anunciaba su llegada á Chantilly á las seis de la tarde y pedía que le mandaran un coche á la estación.

Cuando Mad. Ranson recibió el telegrama, á pesar de que su hijo se hallaba en aquel momento sufriendo un violento acceso de fiebre, casi olvidó sus angustias; creía firmemente que si para salvar á Valeriano era necesario un milagro, Saniel lo haría; la salvación del enfermo era para ella indudable desde que contaba con la asistencia del doctor.

—A las seis y media estará aquí Mr. Saniel;—dijo á su hijo.—El te curará

—Mejor hubiera hecho no poniéndome malo—contestó el niño; y continuó quejándose, agitado por la fiebre, sin escuchar las tiernas palabras que su madre le dirigía.

—¿Vas á obligar á Calixto á que continúe aserrando madera?—añadió después de una pausa.

—Preguntaremos á Mr. Saniel,

diera tomar asiento, fué necesario desmontar la mesita movable que le servía para escribir, y meter en las bolsas y aun en sus propios bolsillos multitud de libros, folletos y papeles que llenaban los cojines y el fondo mismo del coche.

—¿Hay algo de nuevo?—preguntó Saniel, luego que cerraron la portezuela.

—Una idea...., inspirada por tu amistad y por el interés que tengo por Mad. Ranson.

Saniel miró sorprendido al notario.

—¿Por qué no te casas con Mad. Ranson?

—Harto sabes que estoy casado.

—Casi, casi; hasta el punto que no veo la necesidad de tomarlo en cuenta.

—Mi mujer vive.

—Precisamente la invención del divorcio no ha tenido más objeto que devolver la libertad á los esposos mal casados, y tú te hallas exactamente dentro de esa categoría, puesto que vives separado de tu mujer, ó tu mujer vive separada de tí, lo que es igual para el caso. ¿Por qué no convertir en divorcio legal el que ya lo es de hecho?

El cochero había tomado por el *boulevard* Saint-Germain para ir al de Saint-Michel, y la berlina rodaba rápida y suavemente por el asfalto, sin producir el ruido atronador que hubiera hecho rodando por adoquines.

—Al siguiente día del en que tú viste por primera vez á Mad. Ranson, ésta fué á verme para que habláramos acerca del preceptor; pues bien: parecióme entusiasmada.

—¿Entusiasmada?

—Completamente. No ví en ella el vulgar entusiasmo de una mujer por un hombre que le ha gustado,

no; en ella hallé la mujer de sereno juicio que ha experimentado una violenta impresión en presencia de un hombre superior, y que al mismo tiempo le está vivamente reconocida.

—Bien, ¿y qué más?

—Si no hubiera más de lo que he dicho habría guardado silencio, porque comprendo que estarás acostumbrado á ver que una mujer se alucine ante el prestigio del talento y la autoridad de un nombre; pero no es esto todo. Este punto de partida nos conduce por una serie de circunstancias que podría llamar fatales ó providenciales, como más te cuadre, hasta llegar á otros sentimientos que, analizados, me obligan á decirte: «si quieres casarte con Mad. Ranson, ese matrimonio es cosa hecha.»

—Preferiría que me dijeras cómo te ha venido la idea de casarme.

—Eso es justamente lo que me preparo á explicarte. Partamos desde luego del principio que tú has producido una impresión profunda; Mad. Ranson te admira; tiene fe en tí; eres para ella un gran médico, y, además, por tu comportamiento, por tus consejos, por tu modo de hablar, te tiene en concepto de un hombre superior. Creyéndote tal y siguiendo tus indicaciones, me ha encargado que busque un preceptor, sin querer tomar en cuenta las responsabilidad que sobre mí echa. Ese preceptor va á ocupar un importantísimo puesto en su casa, al lado de sus hijos y al lado de ella misma, que tendrá que cederle una parte de autoridad de madre. Ese hombre va á formar el corazón y el carácter de aquellos niños, dirigiéndolos en el sentido que á bien tenga, sin que ella, que es sólo una mujer, una madre y no un padre, pueda intervenir de un modo decisivo. Hé aquí

cómo por la vez primera siente todo el peso de su situación y teme sucumbir bajo él; cómo al explicarle cuánta era la responsabilidad que sobre mí quería echar, pudo ella medir cuánta fuera también la suya propia. ¿Cómo dominar á ese preceptor y mantenerle exactamente dentro de la línea que quiere hacer seguir á sus hijos? ¿Será bastante fuerte su mano para gobernar ese timón? Lo dudo; la mano del padre es evidentemente necesaria para ello, y como ésta no puede regirle, puesto que el padre ha muerto, hace falta la de un hombre que, obligado por un vínculo de parentesco, vele por sus hijos y tenga dotes y autoridad bastantes para llenar su misión y hacerse obedecer. ¿Qué hombre puede ser ese? Los parientes de la viuda viven en el Mediodía; los de los niños son ignorantes aldeanos. Buscaremos el preceptor, pero no le hallaremos; seguro estoy de ello, y cada día que pase Mad. Ranson se convencerá más y más de las enormes dificultades que halla una viuda para educar á sus hijos. Ya hemos llegado al segundo punto, y creo que verás tan claro como yo cual pueda ser actualmente la preocupación de esa señora.

—No precisamente como tú.

—Pasemos al tercer punto, y más tarde discutiremos si hay necesidad. Mientras que nos ocupamos del preceptor, sin conseguir dar con ese fénix que necesitamos, el menor de los niños cae enfermo. Llegas, su estado es grave, desesperado.....

—¡Grave!

—Sea; se agrava aun, vuelves, y por medio de un medicamento enérgico, arriesgado, salvas al chico y pasas la noche junto al lecho del enfermo, igual que lo hubiera hecho un médico de pacotilla.

—Todo eso es muy natural.

—Para tí será muy natural; pero, ¿y para la madre? ¿Cree que á sus ojos, dispuesta en tu favor como lo está, no aparezcan extraordinarios tus cuidados y providencial la salvación del niño? Rogó y colmaste sus votos; fuiste, y venciste el mal; tu intervención ha sido, por lo tanto, milagrosa, divina: has hecho de providencia.

—Suele esto acontecer alguna vez, y ese es precisamente uno de los lados buenos de la medicina. Cuando se es joven, se ama la ciencia por ella misma; más tarde, se cultiva por los servicios que puede prestar.

—Ya has podido ver que Mad. Ranson es una madre tierna y amantísima de sus hijos, y no insistiré sobre este punto; pero, ¿sabes tú que mujer es? ¿Conoces detalles de su vida? Sobre estos puntos no creo que estés muy adelantado.

—¿Cómo podría estarlo?

—Precisamente por eso convendrá que yo los aclare, al menos en cuanto me sea posible, y voy á hacerlo. Como mujer nada he de decir de ella, puesto que la conoces como yo, y aún mejor que yo sabes cuánto vale: rebosa belleza y salud, y pudiera decirse que respira salud sobre todo; me detengo especialmente en esta consideración, porque me parece que debe de tener algún valor para un médico; mas si tenemos en cuenta que la bella viuda sólo tiene treinta y tres años, el hombre que con ella se case estará en su perfecto derecho si abriga la esperanza de que vengan al mundo algunos vástagos, chicos sanos y robustos.

—¿Te parece que los chicos que hoy tiene son precisamente modelos de robustez?

—Los chicos han salido á su padre, y del padre

hablaremos después; ahora te ruego que no precipitemos el asunto, y prosigo mi disertación. Probablemente ignorarás que Mad. Ranson pertenece á muy buena familia, que goza en Nimes de una incontestable fama de honradez.....

—¡Ah!

—Austeros protestantes, dedicados á la magistratura de generación en generación. Te advertiré entre paréntesis, que Mad. Ranson ha heredado de sus mayores solamente la honradez, dejándoles la austeridad; no es gazmoña ni mogigata, sino simplemente mujer honrada, como lo prueba el haber vivido en paz con su marido, hombre de vida bastante alegre. Todo se lo perdonaba, y creo que no por indiferencia hacia él, sino por la indulgencia propia de su carácter. Tan de prisa vivió el buen Mr. Ranson, que murió bastante joven.

—¡Oh! ¡Oh!

—No hago más que repetir lo que he oído, porque tú comprenderás que no he visto lo que pasó en Baku, y que Mad. Ranson no me ha hecho confidencias sobre asunto tan delicado. Siempre me ha hablado de su marido en los términos más mesurados; y no tengo la menor duda que si su muerte no la ha sumido en la desesperación, tampoco ha sido para ella motivo de alegría. La lamenta sinceramente porque era el padre de sus hijos, porque ellos principalmente han de notar su falta; mas si he de dar crédito á cuanto espontáneamente me dijo por la época en que tuvo lugar la adquisición del castillo, no tiene que lamentar mucho la pérdida de su marido, que la amaba y la respetaba; pero que reconociendo en ella todas las cualidades, todas las virtudes que la adornan, no pasaba de considerarla como su mujer, y nada más.

Nunca me he casado con una viuda, y, sin embargo, si la casualidad me hubiera presentado una, desearía que precisamente reuniera las mismas condiciones de Mad. Ranson.

La berlina que, guiada por un buen cochero, rodaba rápidamente, había pasado por delante de la estación de Strasburgo, y en aquel momento aflojaba el paso para subir la cuesta de Saint-Denis.

—¿Quieres que nos detengamos en la estación del Norte?—preguntó Saniel.

—Iré hasta Saint-Denis, porque aún no te he dicho la mitad de cuanto pensaba decirte; y, ahora que te he expuesto las razones que á mi entender tiene madame Ranson para casarse contigo, es necesario que escuches las que yo creo que existen para que tú juzgues conveniente este matrimonio, razones sin las cuales nunca me hubiera permitido ocuparme de un negocio que ninguna de las partes me he encargado de arreglar.

—Tu oficio es precisamente ese: hacer contratos de matrimonio.

—Más que la fuerza de la costumbre debes ver la de la amistad en este paso. Cuando en los años juveniles merecemos de la suerte el encontrar un compañero con el que llegamos á compartir el trabajo, las luchas y las esperanzas, le seguimos siempre en la medida de nuestras fuerzas. Si aquel compañero se eleva un día á una categoría superior, mientras que nosotros nos quedamos sumidos en una medianía.....

—*Aurea.*

—Dorada ó no, poco importa: la cuestión es que siempre nos inspira interés, y que gozamos con sus triunfos, casi como si lo fueran nuestros, diciendo: «¡Hemos sido amigos!» Este es, precisamente, mi caso

respecto de tí. No leo una vez en los periódicos un discurso tuyo pronunciado en la Academia de medicina, ó el extracto de una discusión en que has tomado parte, sin acordarme de la época en que éramos compañeros, de nuestras conversaciones, de aquellas noches en que cuando me retiraba te hallaba trabajando. No puedo olvidar nuestros famosos paseos por el Luxemburgo, nuestras célebres sesiones del *Hotel de Médicis*, bajo la paternal vigilancia del buen Crosat y la autoritaria presidencia de Brigard. ¡Qué sesiones! Como si hubiera sido ayer, recuerdo la última á que asistí, antes de salir de París para Senlis; Brigard quería presentar como tema la conciencia, y tú le confundiste admirablemente probando, como dos y dos son cuatro, que no es la conciencia el instrumento de precisión que se supone para pesar, medir y calificar nuestras acciones. ¡Aún me parece que veo la indignación de Brigard y las furiosas miradas que Glady y Nougarréde te lanzaban, como si quisieran pulverizarte por tu falta de respeto al maestro!

—Tenían razón; aquello fué una paradoja.

—¡Sin duda! Por eso justamente no debieron enojarse. Pero volvamos á nuestro asunto, porque esto no es más que un recuerdo del tiempo que fué. Lo que eres y lo que quieres ser, cosa es que conozco como si me hubieras hecho depositario de tus pensamientos. ¿Quieres saber lo que eres? Ambicioso. ¿A lo que aspiras? A ser secretario perpetuo de la Academia.

—Tú has hecho hablar á Morche.

—Ciertamente; y con tanta mayor facilidad, cuanto que Morche tiene por su maestro una admiración y un respeto que están de perfecto acuerdo con el orgullo que me inspiran los triunfos merecidísimos de mi antiguo compañero. Sí, me enorgullece el saber

que eres ambicioso; yo no lo soy y tú debes serlo por los dos, porque ¿qué ambición puede tener un notario de provincia que ha sido presidente, ha ganado una regular fortuna y goza de la consideración pública?

—Me parece que ya es algo esa consideración.

—Me basta, ó, por mejor decir, me enorgullece, porque la honradez es mi blasón. Llamábame la atención que tú no desearas la presidencia de la Academia de medicina, y hablando de ello con Morche éste me dijo que el verdadero presidente es el secretario perpetuo, porque es el único inamovible, mientras que el presidente se elige de año en año; además, me explicó otros puntos referentes á las ventajas que el segundo cargo tiene sobre el primero. ¿Te elegirán cuando el puesto quede vacante? No lo sé, porque tienes en contra tu indiscutible mérito, la autoridad que has obtenido luchando, la envidia que tus triunfos han suscitado y el desdén con que has mirado siempre al convencionalismo; en una palabra: tu superioridad. Tu adversario tendrá en su apoyo su mediocridad, que no hará sombra á nadie, y su amabilidad, que gustará á todos; será un hombre de esos que en todas partes se ven, mientras que tú vas únicamente adonde tus quehaceres te llaman: eres poco aficionado á tertulias.....

—No tengo tiempo. Pero no reflexionas que ese matrimonio me daría una superioridad de que carezco: la de la riqueza.

—Que es justamente la única que el mundo sufre sin sublevarse, y la única ante la cual se prosterna. ¿Acaso las Academias se exceptúan de esa ley? ¿No favorecen quizá en una elección con más frecuencia el nombre ó la fortuna que el talento? Precisamente

por partir de ese principio he concebido la idea de tu matrimonio con Mad. Ranson, que te trae esa fortuna; al casarse pone á disposición de su marido las rentas de diez millones y el usufructo del castillo de Venette, lo que en mi concepto basta para hacer buen papel en sociedad. Además te enriquecerá con otros detalles que te faltan; te hará urbano y afable, y, de un oso que actualmente eres, hará un hombre de sociedad, en lo que saldrás ganancioso. Tendrás un palco en la Ópera y cacerías en tu castillo de Venette, pudiendo invitar á uno y otro sitio amigos que no se pueden mostrar ingratos luego cuando llegue el día de la elección.

—¡De prisa vas!—interrumpió Saniel riendo.

—Al paso que conviene; pero no me negarás que toda esta exposición obedece á la lógica más rigurosa.

—Sí, pero prescindiendo de mi matrimonio, que es precisamente el punto cardinal.

—Verás como todo lo tengo pasado en cuenta. Una sola vez he tenido el gusto de ver á tu mujer, y fué el día de tu matrimonio, razón por la que no me es posible ignorar que eres casado. Parecióme bastante bonita con su esbelto talle, sus hermosos ojos, sus admirables dientes, su viva y graciosa fisonomía y su natural elegancia; comprendí que te hubieras enamorado de ella, pero nunca he comprendido que la hicieras tu mujer. Mirándola tan detenidamente como permitían las conveniencias, me llamó la atención la ternura de su mirada, y de esta ternura, como de otros detalles que tuve ocasión de observar, deduje que era una mujer sentimental y apasionada. Tú podrás decirme si acerté ó no.

—Tu deducción fué exacta; es, en efecto, una mujer sentimental.

—Por eso precisamente no podía dar buen resultado ese matrimonio: porque ella vivía para amar, mientras que tú vivías para otras cosas; de ahí exigencias por su parte y resistencias por la tuya, resistencias y exigencias que al fin y al cabo habían de terminar, forzosamente, en una separación. ¿Hay acuerdo posible entre una mujer que vive con el corazón y un hombre que vive con la cabeza? No te pido confesiones, pero tengo la seguridad de que ella se aburría, y tú la martirizabas.

Sin pedir expansiones el notario las esperaba; pero inútilmente, porque Saniel continuó guardando silencio. Después de un momento de infructuosa espera, Héline prosiguió diciendo:

—Voy á tocar un punto delicado, pero creo me perdonarás convencido de antemano que no es una curiosidad importuna la que dicta mis palabras, pues quiero demostrarte cómo he venido á fijarme en la idea de un divorcio posible; aludo á ese desdichado joven.....

—¡Florentino!—exclamó Saniel.

—Perfectamente, recuerdo tu declaración ante el tribunal, y no dudo que á ser posible una absolución la hubieras obtenido para él. No la obtuviste, y sin embargo, no tuviste inconveniente en dar tu nombre á una mujer sobre cuyo hermano acababa de recaer una condena de asesinato. Tú, médico, no podrías admitir el matrimonio de un hombre sano con una mujer atacada de una enfermedad constitucional, ¿verdad? Pues bien, yo, notario, impregnado hasta la médula en los principios de una moral burguesa, abundando en las comunes preocupaciones, no admito, no puedo admitir el matrimonio de un hombre de tu posición con la hermana de un condenado á trabajos for-

zados, y sostengo que ese casamiento, que sólo desdichas podía acarrear á ambos esposos, estando roto de hecho debe romperse legalmente también. Y no es esto todo: sostengo además, que si el divorcio, del que soy enemigo, se impone alguna vez como necesario y legítimo bajo todos puntos de vista, ese caso es precisamente el tuyo. Sólo me admira que aún no lo hayas llevado á vías de hecho.

—Hay que alagar razones atendibles para obtener el divorcio.

—Siempre se tienen razones, y si faltan ya las buscará el abogado, que si no es torpe acabará por hallarlas. Yo te daré uno hábil.

Por lo demás, en las condiciones en que vivís, todo me parece bastante fácil. Cuando empezamos esta conversación no querías permitirme que hablara del divorcio; pero ya que hemos llegado hasta este punto, ¿tendrás inconveniente en llegar hasta el fin, y decirme cómo os habéis separado?

—Un día me escribió mi mujer, diciéndome que la vida conyugal le era imposible, y que se marchaba para no volver.

—¿Y no la has visto más?

—No.

—¿Sabes qué es de ella?

—Vive en las Ternes, y ha vuelto á tomar su nombre de Filis Cormier, bajo el cual se va dando á conocer como pintora.

—¿Crees que si la manifestarás deseos de volver á la vida marital aceptaría ella?

—Jamás se me ha ocurrido semejante idea.

—¿Pero si tal proposición la hicieras, crees que la rehusaría?

—Tal creo.

—Pues he ahí precisamente la causa para el divorcio: exiges á tu mujer la vuelta al domicilio conyugal; ella se niega, lo que constituye una injuria grave, el abogado arregla el negocio, le da curso y ya tienes pronunciado el divorcio. Todo esto no es nada difícil. Una vez que hayas recobrado la libertad, te casas con Mad. Ranson; te eligen secretario perpetuo de la Academia de medicina, miembro de la Academia de Ciencias, comendador de la Legión de Honor, senador, ministro de Instrucción pública; en una palabra: serás cuanto tu ambición haya podido soñar. Por otra parte, la segunda mujer hará feliz tu vida doméstica, asegurándote la vida de familia, nunca turbada por las exigencias infantiles de una mujer caprichosa, y como es joven aún, es bella y goza de perfecta salud, es probable que te haga padre de uno ó dos chicos robustos y sanos, que sean luego la alegría de tu vejez. Ese, ese es mi único sueño, un sueño basado en las más juiciosas reflexiones; el sueño de un perfecto notario. Medita cuanto te he dicho pero no me respondas hoy, que otro día tocaremos de nuevo el asunto. Y como ya estamos en Saint-Denis, hazme el favor de decir al cochero que me deje en la estación.

VII

No dejó Héline á Saniel tiempo para hacer maduras reflexiones, porque el martes siguiente, á las cuatro y media de la tarde, estaba ya esperándole á la salida de la sesión de la Academia de medicina.

—¿Hay algo de nuevo?—le preguntó el médico al

mismo tiempo que con él se dirigía hacia el *boulevard* de Saint-Germain, donde le esperaba su carruaje.

—Esa misma pregunta pensaba yo hacerte.

—Yo aludía el joven Ranson.

—Yo á Mad. Ranson. ¿Has reflexionado sobre la proposición que te hice?—preguntó el notario.

—Sí.

—¿Qué has decidido?

—Nada.

—Ya es algo, quizá mucho; *no*, se dice enseguida; decir *sí*, es un poco más largo.

—¿Vienes conmigo?

—¿A dónde vas?

—A Passy.

—No puedo: me alejaría mucho de mi camino.

Como Saniel había ya subido al coche, Héline se aproximó á la portezuela y le dijo:

—Cuando necesites de mi abogado pídemme una carta para él; te la daré tan explícita, que no tendrás que hacer nada.

—Dicho esto cerró la portezuela, exclamando:

—¡Hasta muy pronto!

Tenía razón el notario; *no*, se dice muy pronto; y si Saniel no había respondido con una inmediata negativa era porque vacilaba.

Desde el día en que la partida de su mujer dejara la casa vacía, no se le había ocurrido pensar que podía romper aquel matrimonio para contraer otro; bastábale la prueba del primero, y así fué que jamás la idea de un segundo enlace se presentó á su imaginación. Su casa solitaria, su mesa desierta, aquel eterno vivir solo, consigo mismo, era bien triste; pero otras tristezas más amargas, más profundas, que había en su existencia, disminuían considerablemente la inten-

sidad de aquélla; y véase cómo de repente las palabras de su antiguo compañero habían venido á despertar en él un mundo de ideas nuevas, de sueños, de esperanzas.

Ayudado por la fortuna, ¿hasta dónde no le podría empujar su ambición, en vez de proseguir arrastrándole en las mezquinas luchas que cada día se veía obligado á sostener desde su juventud? Y no era un sueño de la mente acalorada, no; aquella rica viuda podía traerle la vida dulce y digna, respetable y honrada de que Héline le había hablado. En cualquiera posición á que él ascendiese ella haría buen papel por su inteligencia, su juventud y su belleza. Aquel mismo castillo de Venette, que no había visto sino á distancia, con sus jardines, sus altas chimeneas, sus ventanas de labrados alféizares, sus cuadras, sus invernaderos y su parque, rodeado de interminable muro de cinta, estaba constantemente delante de sus ojos, como para completar la decoración en que había de representar la comedia de su vida. Calculaba que allí podría al fin respirar libremente, dichoso y tranquilo, al abrigo de todas las tempestades.

Verdaderamente, para efectuar el segundo matrimonio había necesidad de romper el primero, y aunque el asunto parecía fácil á los ojos de Héline, no parecía igualmente fácil á los suyos.

—¿Cómo acogeria su mujer la proposición? ¿Qué respuesta le daría en el caso de aceptarla, y cuál en el caso de rechazarla?

No era asunto cuyas primeras negociaciones podían encomendarse á abogados, y así lo juzgó Saniel, resolviendo tratarlo por sí mismo, si lograba vencer el sentimiento de repulsión que la sola idea de abordarlo le causaba.

No había vuelto á ver á Filis desde que ésta le abandonara, ni tampoco á tener noticias directas suyas; solamente algunas veces, en los meses de Mayo ó Junio solía leer su nombre en la revista del *Salón*; pero esto nada quería decir, sino que su mujer continuaba pintando, y que de ello sin duda vivía. ¿Vivía aún su madre? Saniel lo ignoraba; cuanto sabía de aquella familia era que habitaba en las Ternes, y aún esto de un modo poco seguro, pues lo debía á la casualidad, que un día puso al alcance de su mano un catálogo del *Salón*, en que figuraban aquellas señas.

El médico buscaba aquel nombre, pero no lo encontraba sin estremecerse.

Cuando llegó á la puerta de la enferma que iba á visitar en Passy, había tomado ya su resolución, aquella misma noche se verificaría su entrevista con Filis.

La enferma era hija de un arquitecto, á cuya oficina pasó el médico para escribir la receta, luego que terminó su visita. Después de recetar dió las necesarias instrucciones para que siguiesen estrictamente el plan por él prescripto; pero aunque parecía poner toda su atención en explicarse con la mayor claridad, no por eso dejaba de seguir el curso de sus ideas; al terminar, dijo:

—¿Tenéis algún catálogo del *Salón*?

—Seguramente ese catálogo es nuestra *guía*, porque estamos en relaciones con casi todos los artistas.

—Quisiera buscar unas señas.

Diéronle el libro; y como si tuviera necesidad de más luz para leer, se aproximó á la ventana, pero, en realidad, lo que quería era evitar que pudieran ver el nombre que buscaba, y que halló en seguida:

«*Cormier* (Mad. Filis), discípula de su padre y de

Mr. Glorient. Callejón Félicie, número 5 en las Ternes.

»594. *Five o'clock.*

»595. *Pastorale.*»

—No sé donde está ese callejón—dijo el cochero cuando Saniel le dió las señas.

—Yo tampoco; cuando llegemos á las Ternes preguntaréis. Vamos pronto, que tengo prisa.

La prisa de Saniel era fruto de la ansiedad que tenía por hallarse frente á su mujer y oír de boca de ésta la respuesta que esperaba. Más de una vez, desde el día de la separación, había el médico releído aquella carta y la sabía de memoria.

«Nada podrá reunirnos jamás: ni consideraciones, ni necesidades.»

¿Habría aplacado el tiempo la violencia de aquella resolución, ó por el contrario la habría afirmado? Juciosamente, no era posible aceptar una de estas suposiciones más bien que la otra.

«Rechazo el pasado, ese pasado culpable cuya responsabilidad oprime con su peso á mi conciencia, y quisiera perder en absoluto la memoria de un tiempo execrable.»

¿Habría perdido aquel recuerdo, y, perdiéndolo, habría modificado las resoluciones tomadas?

«Me sería imposible aceptar la lucha y escuchar vuestras súplicas, dado caso que hacerlas quisiérais. He roto los vínculos que nos unían, y desde hoy estaremos tan lejos uno del otro, como si la muerte nos hubiera separado; más lejos aún.»

Conforme á la orden recibida, el cochero había hecho trotar largo al caballo, y, siguiendo la calle de la Pompe, no habían tardado mucho en llegar á la avenida de las Ternes; allí preguntó á un guardia muni-

zado en sus años juveniles, cuantos recuerdos gratos le traía á la memoria, todo, todo era fruto y evocación de ella.

Madame Comier esperaba que su marido le dirigiese la palabra, pero éste se limitó á decirle:

—Os miro.

—Supongo que no habréis venido, á pesar de mi prohibición, solamente para mirarme.

—No; pienso en el pasado, en nuestros días de felicidad, en nuestro amor.....

—Os ruego que me ahorréis esos recuerdos, que son mi vergüenza.

—Pero son también los que constituyen mi dicha, y vuestra presencia los evoca como un perfume que me embriaga. He hecho fortuna; trabajando con ardor constante he llegado á obtener los triunfos en que cifraba mi ambición y mi gloria; mas ¿qué valen hoy, al lado de aquellos días de felicidad? ¿Qué me han dado que valga una sola hora de aquel amor?

—¿A qué me decís todo eso?

—Porque es la expresión de lo que siento al veros.

—¡Qué me importa! No tengo necesidad de saberlo.

—Mas yo tengo necesidad de decirlo.

—Os escribí cuando abandoné vuestra casa.

—¿Y creéis que he podido olvidar aquella carta implacable y cruel?

—Precisamente eso me pregunto al escucharos. ¿No os dije que desde entonces debíamos recíprocamente considerarnos como muertos?

—Jamás habéis estado más viva para mí.

—Mi madre puede llegar de un momento á otro, y es necesario que no os vea aquí; vuestra presencia sería un golpe que debo evitarle, como creo que lo debéis vos mismo. Partid, pues, pronto.

—¿Qué sabe ella?

—Sabe que he tenido que alejarme de vos.

—¿Por qué?—interrogó Saniel con sorda voz.

—Porque no podía haber nada de común entre nosotros.

Al oír esta respuesta, Saniel respiró con libertad, y se dulcificó su mirada, que se había tornado en dura y sombría por un momento.

—En ese caso,—dijo—no tengo que hacer sino probarle que, por el contrario debemos vivir unidos, y así se evita fácilmente que reciba ese golpe que teméis.

—¡No hablaréis á mi madre!—exclamó resueltamente Filis.

—No tengo empeño; no he venido aquí por ella, sino por vos.

—Os escucho.

—Ya veís que hice bien quedándome cuando me mandásteis salir, porque ahora vos deseais que hable, lo que prueba que por encima de nuestra voluntad, de la vuestra como de la mía, están nuestros sentimientos, los vuestros como los míos, que no podemos dominar ni vos ni yo.

—Tened cuidado de no equivocaros respecto de mis sentimientos. Cuando he dicho «os escucho» no me impulsaba otro deseo que el de abreviar esta entrevista que me imponéis....., á mi pesar....., y en mi casa.....

—Ábreviémosla, puesto que así lo queréis. ¿Cuándo recuperaréis en mi casa, en la vuestra, el lugar que os pertenece?

Al escuchar esta pregunta extendió Filis las manos con espanto, y dejó escapar un ahogado grito.

—¿No sois mi mujer?

—Deciais no haber olvidado aquella carta.

—¿Y qué prueba esa carta?

—El horror que me inspiráis desde el momento en que descubrí la espantosa verdad.

Contemplábanse frente á frente; los ojos del uno fijos en los ojos de la otra, y sorprendíase no poco Saniel, acostumbrado á dominar á su mujer con todo el poder de su autoridad, de que ella, con la vista clavada en la suya, resistiera su mirada con una energía de que nunca la creyó capaz. Mil veces se había preguntado cuál podía ser la causa que había decidido á su mujer á separarse de él; cuáles los hechos precisos que habían inspirado aquella carta final, y qué habría exactamente tras de aquel horror que ella le manifestaba, sin explicarse nunca de un modo concreto. Había llegado el instante de saberlo, y era menester descifrar á toda costa aquel misterio que tanto le había hecho pensar y que siempre había temido conocer.

—¿Qué verdad?—preguntó al fin.

—La que el remordimiento arrancó á vuestro sueño.

No era aquello precisamente lo que él quería saber, ó, por lo menos, aquello no era todo: era, sin embargo, algo, y algo de no escasa importancia.

—¡Y apoyándoos en una palabra pronunciada en sueños, acaso producida por una pesadilla, pero de todos modos dicha en un momento en que el hombre no es dueño de su voluntad ni de su razón, os habéis atrevido á destrozarnos nuestra vida!

Por más que Saniel había procurado no dejar que apareciese la satisfacción que la respuesta de su mujer le causara, para aquélla no había pasado inadvertida la diferencia entre el acento angustiado de la pregunta y el tranquilo de la réplica.

—Un sueño, ¿no es eso?—replicó Filis con amargura.—¡Quién se inquieta por un sueño ni por las palabras que durante él se escapan! No os apresuréis á triunfar, porque ese triunfo sería una nueva confesión. ¿Acaso ese sueño de vuestra noche de delirio no era la continuación de vuestros terrores y de vuestros delirios del día? No olvidéis que pude segueros desde que por vez primera me dijisteis que podíais huir de las garras de la miseria tomando en la caja de Caffié después de extrangularle, aquellos miles de francos que tanta falta os hacían, y que lo haríais con tanta más tranquilidad, cuanto que las personas de inteligencia no tienen remordimientos, pues la conciencia es para ellas una palabra vana. Si por un momento yo no concedí gran importancia á aquellas palabras, que juzgué como una divagación sin consecuencias, vos mismo os encargasteis muy pronto de darles toda la importancia que tenían. Después del asesinato de Caffié y del robo de los treinta y cinco mil francos que tomasteis de su caja, aparentábais una calma perfecta: y en los momentos en que el trabajo y las zozobras debían haberos preocupado seriamente, mostrábais un humor tan excelente como jamás os lo había conocido. ¡Qué os importaba el asesinato de Caffié! La justicia tenía entre sus garras un acusado, que debía ser el culpable, pues que contra él resultaban graves cargos. Es cierto que aquel acusado era mi hermano, lo que debía haberos causado alguna impresión; no lo es menos que sabíais que era inocente, lo que debía haberos turbado; pero no: conservasteis siempre vuestra serenidad imperturbable. Hubo, sin embargo, un momento en que la perdisteis y la ansiedad os ahogaba: este momento fué cuando se creyó que Florentino iba á probar su inocencia; no la probó, y le condenaron....

—¿No le defendí?

—Vos lo dejásteis condenar; vos lo hicísteis condenar. Parecía que desde entonces vuestra vida debía seguir tranquilamente su curso, y, sin embargo, no fué así. Yo he sido testigo; no lo olvidéis. Día por día ví vuestra agitación, inexplicable entonces para mí; vuestra angustia, vuestra turbación, vuestro azoramiento cuando por la noche, sobresaltado, os despertábais gritando: «¿Qué he dicho?», y lo que era más inexplicable aún en un hombre tan dueño de sí mismo y de su voluntad: la necesidad que sentiais de buscar apoyo en mí.

—¡Ah, me espiábais cuando me abandonaba á un sentimiento de ternura!

—¡Cuánto he hecho por no oír y por cerrar los ojos ante la evidenciam! Pero no podíais menos que haceros traición vos mismo. ¿No era quizá una confesión el temor de veros observado por mí? ¿No era una confesión vuestra cólera cuando suponíais que tras una pregunta insignificante que os dirigiera se ocultaba un segundo fin? ¿No lo eran todavía más vuestros transportes de ternura cuando veíais mi sorpresa? ¿Por qué no podíais sufrir que pronunciasen en vuestra presencia el nombre de Caffié? ¿Por qué el de Florentino os ponía triste y cabizbajo? Aunque pusiera gran cuidado en no dejaros adivinar mis sentimientos, para no aumentar vuestra agitación y vuestra desconfianza, vos no podíais dejar de observar mis sufrimientos. Entonces fué cuando, para saber hasta qué punto llegaban mis sospechas, concebísteis la idea de hipnotizarme, é interrogarme durante el sueño. Pedísteis que me dejara hipnotizar, y, á pesar de mi rotunda negativa, no tengo duda que intentásteis transformar en artificial mi sueño natural. ¿Lo conseguísteis? No

lo sé, aunque al despertarme os sorprendí más de una vez de pie al lado de mi lecho y clavando en mí una mirada cuya fijeza me espantaba. Pero, en fin: si lograsteis dormirme y hablé, os convenceríais de que la mujer que decís os espiaba, tenía miedo de penetrar hasta el fondo del misterio que presentía en vuestra vida, deteniéndose ante él paralizada por el horror, y acusándose de locura por no reconocer vuestra criminalidad y no tener que ir adonde vos mismo la empujábais. Comprendía que no tenía que dar más que un paso para descubrir la verdad entera, pero mi ternura por vos y el respeto de mi amor me impedían darlo. Hallábame en estas circunstancias, cuando una noche, precisamente la que precedió á mi partida oí que os quejábais más fuerte, más dolorosamente que otras veces; quise acudir á vuestro lado y no pude, porque la puerta de vuestra habitación estaba cerrada á cerrojo; ocurrióme entonces la idea de entrar por la ventana del terrado, que estaba abierta, y ya lo iba á verificar, cuando dos palabras claramente pronunciadas me detuvieron: «Filis....., perdóname.....» decíais, y yo me detuve conmovida. Otras palabras no menos claras siguieron á aquellas: «Tu hermano....., ó yo.....»

Miró al llegar á este punto á su marido, que guardaba silencio, pero su contraído rostro hallábase cubierto de mortal palidez.

—¿Es eso una palabra incoherente, escapada durante el delirio de un ensueño?—prosiguió con sorda voz, como si se avergonzara de formular la conclusión de su respuesta.—Decidme si no era la confesión de vuestro crimen, y si podía yo compartir mi vida con el asesino.

Como Saniel continuara guardando silencio, ella, después de una breve pausa, añadió:

—¿No retractáis esa confesión?

—¿Lo he intentado alguna vez?—dijo por fin, con la cabeza alta y sin bajar los ojos.

Filis se estremeció.

—No lo hice la noche que mi ternura os pedía perdón por el dolor que os causaba, menos lo haría hoy. Si después de la muerte de Caffié habéis visto mi inquietud y mis sufrimientos, también habíais visto antes mis torturas, torturas de que vos misma habéis participado hasta cierto punto. El ó yo: este era el dilema que la batalla de la vida, la lucha por la existencia me presentaba; duro, tenaz, ineludible, puesto que dejarle vivir era condenarme al suicidio. Desde el instante en que la fatalidad nos había colocado frente á frente, la muerte de Caffié era necesaria; diré más: era en cierto modo impuesta, y aún razonable; no era por consecuencia un crimen, sino simplemente un acto de violencia: el que comete el fuerte contra el débil. Por lo demás, ¿no lo habíais condenado vos misma?

—¡No esperéis que diga eso!—gritó Filis,—ya lo intentásteis cuando preparábais el asesinato, y recuerdo muy bien que os dije: «Si Caffié ha merecido diez veces la muerte por su dureza, sus robos y sus infamias, debe castigarle la mano de la justicia humana ó de la divina; mas no la vuestra.»

—Y vos teníais vuestras razones para expresaros así, como yo tenía las mías para obrar del modo que obré. Nosotros no somos de la misma raza. Vos sois un sér perfeccionado, civilizado. Yo un rústico, un campesino, un ente identificado con la naturaleza, y no ignorais que la naturaleza enseña las violencias. Con la violencia vinieron durante miles de años los primeros hombres, siendo siempre el débil la presa del fuerte.

—¿Habéis venido para convertirme en esa fe científica?

—Para convertiros, no; para haceros comprender solamente que del resultado de esta explicación depende nuestra vida. Abrid los ojos; ved lo que ocurre entre los animales todos, los de la tierra, los del aire, los de los mares: el que tiene hambre, mata.

—Son animales.

—Entre los salvajes: el salvaje que tiene hambre, mata.

—Son salvajes.

—¿Creéis que el campesino haya subido muchos peldaños de la escala de la civilización para hallarse distante del salvaje? Os lo repito: yo era un campesino, un salvaje si queréis; en todo caso me hallaba lo bastante próximo á la naturaleza para sentir la necesidad de la violencia. Además, por la educación que yo había recibido, me encontraba suficientemente cultivado para saber que el que comete un homicidio de una manera científica y razonada, rodeándose de todas aquellas precauciones que la sugiere su inteligencia, conjura todo peligro y no tiene nada que temer: ni de la ley social, porque no le han de descubrir, ni de él mismo, porque su educación filosófica le ha enseñado que la conciencia no existe.

—Ya habéis visto que, cuando hablábais de la muerte de Caffié, lo que decíais de la conciencia no era una opinión sin consecuencias.

—Hablo del estado en que me hallaba cuando las circunstancias me pusieron en presencia de Caffié, y no de otro. ¿Quién era Caffié? Lo habeis dicho vos misma: un miserable que merecía diez veces la muerte, y que, además, de edad avanzada y enfermo como estaba, le quedaba apenas un mes de vida; quizá al-

guna semana de una existencia penosa. ¿Quién era yo? Lo sabéis, sin necesidad de que lo diga; habéis sido testigo de mis trabajos y confidente de mis esperanzas; el porvenir ha demostrado que no me dejaba seducir por locas ilusiones. La falta de algunos millares de francos amenazaba pulverizar mis esperanzas y trabajos; en vísperas de ser médico de los hospitales y catedrático, veíame obligado á abandonar á París; á punto ya de ver realizarse mis esperanzas, encontrábame de repente en medio de la calle, y de mis esfuerzos, de mi laboriosidad, de mis esperanzas, no quedaba nada. Estábamos separados....

—Sabíais bien que yo os seguiría á todas partes.

—¿Cuál hubiera sido nuestra vida?

—Una vida de honradez y de dicha.

—Para mí, en aquel momento no había otra solución; pero nadie es hoy lo que era ayer, ni será mañana lo que es hoy. No es lo mismo decir: «haré», que decir, «he hecho.» Llegó un día en que aquel acto de violencia que me había parecido necesario y natural, por consecuencia, se me hizo insoportable; en que la brutalidad del hombre tosco fué motivo de horror para el hombre civilizado, obligado á reconocer que había pesado mal su acto de violencia, acto que, desde entonces, cambiaba de nombre para convertirse en crimen. Del mismo modo que la humanidad no ha podido en pocos años elevarse, sino que, poco á poco, ha tenido que ir libertándose de las fatalidades de su origen, así también el hombre va lentamente haciendo su evolución. Ya habéis visto de qué modo se ha operado en mí; de qué manera amargó mis días y entristeció mis noches; cómo me ha hecho esclavo, y al mismo tiempo víctima de mi crimen,

Pasóse Saniel la mano por la frente, como para alejar el peso de los recuerdos.

—Testigo de mis torturas—prosiguió diciendo—me habéis escrito aquella carta, y, sin haberme escuchado, os habéis alejado de mí. Sin embargo, no os acuso; jamás, ni en circunstancia alguna acuso á nadie, y mucho menos á vos, porque siempre me digo que no podíais saber hasta qué punto me hubiera sido útil y agradable una palabra de consuelo, una palabra de simpatía que hubiera brotado de vuestros labios. En lugar de esta compasión, hallé vuestra carta, que fué para mí el más rudo golpe que recibir pudiera. Me he preguntado muchas veces, sin comprenderlo, cómo me asestaba aquel golpe una mujer, en cuyo amor yo tenía fe; cómo me lo asestaba en vez de otorgarme el perdón que en mi sueño le imploraba, y estos ojos, que no conocían las lágrimas, lloraron, y se ablandó este corazón, que yo creía de piedra; el dolor del abandono me enseñó á conocer toda la intensidad de mi amor.

Calló un instante; pero viendo que Filis no contestaba, continuó luego:

—En fin, estaba solo... Como habéis visto mis tormentos, cuando aún compartíamos nuestra existencia, juzgo inútil hablar de los que he sufrido solo y abandonado después de vuestra partida; llegó momento en que fueron intolerables. La ley impone un castigo al hombre que comete un crimen; pero cuando por cualquiera razón la ley no interviene para el castigo, hay á su lado, y por encima de ella, un medio de que el hombre pague y se liberte: redimirse por la expiación. Tal era el derecho de los antiguos francos, entre quienes el criminal se redimía mediante una suma de dinero, quedando luego bajo el amparo de la jus-

ticia, y tal será sin duda el del porvenir: el criminal será considerado como un deudor que está en la necesidad de pagar la deuda que su crimen le ha hecho contraer... Yo no sé si después de nuestra separación habreis oído hablar de mí.

—Hubiera querido olvidaros, si nuestra desgracia hubiera hecho posible el olvido.

—Pues bien; baste decir que de las grandes sumas que desde vuestra partida he ganado no me queda nada, y soy tan pobre hoy como lo era cuando vivíamos juntos; en todo este tiempo, donde he sabido que existía una pena, he hecho cuanto he podido para consolarla. De esta manera mis intolerables tormentos se han ido calmando poco á poco; la vida los ha destruído. Hoy, que he pagado mi deuda, la calma ha vuelto á mi corazón, tan completa ó quizás más que antes de que la fatalidad pusiera para nuestra desgracia á Caffié en mi camino; y así, si vos recuperais en nuestra casa el lugar que os corresponde, puedo asegurar que no os hallaréis al lado del desdichado, víctima del remordimiento, de quien habéis huido, sino al lado de un hombre dueño de sí mismo, y que ha llegado á adquirir en el mundo tal grado de consideración y de estima, que, si cometiera un crimen—que os juro que no susederá—nadie querría admitir como cosa posible que fuese culpable, aunque el mismo Caffié saliera de su tumba para acusarle.

Dichas estas últimas palabras con una tranquilidad que indicaba cuán sincera y profunda era su convicción, esperó la respuesta.

—¿Permitís que hable ahora?—preguntó Filis.

—No sólo os lo permito: os lo ruego, si queréis.

—¿Decís que si Caffié saliera de su tumba para acusaros nadie le creería? ¿Y Florentino, y madame Dammauville, tampoco serían creídos?

Al escuchar esta interrogación, Saniel se turbó y bajó los ojos; pero casi al momento volvió á alzarlos, exclamando al mismo tiempo:

—¡Florentino! Iba á hablaros de él, en quien supongo no habréis creído que haya dejado de pensar; las palabras que se me escaparon durante el sueño que sabéis, son pruebas de mi preocupación; ¿no era él quien me obligaba á pedir os perdón? Grande es mi deuda, pero no tanto que no la pueda pagar.

—¡Pagarla....., ahora!

—Dentro de pocos meses Florentino habrá extinguido la mitad de su condena; entonces será el momento oportuno para pedir su indulto, y lo obtendré, porque no me negarán un indulto que pida para el hermano de mi esposa. Entonces.....

Interrumpióle Filis con un ademán, y, luego, haciéndole ver su traje de luto, dijo:

—La muerte ha sido más clemente que vos: se os ha anticipado.

Quedó Saniel silencioso, después de lanzar una sorda exclamación, sin atreverse á proferir palabra.

—Esta muerte — prosiguió Filis — desbaratando vuestros planes, os impide pagar la deuda con tanta facilidad como creíais. ¿Cómo podríais pagar ahora sus sufrimientos, sus torturas, su agonía en aquel presidio, donde estaba ocupando vuestro lugar, porque no quisisteis pronunciar la palabra que hubiera podido salvarle? ¿Qué cantidad de dinero sería suficiente para redimir todo esto? ¿Tendríais valor para presentaros ante los magistrados, diciendo: «Devolved su honor al inocente: yo solo soy el culpable»? Lo ignoro; pero aunque así fuera, ¿podríais devolverle la vida? ¿Podríais hacer que nosotras, la madre y la hermana de aquel desgraciado, olvidáramos, dejára-

mos de sentir las humillaciones, los dolores que durante diez años nos habéis causado, y cuyo peso llevaremos sobre nuestro corazón hasta el último día de nuestra vida? No; pero vos, con vuestra aparente filantropía, vuestra generosidad simulada, recuperáis esa calma de que os mostráis tan orgulloso. ¡Ah, y para que os ayude á gozar ese beneficio con mayor tranquilidad, me proponéis que vuelva á vuestra casa, que torne á ocupar mi puesto, asegurándome que no estaré al lado de un desgraciado atormentado por el remordimiento! ¡Y os atrevéis á tacharme de cruel porque me separé de vos...., desgraciado! ¡Yo, una mujer, la vuestra, no tener piedad para los tormentos de vuestra conciencia, que aún no había hallado el medio ingenioso de pagar su deuda! No olvidéis que esta mujer huía del verdugo de su hermano, y que hoy rechaza á su asesino con más horror que rechazaría al de Caffié y al de Mad. Dammauville. Hay en vuestra vida una noche cuyo recuerdo jamás se borrará de mi memoria, y que vos no debíais olvidar: la noche de la muerte de Mad. Dammauville; cuando entrasteis en vuestra casa llevando la certeza de que iba á hablar y á acusaros del asesinato de Caffié, que os había visto cometer, estabais fuera de vos, y la desesperación se leía claramente en vuestra cara. Os pregunté sorprendida, al ver vuestro aspecto, y, en vez de hacerme una confesión que me hubiera arrojado en vuestros brazos, empezásteis á hablarme de la ternura de vuestro amor, recomendándome mucho que cuando os quisiera juzgar recordara aquella noche. Hoy ha sonado la hora del juicio que entonces temíais. Sí; yo hubiera quizá tenido palabras de perdón y de piedad para el desgraciado que en un momento de extravío se había lanzado al orimen; pero

sólo puede inspirarme horror el asesino de madame Dammauville, el verdugo de mi hermano, el que de crimen en crimen ha llegado hasta el punto de dejar que un inocente vaya á arrastrar la cadena que á él le correspondía. Hablad de expiación, de deudas satisfechas, de consideraciones, de honores y de seguridades; hacinad mentira sobre mentira para engañar vuestra propia conciencia, intentando adormecerla con el rumor de vuestras palabras, que yo, pobre mujer, ignorante, incapaz de discutir con vos, que tan hábil é ingenioso sois para la defensa de vuestra causa, persistiré siempre en creer que esos crímenes, que tan pequeño os parecen, han de flotar sobre vuestra cabeza, envolviéndoos en su fría sombra, hasta el día en que caigan sobre vos para fulminaros. Podéis creerlo ó no; pero yo fío en la justicia divina, y no dudo que ha de llegar ese día; no es la primera vez que os lo digo.

—¿Es esa vuestra última palabra?

—¡Quiéralo el cielo!

IX

Había sido tan vehemente la respuesta de Filis, que Saniel salió aturdido.

Al provocar aquella entrevista no había tenido otro objeto que proponerle el divorcio, y á pesar suyo, le había propuesto la vuelta al hogar doméstico, no por estratagema, ni por obligarla de un modo hábil á pronunciar un *no* que hiciera necesaria la separación legal, sino de buena fe, arrastrado por la irresistible fuerza de los recuerdos de antaño.

¿Qué poder ejercía sobre él la mujer aquella, que después de tantos años le dominaba aún completamente? Antes, en la ocasión precisa en que las circunstancias le obligaban á alejarse de ella, cediendo, sin duda, á aquella extraña influencia, la había hecho su mujer, colocando así á su lado y delante de sus propios ojos, un recuerdo constante, un recuerdo viviente y palpable del crimen que á costa de los mayores sacrificios hubiera querido envolver en las espesas sombras del olvido. Y véase de qué modo había estado á punto de recaer en aquella locura, en aquella debilidad, humana quizá, pero por lo mismo indigna de él. ¡Cuán fácilmente son juguete de una sorpresa los hombres que se creen más fuertes y más invulnerables!

Era Saniel, sin embargo, hombre de tal temple, que había recobrado su sangre fría antes de llegar á la puerta.

—A casa;—dijo al cochero al subir á la berlina.— Pero deteneos en la primera estación telegráfica que encontréis en el camino.

Una vez que ocupó su sitio en el interior del carruaje, tomó una cuartilla de papel para escribir en ella el telegrama que pensaba dirigir á Héline, como primer paso dado en la ya tratada demanda de divorcio. Había tomado su resolución, y prefería precipitar los acontecimientos antes que permanecer bajo la impresión de aquella entrevista; tenía la esperanza de que Mad. Ranson le hiciera olvidar á Filis. Dada la disposición de ánimo en que ésta última se hallaba, no era de temer que se opusiera al divorcio, puesto que como Héline decía, no podría oponerse, sino bajo la condición de volver al domicilio conyugal. Tampoco era de temer que para defenderse hablara porque,

¿qué acusación podría lanzar que se apoyara en una base sólida? ¿Las palabras que había oído durante el sueño de Saniel? ¿Qué importancia podían tener, ni qué valor se le pudiera otorgar á una confesión no confirmada por testigos competentes?

En el momento en que su pluma trazaba las primeras palabras del telegrama, una parada brusca del caballo le hizo romper el papel; asomó la cabeza por la ventanilla para averiguar la causa, y vió que al doblar la esquina había faltado muy poco para que el coche atropellara á una anciana que atravesaba la calle. Era una señora que vestía un modesto traje de luto; encorvada bajo el peso de los años, andaba difícilmente, con tardo paso, y apoyada en el brazo de una criada joven, en la que Saniel reconoció al primer golpe de vista la que anteriormente le había abierto la puerta en casa de su mujer. No le fué difícil adivinar que aquella señora era la madre de Filis, que regresaba de dar su paseo; mas, ¡cuán cambiada la veía! Sin la compañía de la joven no la hubiera podido reconocer. Tenía el rostro cubierto de arrugas; blancas las cejas, y eran tales el enflaquecimiento y la rigidez de aquel cuerpo, que parecía el de una momia, más bien que el de un sér viviente. Pudo el médico contemplarla frente á frente durante breves momentos, porque la casualidad había hecho que la anciana se detuviera con la cara vuelta hacia la berlina; pero bien pronto el caballo emprendió de nuevo el trote y la anciana prosiguió lentamente su camino.

Cuando llegó al estudio acudió Filis á quitarle el sombrero y el abrigo, operación que á ella le era imposible verificar sin ayuda.

—¿Vamos, —preguntó, —estás contenta?

—¿Contenta?—repitió maquinalmente Filis que aún era presa de una violenta agitación.

—Sí; acabo de encontrar al comprador, y por cierto que ha faltado muy poco para que me aplastara su coche; pero en fin: por el aspecto de su tren, me ha parecido un comprador verdadero. ¿Habéis hecho negocio?

—No.

—¿Y le has hablado de los cuadros que vas á presentar en la Exposición?

—Tampoco. ¿Con qué objeto le iba á hablar?

—Has hecho mal. Si al paso le hubieras dicho algo, no tengo duda que le habrían hecho efecto; sin embargo, cuando los vea en la Exposición, donde seguramente obtendrán este año una medalla, ya le llamarán la atención.

—¡Ay! ¡Este año!

—¿Qué ¡ay!, este año? Aún no has cumplido los treinta y cuatro; y, según ha dicho el mismo Cintrat, que indudablemente lo entiende, has adquirido una admirable facilidad, una soltura poco común, y aún no es tarde para conquistar un lugar en el arte: cincuenta años tenía Corot cuando el público empezó á conocer su nombre, y tu padre ya había pasado de los cuarenta cuando se dió á conocer.

Sorprendida Filis en el primer momento de turbación porque la escena que acababa de pasar con su marido la había impresionado profundamente, había lanzado aquella exclamación sin darse cuenta de ella, pero bien pronto comprendió que á toda costa debía evitar que su madre leyera en el fondo de su alma, y que tenía necesidad de prescindir de sus impresiones, siquiera fuese momentáneamente, para hablar el dulce lenguaje que tanto gustaba á la pobre anciana.

—Tienes razón,—le dijo;—pero, ¿cómo ha de ser? Hay en la vida momentos en que las injusticias nos desaniman.

—Más de una vez ví á tu padre bajo la presión de esas debilidades; pero luego recobraba ánimos, y volvía con mayor ardor al trabajo.

—También yo me animaré, no lo dudes. Aunque no vendiera mis pinturas, me quedaría el recurso de aquellos pobres lienzos.

Y, diciendo esto, señalaba con el dedo los tres que había en los caballetes.

—Y si me llegaran á faltar esos recursos—prosiguió luego—aún tengo mis listas; los ricos tendrán invitados á sus mesas, y no me faltará ocasión ni habilidad para pintar por docenas los cartoncitos en que las han de escribir.

Interrumpiolas la llegada de la criada, que en aquel momento entraba, llevando una mesita de alas, que abrió y en la que fué colocando los utensilios de comer, porque en aquella estrecha casa, compuesta de tres piezas y cocina, el taller servía de comedor, [y éste de habitación á Filis.

—Comeré con mucho gusto hoy—dijo madame Comier;—el paseo me ha abierto el apetito; ¿y tú?

También.

Frugal por demás era la comida: compuesta de una sopa de pan, dos salchichas con patatas y una botella de vino, de la que tomaron cada cual una copita.

Aunque Filis había afirmado que tenía buen apetito, casi no pudo comer; tomó algunas cucharadas de sopa, pero no le fué posible probar el pan ni las patatas.

—Tú no comes—dijo Mad. Comier.

—Sí, mamá, lo estoy haciendo bien.

Como tenían abierta la vidriera y Filis se hallaba sentada de frente al jardín, advirtió en aquel momento que la portera hacía señas por encima del encañado.

—¡Madame Cormier!—gritaba.—¿Quereis recibir una carta que no tiene sello? Hay que pagar treinta céntimos; es de París.

—Vaya si la tomo—dijo Filis, levantándose para llevarle los treinta céntimos y recoger la carta.

Traía ésta un sobre ordinario y amarillento, escrito de modo que fácilmente se comprendía la intención que su autor había tenido de desfigurar la letra. Rompió el sobre, preguntándose quién podría escribirle de aquel modo y halló que la carta estaba concebida en estos términos:

«Si esta tarde, al obscurecer, os encontráis en el »*boulevard* de las fortificaciones, entre la puerta de »Sanblonville y la de Villiers, podréis tener noticias »del que os interesa. Supongo que esta carta llegará »con tiempo suficiente para que podáis acudir á la ci- »ta, porque hay urgencia. En el caso de que la reci- »biérais con retraso, id mañana temprano, de seis á »siete de la mañana, al sitio indicado.»

¿El qué le interesaba?

Sólo le interesaba Florentino; pero ¿qué noticias podían darle de él, que había muerto hacía ocho meses?

Un rayo de esperanza atravesó su cerebro; porque, ¿no podía muy bien ser falsa la noticia de su muerte? ¿Y si no se hubiera ahogado, como creían?... Un mundo de hipótesis agitó desde entonces su corazón; ya no tuvo voluntad para esperar un momento, y á toda prisa entró en su cuarto para ponerse el sombrero.

—¿Vas á salir?—le preguntó sorprendida madame Cormier,

—Estaré fuera muy poco rato.

—¿Quizá esa carta te trae malas noticias?

—No; ya te diré cuando vuelva de qué se trata.
¡Hasta luego!

Obscurecía, y era precisamente el instante oportuno de acudir á la cita; de modo que á toda prisa tomó el camino de las fortificaciones, poco distantes, por fortuna. Al mismo tiempo que andaba no cesaba de pensar qué clase de noticias serían aquellas, pero temía entregarse á esperanzas que, después de todo, no tenía en que fundarlas.

Ya no la cabía la menor duda de que se trataba de Florentino, pero ¿qué la dirían? Ahí estaba el punto misterioso ¿Habría escrito aquella carta alguno de sus compañeros de presidio para hacerse pagar á buen precio pocas é insignificantes noticias? Ni esta perspectiva, ni el temor de habérselas con un presidiario, detuvieron á la joven, que continuó su camino.

Por otra parte, si aquellas noticias podían carecer de importancia, también era posible que la tuvieran; y, sobre todo, tratándose de Florentino, no había nada que pudiera serle indiferente. ¡Es tan difícil creer en la muerte de una persona amada que no hemos visto morir!

Como Filis había previsto, el sitio no estaba desierto; la agradable temperatura primaveral hacía que aún hubiera por allí niños jugando, personas que paseaban y algunas otras que tranquilamente dormían, recostada sobre la yerba que ya estaba bastante alta.

Entonces le ocurrió preguntarse cómo encontraría á la persona que buscaba, y cómo esta persona podría reconocerla. ¿La conocía por ventura?

X

La distancia que media entre la puerta de Sablonville y la de Villiers es corta; así fué que por más que Filis la anduvo muy despacio, empleó poco tiempo en vencerla.

Al recorrer de nuevo aquel trayecto observó que un hombre que estaba echado en la yerba la miraba con una insistencia que á ella le pareció significativa. Como las sombras se iban haciendo cada vez más densas, le era difícil observar detalladamente á aquel hombre; sin embargo, pudo notar que era de elevada estatura y estaba miserablemente vestido con una andrajosa chaqueta gris, un estropeado sombrero de fieltro de anchas alas y un pantalón casi fuera de uso.

Levantóse el hombre y fué hacia ella, cuyo corazón latió violentamente; había creído reconocer la elevada estatura de Florentino; pero á medida que la distancia disminuía, disminuía también la semejanza. El paso firme y resuelto de aquel hombre; sus cabellos grises y sumamente cortos; su rostro pálido y descarnado, en que las viruelas habían dejado marcadas huellas, distaban mucho del vacilante paso de Florentino, de sus largos cabellos, de su rizada barba y de su franca fisonomía.....; y, sin embargo, era él.

Presa de violenta emoción, Filis se había detenido junto á un árbol; Florentino, hemos dicho que era él, continuaba acercándose; la duda no cabía ya. Cuando la distancia que les separaba fué solamente de algunos pasos, colocó el índice sobre los labios, para prevenir cualquiera exclamación involuntaria en el

primer momento de sorpresa. Este movimiento fué para ella un rayo de luz que disipó las últimas sombras de la duda; tan violenta fué entonces su emoción que para no caer tuvo que apoyarse en el árbol junto al cual estaba.

Una vez á su lado, besóla disimuladamente, al mismo tiempo que le decía en voz muy baja:

—Sí, yo soy, pero domina tu emoción, que puede descubrirme. Vamos, iremos uno al lado del otro.

Hizo Filis un supremo esfuerzo, y siguió á su hermano; pero sin pronunciar una palabra.

De este modo continuaron su camino sin despegar sus labios, pero llamando la atención de los transeúntes, que no comprendían la relación que podía haber entre aquel hombre de aspecto miserable y aquella mujer decentemente vestida.

—Nos miran—murmuró ella.

—En eso está el peligro—respondió él á media voz.

—¿Te persiguen?

—No; pero es probable que me vigilen.

—Mi compañía hace que te observen; sigue delante, y nos reuniremos cuando oscurezca más; sé que estás vivo, que es lo esencial del caso.

Pero él, en vez de separarse, le preguntó:

—¿Y nuestra madre?

—Perfectamente.

—Ese luto que llevas me estaba torturando—dijo lanzando un suspiro de satisfacción.

—Lo he llevado por tí.

—Sígueme á cierta distancia—dijo y echó á andar delante, al paso de una persona que va paseando para entretener el tiempo.

Filis, detrás de él, le iba contemplando entre triste y contenta; contenta, por el placer de haber hallado á

aquel hermano querido, cuya muerte lloraba hacía ocho meses; triste, porque le llenaba de espanto pensar que de un momento á otro podía arrojarse sobre él la policía. ¡Ironía de la suerte! Allí, ante sus ojos, tenía á su hermano, fugitivo, demacrado, imagen viviente de la miseria, escondiéndose como una res perseguida, mientras que aún resonaba en su oído el ruido de la lujosa berlina de Saniel, y veía el continente altanero, el elegante traje y las condecoraciones de su marido. Dejaron atrás la puerta de Villiers, y luego la de la Revolte; la noche se aproximaba rápidamente; pero Florentino continuaba al mismo paso, como dando á entender que aún no se atrevía á esperar á su hermana; ésta á pesar del vehemente deseo que sentía de hablarle, de estrechar sus manos y de estar cerca de él, obedecía á aquella muda indicación, y caminaba silenciosa.

Así que se hallaron en un lugar casi desierto, detúvose Florentino, y en pocos momentos fué alcanzado por su hermana.

Antes que tuviera tiempo de darse cuenta de ello, se halló en los brazos de Filis, que exclamaba:

—¡Ya estás aquí! ¡Ah, pobre Florentino! ¡Qué alegría!

—Tú creíste la noticia de mi muerte, ¿verdad?

—¿Cómo no creerla si nos la comunicaron oficialmente?

—Precisamente así deseaba yo que ocurriera.

—¿Por qué no nos has escrito?

—Ya me hubiera guardado de hacerlo: tenía demasiado interés en que todos me creyeran muerto para cometer la imprudencia de escribir una carta que podía muy bien ir á parar á manos extrañas.

—¿Desde cuándo estás en París?

—Desde las dos de la tarde.

—Y ¿por qué no fuiste enseguida á casa?

—¿Y si no viviais ya en ella? ¿Y si en el momento de entrar había alguien que pudiera reconocerme? Con este traje no se puede pasar fácilmente sin llamar la atención.

—¿No podías haber enviado un demandadero?

—¿Y cómo le iba á pagar, si no tenía ni los quince céntimos para el franqueo de la carta que te envié?

—¡Pobre, infeliz!

—Más pobre de lo que puedes suponer, porque vengo á pie desde el Havre; y desde Rouen, donde gasté los últimos cuartos, no me he alimentado más que con patatas que desenterraba en los sitios en que las acababan de sembrar, y las asaba encendiendo fuego cómo y donde podía hacerlo sin peligro.

—¡Entonces debes estar muerto de hambre!

—Casi; no estoy mal de apetito, porque aún no me he desanuyado hoy.

—Vamos á escape á casa.

—Sí; pero no tienes en cuenta la criada, la portera.....

—¿Has formado algún plan?

—Un plan, no, porque no sabía cómo ni en qué condiciones te encontraría y no podía, por lo tanto combinarlo de antemano; pero no quiero precipitarme, porque he jurado no cometer ninguna imprudencia ni encomendar nada á la casualidad.

—La portera debe de estar comiendo á esta hora; de modo que puedes pasar sin temor por delante de la portería; no te verá; y siguiendo la vereda que conduce á nuestra casa, llegas y entras, porque yo cuidaré de que esté la puerta abierta. Como entraré antes que tú, enviaré la criada á algún recado.

—Lo más indispensable es que ni ella ni la portera me vean con este traje, que excitaria su curiosidad y daría motivo á hablillas. ¿Estás en fondos?

—Para pequeña cosa, sí; pero para otras de mayor importancia hay que esperar á mañana.

—Necesito un centenar de francos para comprar-me una camisa, un sombrero, calzado y un traje completo.

—Bien: ¿para cuando necesitas el traje?

—Para mañana temprano. Es preciso que tú vayas á comprarlo, porque yo no puedo presentarme en un almacén con este que traigo..... Me vestiré en tu casa y así, para los criados como para la portera, pasará por ser un pariente que ha venido de provincias, ó lo que te parezca mejor. De cualquier manera, la explicación bastará para cubrir el expediente durante algunos días.

—¿Algunos días?

—Sí, porque comprenderás que no puedo quedarme á vivir aquí sin provocar sospechas, que serían tan naturales como inevitables.

—¿Qué piensas hacer?

—Ya te lo diré. Lo que por ahora deseo es dar un abrazo á nuestra madre y tomar un bocado.

—Tienes razón, perdona mi pregunta, porque no sé lo que digo ni lo que hago. ¿Vuelvo á casa?

—Sí; pero dime: ¿tienes algo que darme para cenar?

—No.

—Pues entonces, antes de ir á casa, compra algunas frioleras: un pedazo de pan; un pedazo grande, y queso de cualquier género que sea; eso basta. Ve delante y yo te seguiré, pero no entraré enseguida; es necesario que tengas tiempo de preparar á nuestra madre. ¡Ah, la voy á volver á ver! ¡Madre querida; no he llegado tarde!

Regresaron por el mismo camino que anteriormente habían recorrido, Filis delante, andando apresuradamente, y detrás Florentino, que no la perdía de vista. Había inclinado el sombrero sobre los ojos, y al verle pasar con su aire resuelto por aquellos sitios, cualquiera le hubiera tomado por un siniestro merodeador que iba de expedición nocturna. Al pasar por delante de una pareja de guardias, éstos le examinaron de alto abajo con escrutadora mirada; Filis, que instintivamente había vuelto la cabeza, pudo ver que cruzaba por delante de ellos sin apresurar ni acortar el paso, y con toda la tranquilidad del hombre que nada tiene que temer.

En vez de tomar por la calle de Bayen, que era el camino directo, tomó Filis por la avenida de las Ternes, y Florentino que á cierta distancia le seguía, vióla entrar en una pastelería y comprar una gran lonja de *roastbeef*, otra de ternera, y medio pollo.

Entró luego en otra tienda, donde compró un queso de Camembert, y, por último, en una panadería, donde se hizo de un pan de dos libras. Al ver estas compras á través de los escaparates la vista se le oscurecía, temblábanle las piernas, y la boca se le hacía agua.

Apresuró Filis su regreso á casa, y al llegar delante de la puerta volvióse á mirar, y vió que su hermano estaba á la entrada del callejón.

—¿Para qué traes todo eso?—preguntó Mad. Cormier cuando la vió llegar con aquellas provisiones.

—Lo sabrás luego.

—¿Alguna mala noticia?

—No; la mejor que puedes esperar.

—¿La mejor? ¿La mejor?—repitió Mad. Cormier.

Pero Filis, antes de responderle, tenía necesidad

de alejar la criada, lo que verificó enviándola á un recado al centro de París.

—¿Qué buena noticia es esa que tienes que anunciarme?—preguntó la señora.—¿Dices que es la mejor que puedo esperar?

—Sin duda; la mejor.

Antes de pasar á más amplias explicaciones, Filis empezó á preparar la mesa en que habían comido.

—¿Vas á poner la mesa?—preguntó su madre con la mayor extrañeza.—¿Por qué has dejado entonces que salga la criada?

—Porque no debe ver á la persona que espero.

—Una persona que no quiere ser vista..... ¿Viene quizá de..... allá?

La buena señora no se atrevió á pronunciar el nombre de Noumea, pero sus labios se agitaron con un temblor que Filis comprendía perfectamente. Dado el primer golpe, y habiendo conseguido fijar la atención de su madre en Florentino, ya era fácil abordar la cuestión.

—Sí, de la isla de Nou.

—De la isla de Nou..... ¿Y la has visto tú?

—La acabo de dejar. Para ella es precisamente esta cena.

—¿Qué te ha dicho, que te has puesto tan contenta?

—El te lo repetirá, y juzgarás por ti misma.

—No me dejes en la ansiedad, te lo ruego.

—No debes estar ansiosa ni apurarte.

—Pues no puedo esperar.

—Pero puedes creer el testimonio de tus ojos..... Si te dijeran que se han engañado.....

—¿Te lo han dicho..... á tí?

—Sí; me han dicho que era cosa posible que Florentino hubiera escapado á la muerte.

Con el fin de no precipitar los sucesos y dejar que su madre fuera acostumbrándose á aquella idea, fué Filis á cerrar las maderas de la puerta y la ventana, dejándole así tiempo de pensar en lo que había oído, y á la vez evitar que desde el jardín pudieran ver ni oír lo que en el estudio ocurriera; pero cuando volvió junto á su madre, en vez de encontrarla como era de suponer, transportada de alegría, hallóla, por el contrario, grave y meditabunda.

—No ignoras—le dijo—que los que vienen de allá no merecen la mayor confianza, y hay que estar con cuidado, por si lo que intenta es sacarnos dinero.

El tiempo urgía, volaban los minutos, y Florentino podía llegar de un momento á otro.

—La persona que me lo ha dicho merece tanto crédito como el mismo Florentino, y cuando afirma que está vivo hay que creerlo.

—¿Lo afirma? ¿Has dicho que lo afirma?

—No me cabe duda que Florentino vive; muy pronto lo verás.

—¡Dios mío!—gritó sobresaltada Mad. Cormier.

Filis que escuchaba con la mayor atención oyó en aquel momento pisadas en el jardín; corrió hacia la puerta, y conduciendo á su hermano de la mano, le dijo:

—Puesto que mamá no quiere creerme, dile tú que estás vivo.

XI

—Madre—dijo Filis cuando Mad. Cormier empezó á reponerse de la sorpresa;—es menester que tengas

en cuenta que Florentino no ha tomado bocado en todo el día.

—Perdona, hijo mío; no me acordaba: soy tan egoísta, que no pienso sino en verte, oírte, abrazarte.... He perdido el seso.

Hizo Filis á su hermano sentarse á la mesa.

—Quiero estar junto á él—dijo Mad. Cormier.

—No, enfrente—respondió su hija.—Así podrás mirarle mejor; pero cuida de no interrogarle ahora, porque no se le concede el derecho de hablar sino entre plato y plato, y tiene tres.

La pobre madre no pudo estar mucho tiempo en su sitio; al cabo de pocos momentos se levantó.

—Quiero servirle el vino—dijo respondiendo á una mirada de su hija.

Tomó la botella; pero su temblorosa mano, agitada por la emoción, no pudo echar el vino en el vaso, y lo derramó en la mesa.

—No riñas hoy por eso, Filis—dijo Florentino con la boca llena.

—¡Qué importa!

—Puesto que no debo hablar—prosiguió Florentino—explicadme cómo habéis sabido la noticia de mi muerte; y si os lo han dicho, referidme de qué modo la han contado; pues, como aún estoy vivo, lo escucharé con gusto para saber cómo me han matado.

—Al principio nos dijeron sencillamente que habías fallecido; más tarde que había sido en la travesía, desde la isla á un faro que hay por allí edificado sobre un banco de coral, y que te habías ahogado con uno de tus compañeros.

—Si lo han creído así verdaderamente, esa historia simplifica mucho mi situación; porque muerto nada tengo que temer de la policía, y más tarde, cuando

venga el momento oportuno, ya probaré que estoy bien vivo.

Aunque el trozo de *roastbeef* era bastante grande, Florentino lo había devorado en pocos minutos.

—¿Quieres hablar ahora—le dijo su hermana—ó prefieres comerte antes ese pedazo de ternera?

—¡Ah, la ternera está diciendo comedme!

—Come, come; ¡pobre hijo mío!—exclamó madame Cormier con los ojos preñados de lágrimas.

—Ya ves que no tengo necesidad de que me animen.

No duró la ternera mucho más tiempo que había durado el *roastbeef*, y pedazos de carne y pedazos de pan continuaban desapareciendo rápidamente.

Mirábale Filis atentamente, observando las terribles huellas que la miseria en que por tanto tiempo había vivido dejara impresas en su rostro, hasta el punto de ponerle desconocido. La luz de la lámpara, que le daba de lleno en la cara, hacía aparecer más palpable la enorme diferencia que había entre el joven de nueve años atrás y el hombre que tenía delante en aquel momento; aparte de la estatura, nada en él recordaba al Florentino de antes; porque el aire brutal, la palabra breve y la dura expresión de su mirada, eran completamente de otro; del desdichado que tanto había sufrido durante nueve años.

Cuando vió el plato vacío, levantó la cabeza.

Había sorprendido la mirada de su hermana, y por la expresión de pena y de extrañeza que revelaba adivinó el pensamiento que la producía.

—¿He cambiado, eh? Pero no he cambiado más que el rostro.

—No me ha sido difícil reconocerte—le dijo su madre.

—Con algún trabajo; pero por ahora, y para conseguir lo que me propongo, no deploro haber cambiado, al contrario.

—¿Qué te propones?

—Ya hablaremos de ello más tarde—dijo, é hizo un signo á su hermana para darle á entender que no era oportuno tocar aquel punto delante de su madre.

—Supongo—repuso—que tendréis curiosidad por saber cómo me encuentro sentado á la mesa entre vosotras, en carne y hueso (más en hueso que en carne), precisamente cuando me creíais muerto; pero antes de narrar mi evasión será preciso que cuente cómo la he preparado, porque una evasión no es cosa que se improvisa. Diré, ante todo, que desde el día en que me condenaron formé la resolución de no sufrir mi condena hasta lo último; la injusticia engendró la rebelión, y aquel á quien reprochabas, Filis, porque tenía la costumbre de decir siempre «¡suceda lo que quiera!» se transformó en un hombre resuelto y declarado en abierta rebelión. Después de haberlo esperado todo de la fortuna, convencíme de que no debía confiar más que en mi voluntad. Si insisto en esta transformación, que no ha sido radical, de la noche á la mañana, sino que se ha ido verificando progresivamente, es porque explica mi vida desde nuestra separación, y también explica las incesantes peticiones de dinero que os he hecho, á pesar de saber la escasez en que vivíais; quiero explicarlo al momento para que comprendais la razón de esas exigencias, que más de una vez han debido llamaros la atención.

—Nunca—respondió Filis.—Ni tienes que excusarte, ni que hacérselo comprender.

—En fin: desde la Roquette he tenido una idea fija: la evasión. Esta idea me acompañó á Saint-Martin-

de-Ré, adonde me llevaron para esperar el momento del embarque; pero no es fácil de evadirse de Saint-Martin-de-Ré, ni de los navíos del Estado en que se nos conduce á la Nueva Caledonia. Los que lo han intentado en los puntos de arribada en Tenerife, en el Cabo ó en cualquiera otra parte, arrojándose á nado para ganar la tierra, han sido capturados inmediatamente. Cuando se combina un plan de evasión, la teoría es bella; embriaga el espíritu con la esperanza de la libertad, y parece que todo ha de marchar perfectamente; pero una vez que la realidad se ve cara á cara, entonces se comprende que no tienen ningún valor las más perfectas combinaciones de la imaginación. Ya os dije cómo es, sobre poco más ó menos, la vida á bordo de esos transportes. A la salida colocan, no sé con qué objeto, en una pierna una anilla, que quitan luego á la llegada. La alimentación no es mala á bordo de esos buques, porque, excepto en la bebida, en lo demás vamos sujetos al mismo régimen que los marineros. Por habitaciones se tienen una especie de jaulas, situadas en la batería, jaulas donde se duerme por matrimonios....

—¿Por matrimonios?—interrumpió Filis.

—Quiero decir que cada dos tienen una hamaca y un colchoncillo; uno duerme en la hamaca y en el colchoncillo el otro. Como yo era un personaje, y el rey de mi jaula, durante los ciento veinte días que la travesía duró, ocupé la hamaca, y fuí bastante bien.

—Tu educación les había obligado á reconocer tu superioridad—dijo Mad. Cormier.

—¡Pobre madre! ¿Crees tú que la educación sirve en presidio para algo? Al contrario: la educación es el suplicio del condenado, que sufre tanto menos cuanto más se aproxima al bruto por su estado moral. Lo que

me daba una especie de soberanía, lo mismo en el transporte que más tarde en la isla de Nou, era el crimen porque me habían condenado; he sido admirado, envidiado y respetado porque había cortado literalmente la cabeza á Caffié, y he tenido la cobardía de no rechazar los honores que me tributaban. En esta mezcla atroz con los bandidos, no es posible la vida, sino bajo la condición de aceptar todas las cobardías y todas las bajezas. ¡Dicen que el hombre ha sido creado para vivir en sociedad! Con sus semejantes, puede ser: pero aquellos con quienes yo he estado encerrado en las jaulas del *Fontenoy* y en la penitenciaría de la isla de Nou, asesinos, ladrones, incendiarios, cargados de crímenes ó podridos de vicios, ¿eran semejantes míos? Lo dudo, y, sin embargo, he tenido que sufrir su contacto y hablar su lenguaje durante largos años, sin tener el derecho de aislarme un sólo instante, ni de gritarles: «¡yo no soy de los vuestros!» Ahí tenéis por qué me he transformado en el hombre que véis, y por qué tu, Filis, no encuentras en mí á aquel que buscabas.

No queriéndole dejar bajo aquella triste impresión, levantóse Filis y le puso delante el plato con el pollo, diciendo:

—La pausa ha sido larga; come ahora y luego continuarás hablando.

Y, para distraerle, se puso á contar detalles de su vida, desde que él había dejado de escribirles.

Cuando no quedaban en el plato más que los huesos del pollo, dispúsose Florentino á continuar su narración.

—Como por mis cartas—dijo—conocéis cuánto me ocurrió durante los primeros años que estuve en la isla, no me ocuparé de repetirlo; además, no podría

recordar aquel tiempo sin evocar recuerdos que es preferible callar; ya os hablé bastante de la gente del látigo y de las infinitas miserias físicas y morales que allí se pasan, para que comprendais fácilmente que hoy al hallarme entre vosotras, no puedo despertar aquellos recuerdos sin extremecerme. Se equivocan los criminales que creen que la Nueva Caledonia es un refugio, y tal vez sería una ventaja que supieran que es un infierno. Si yo no hubiera tenido la idea fija de evadirme probablemente hubiera muerto pronto de desesperación; pero esa idea me sostenía, y precisamente para prepararla destinaba el dinero que me mandabais escondido en la encuadernación de los libros que recibía. Tres veces he fracasado: la primera, porque el capitán que nos había de recibir á bordo partió sin nosotros, pero con nuestro dinero; la segunda, porque nos vendieron; la tercera, porque estaba enfermo, y no tenía la fuerza necesaria para seguir á aquellos con quienes me había puesto de acuerdo, y no fué poca suerte la mía, porque mataron á tiros á mis compañeros durante la fuga. En el hospital, adonde como enfermo de disentería me habían enviado, sufrí también un ataque de viruelas; y cuando entré en el período de convalecencia, el médico, cuya simpatía ó cuya piedad, al menos, me había granjeado, no quiso que me mandaran á los hornos de cal, é hizo que me admitieran como jardinero en los cultivos que se extienden por la orilla del mar, entre el jardín del hospital y el terreno de lo que llaman Granja del Norte. Si me quieres dar un pliego de papel, Filis, trazaré un plano que os dará una idea aproximada de aquellos sitios.

En pocos momentos hizo un croquis de la isla de Nou, marcando los arrecifes que al largo la rodean,

el hospital á la orilla del mar, el camino que baja desde este hospital á la penitenciaria y el *boulevard* del Crimen, el jardín inglés, los terrenos destinados á la cría de hortalizas y las tierras de la granja.

—Bien sabéis que hay tres clases de sentenciados, —dijo, volviendo á proseguir su narración;— cuando ejercí de jardinero me afiliaron en la primera, y ganaba treinta céntimos diarios, trabajando en esos terrenos que veis por la parte de allá, frente al mar; el punto que marco á la derecha del jardín inglés es la barraca de argamasa que me fué permitido construir, y que habité solo..... Lo que os he dicho de la promiscuidad de la vida en común y de su consiguiente abyección os da idea de lo que era la soledad para mí; el medio que tenía para no convertirme en bruto ya lo sabéis: era no dejarme arrebatar, gozar la libertad de espíritu y de cuerpo, sin dejarme arrastrar por el pensamiento, cerrando á todos los oídos y volviendo los ojos á otros espacios. ¡Qué noche tan buena pasé en ese sitio, alumbrado por las estrellas, respirando un aire puro, en medio del silencio, la primera vez que dormí en la barraca! El sentenciado debe trabajar ocho horas durante el día, pero en realidad dos ó tres de ellas no hace nada. Y no creais que el trabajo de jardinero fuera duro para mí; antes al contrario, me hizo provecho, pues tomé gusto al oficio; me empleaba en un trabajo que despertaba en mí interés. Tenía cariño á mis plantas, á mis legumbres y á mis flores, por más que bajo aquel clima carecen de perfume hasta las mismas rosas. Debéis imaginar que este bienestar relativo no podía hacerme abandonar mi idea fija, pero permitióme preparar su ejecución sin demasiada prisa y sin comprometerme con imprudencias de ningún género. Entre mis camaradas se

hallaba un normando de las orillas del Sena, llamado Prentout, el cual condecorado á los diecinueve años, durante la guerra prusiana, había sido más tarde condenado dos veces á muerte, con agregación de cincuenta ó sesenta años de trabajos forzados. Este Prentout fué al que yo resolví asociarme.

—¡A un hombre semejante!—interrumpió madame Cormier.

—No tenía que andar con escrúpulos para elegir, además, en el de que hablo algo bueno había; reunía, por el pronto, cualidades que me eran necesarias: tenía resolución, audacia, y, como había sido marinero, conocimiento del mar. Fuéronnos necesarios tres años completos para nuestros preparativos, es decir, para reunir el dinero, hallar cómplices que nos ayudasen y para almacenar y tener ocultas nuestras provisiones de viaje. Nuestro plan era ganar á Sidney, que está á 350 leguas de Noumea, y para cuya travesía, nos hacía falta una embarcación capaz de afrontar las olas, una brújula, víveres y agua para quince días, por lo menos, cuerdas con sus correspondientes anzuelos para pescar durante el viaje y un infernillo de petróleo para cocer la pesca. Comprenderéis, dadas las dificultades con que teníamos que luchar y la prudencia que era forzoso guardar, cuán largos nos fueron los tres años que digo. Por último, una noche que no había luna nos fué entregada la ballenera que habíamos comprado, y pudimos embarcarnos en ella con nuestras provisiones. Desgraciadamente, el viento era blando, y, si no se hacía más fuerte, podíamos ser vistos desde la costa al amanecer el día. Para ponernos á cubierto de este peligro tuvo Prentout una inspiración que nos salvó, pues, por lo que tú me has dicho, todo el mundo abrigó la creencia de que nos

habíamos ahogado. En los arrecifes que veis por este lado se levanta un faro, en el cual había una lancha, de la que Prentout quiso apoderarse al pasar, á fin de que, haciéndola zozobrar y dejando á su bordo parte de nuestros vestidos, pudiera, cuando amaneciese y se echase de ver nuestra evasión, dársenos por muertos y evitar así que se nos persiguiera. Tal como lo pensó tuvo lugar, y al amanecer habíamos perdido de vista la costa, hallándonos en pleno mar, en una cáscara de nuez, ante la dificultad de tener que andar 300 leguas para llegar á Australia (si era posible que esto se realizase). Al rayar el día, y al vernos entre cielo y agua, el pensamiento que nos vino á la mente no fué el de los peligros que corriamos: fué el de la alegría que sentimos al hallarnos libres, alegría que, remontándonos en su vuelo, nos hizo creer momentáneamente que estábamos al lado de nuestros seres queridos. «Un abrazo, Prentout; un abrazo, Cormier,» nos dijimos como impulsados por un mismo resorte y después de abrazarnos con efusión, nos pusimos á bailar como locos, arrebatados por la alegría.

Sin embargo, cuando empezamos á comprender si no todas, algunas de las dificultades que se nos debían presentar, fué cuando pasamos revista á nuestra ballenera. Como no habíamos podido escogerla, por la imposibilidad de ir á Noumea, ni teníamos el derecho de mostrarnos descontentadizos, obligados á aceptar como bueno lo que nos suministraban nuestros cómplices, habíamos descubierto que nuestra ballenera era una embarcación vieja y estropeada, que habíamos pagado bien á su dueño, cuando no servía ya casi, y hubieran debido quemarla.

—¡Valor se necesita para emprender un viaje en este cascarón!—dijo Prentout,—y ciertamente que la

razón le sobraba; pero no había más que dos caminos: seguir ó virar de bordo, y no tengo necesidad de decir que á ninguno se nos ocurrió regresar á Nou.

Lo peor era la vela, única de que disponíamos, y cuyo estado de vejez era el más apropiado para inspirar serios temores; en vista de su estado, acordamos tratarla con la mayor reserva y servirnos de los remos todo el tiempo que pudiéramos.—Ya sabes—me dijo Prentout—que Dios hizo la vela y el demonio el remo. Como no tardó en sobrevenir una calma completa, tuvo muy pronto ocasión de apreciar la exactitud de este proverbio, común entre marineros. Remando con ardor, me sostenía el pensar que así reservábamos la vela; pero este consuelo no era completo: porque si bien el lienzo no sufría detrimento, en cambio el agua potable disminuía más de prisa de lo que habíamos [previsto, porque el remar causaba sed. Nuestra provisión de agua, calculada para quince días, había disminuído tanto el duodécimo, que nos vimos obligados á ponernos á ración. No sabíamos donde estábamos; pues, aunque habíamos procurado mantener siempre la proa al Oeste, es decir, en dirección á la Australia, las corrientes nos podían haber hecho desviar lo mismo hacia el Norte que hacia el Sur, y en cualquiera de los dos casos dejábamos de tocar en el punto deseado.

Desviándonos hacia el Sur iríamos á dar en el Océano Indico, es decir, en la inmensidad sin límites; desviándonos hacia el Norte en las islas salvajes de la Nueva Guinea. Este era el tema constante de nuestras conversaciones; Prentout sostenía que no podíamos habernos desviado, y yo, al contrario, que esta desviación podía muy bien haber tenido lugar, lo mismo hacía el Norte que hacia el Sur, Estas

discusiones, amistosas al principio, se convirtieron más tarde en verdaderas disputas.

—¡En vez de animaros y sosteneros mutuamente!
—interrumpió Filis.

—Lo que más agravaba nuestra situación era que Prentout tenía necesidad de beber con más frecuencia que yo, pues por cada vaso de agua que yo bebía, él necesitaba tres. Eran, por tanto, mucho mayores que los míos sus sufrimientos, desde que nos vimos obligados á ponernos á ración.

Llegó por fin un momento en que su sufrimiento llegó á hacérsele intolerable; devorábale la fiebre, é inutilizóse hasta el punto de tener que limitarse á llevar el timón mientras yo dormía, porque teníamos que vigilar alternando. Una noche, la décimasexta de nuestro viaje, una repentina sacudida me despertó; abrí los ojos y ví que la había producido Prentout, que, abandonando la caña, se había lanzado á proa, donde teníamos la provisión de agua, y bebía con ansia en el último barril que nos quedaba. Arrojéme sobre él, y, aunque intentó resistirme, estaba tan débil, que después de pocos momentos de lucha se lo arranqué de las manos.

—¡Mátame!—exclamó.—¡No puedo más ya...; de cualquier modo, no podré pasar de la noche!

—¡Pobre joven!—murmuró Mad. Cormier.

—Esas palabras dije yo precisamente; muy pronto la piedad sustituyó en mí á la cólera, y llenando de agua un vaso, se lo dí.—Hé aquí—me dijo—un vaso de agua que te traerá fortuna; en cuanto á mí, todo va á concluir; ya no veré á mi anciana madre; ya no volveré á mi país, ya no abrazaré á mi hermano..... Toma la caña; al Oeste siempre.

Acabando de decir esto tendióse en el fondo de la

ballenera, gozando breve rato de un sueño tranquilo; luego el delirio se apoderó de él.

Cinco ó seis horas duró la agonía; en este tiempo le dí varias veces de beber, y por la mañana dejó de existir.

Triste es siempre la muerte; pero circunstancias hay en que es atrozmente lúgubre, y aquéllas en que me hallaba, teniendo ante mis ojos el cadáver de mi infortunado compañero, eran de las más horribles.

—¿Cuándo llegaría mi hora? No me quedaban más que cuatro vasos de agua, próximamente, y hacía diez y seis días, desde nuestra salida, que no habíamos divisado una sola vela en el horizonte. No tenía tampoco la certeza de que continuando siempre en la dirección Oeste llegaría á tierra; por otra parte, cien veces me repetía esta pregunta: ¿y aunque así sea, podré llegar? Además de estas zozobras, estas dudas y estos temores, vino á aumentar mis tormentos la necesidad de echar al mar el cuerpo inerte de mi pobre compañero.

Pasaron cuatro días, durante los cuales apuré hasta la última gota de agua; un día más, quizás dos, y me llegaba el turno de seguir la suerte de Prentout. Era, sin embargo, tan firme, tan irrevocable mi resolución de recobrar la libertad, que no tuve un solo instante de vacilación, ni se me ocurrió pensar si no hubiera sido mejor haberme quedado en la isla de Nou que lanzarme á tan arriesgada empresa. Lo mismo que mi compañero, alguna vez me dije: «no llegaré á ver á mi madre ni á mi hermana», esto fué todo.

—¡Hijo querido!—gritó Mad. Cormier, deshaciéndose en lágrimas.

—Casi no había visto una nube desde mi salida. Con alternativas de calma y de viento del Sudoeste,

que es el de la estación, día y noche había estado el cielo hermoso, sereno y azul; un rato de lluvia era mi salvación; pero, ¿caería aquella lluvia bienhechora? Aunque me parecía que el aire era un poco más húmedo, no me atrevía á entregarme en brazos de la esperanza; sin embargo, esta esperanza se realizó. Crecieron las nubes, hasta cubrir el cielo; refrescó la brisa, y empezó á notarse en el mar el oleaje. Amainé entonces la vela y la sustituí con otra pequeña, que, para un caso de tempestad, habíamos hecho del mejor modo posible.

Realizado esto esperé, preguntándome dónde estaba para mí el mayor peligro: si en una ráfaga de viento, que podía fácilmente hacer que zozobrase una mala embarcación como la mía, gobernada por un mal marinero como yo, ó en la continuación del buen tiempo, que concluiría por matarme de sed.

Desencadenóse al fin una borrasca, con una lluvia tropical; es decir: que llovía como si arrojasen el agua á cántaros, pero afortunadamente sin viento demasiado fuerte. En menos de una hora, y gracias á la vela grande, que tuve cuidado de colocar en cierta posición, llené de agua todos mis barriles. Cuando cesó la lluvia había hecho provisión lo menos para veinte días, y con el agua á bordo ya no dudaba que os volvería á ver.

Pasaron nueve días aún, y al cabo de ellos una mañana, al salir el sol, divisé un buque; era el primero que veía desde hacía un mes. ¿Concebís mis angustias, mi locura, mis dudas y mis temores? ¿Venía hacia mí, é se alejaba? No; el buque empezó á agrandarse á mi vista, y entonces le puse la proa; era un bergantín americano. Yankee, lo menos diez veces, yankee era el capitán, como veréis luego. Después que me inte-



rrogó y yo le narré una historia mal hilvanada, con el fin de no confesar que era un desertor de la Nueva Caledonia, dijo que no me podía recibir á bordo, si no pagaba el pasaje hasta San Francisco, á donde él iba. Era hombre práctico y maligno el tal americano, y de ello me convencí apenas habíamos cambiado las primeras palabras.

Pedíame como precio del pasaje cien dollars, á lo que yo repliqué: «¿Dónde ni de qué queréis que tenga semejante cantidad?» En realidad, yo tenía cuatrocientos francos (ochenta dollars), que me habían quedado, después de pagar las compras hechas en Noumea, del dinero que tú, Filis, me fuiste mandando, y que yo guardaba con el fin de pagar los pasajes desde Sidney á Europa. Ofrecíle veinte dollars, es decir, cien francos, pero el capitán se disgustó y me dió la orden de volver á bordo de mi ballenera; le ofrecí entonces doscientos, después trescientos, luego cuatrocientos, y como comprendiera que era aquella suma todo cuanto poseía, acabó por conformarse, pero no sin decirme: «Si os parece el precio excesivo, podremos someterlo al criterio del cónsul de Francia, tan luego como llegemos á San Francisco; yo me someto de antemano á su juicio.»

—Había comprendido—dijo Filis—que tú no podías invocar ese juicio.

—Precisamente; ahora comprenderéis por qué le calificué de práctico y de maligno: había adivinado lo que yo era y quiso explotarme.

Cuando pasaron de mi bolsillo al suyo los cuatrocientos francos, ya no tuvo inconveniente en decirme lo; pero no groseramente, sino, por el contrario, con cierta finura hipócrita.

—«¿Cuánto tiempo hace que os hicisteis á la mar?» me preguntó,

—»Un mes—respondí yo.

—»¿Si? Pues es preciso que hayais sido arrastrado »por las corrientes para hallaros ahora en el estrecho »de Torres, que es donde estamos.» No decía que había comprendido que yo venía de Noumea, pero me lo daba á entender claramente. Entonces comprendí cómo había podido dejar á un lado la Australia y hacer un viaje de 700 ú 800 leguas sin encontrar un buque ni una isla.

Creo inútil decir que al llegar á San Francisco tuve buen cuidado de no reclamar la intervención del cónsul de Francia.

Como tenía necesidad de vivir y no me quedaba un solo céntimo en el bolsillo, tomé sucesivamente los oficios de mozo de café, mozo de cuerda y cazador en la montaña.

Verdaderamente habría podido escribiros.....

—¿Por qué no lo hiciste?—interrumpió Filis.

—Por el temor de que mi carta hubiera podido ser interceptada. No había comprado mi libertad á tan alto precio para comprometerla en seguida con una imprudencia, y de imprudencia calificaba el escribiros una carta que podía ser interceptada por la policía: si esta carta venía de mi puño y letra y firmada con mi nombre, era entregarme en manos de los agentes; si la letra era contrahecha y la firma falsa, podíais creer que fuera una estafa y no contestarla, ó bien tomar datos antes de hacerlo, lo que me hubiera descubierto más facilmente aún. En tal situación tenía que encomendarme á mis propios recursos y ganar el dinero necesario, puesto que el capitán americano me había tomado todo el que poseía.

Hallé ocasión de entrar como lampista á bordo de un vapor que hacía el servicio de San Francisco á

Panamá, y en él me coloqué. Una vez en Panamá me puse á trabajar en los terraplenes del canal, hasta que gané la suma necesaria para pagar el pasaje desde Colón al Havre. Con más calma y mayor prudencia, hubiera traído la cantidad suficiente para llegar hasta París, pero en mi prisa natural por pisar el suelo de Francia, parecíame que estando en el Havre no tenía que dar más que cuatro pasos para llamar á vuestra puerta.

—Lo comprendo perfectamente—dijo Mad. Cormier.

—Cuando desembarqué en el Havre tenía siete francos en el bolsillo, y necesitaba diez y seis para pagar el billete hasta Paris. Tomé uno hasta Rouen, y desde este punto hice á pie el viaje hasta Sahurs, que es un pueblecito que está en la orilla del Sena, y donde había nacido Prentout. Antes de morir había-me hecho prometer aquel infeliz que llevaría su último adiós á su madre, y por más que semejante visita no estaba exenta de peligro para mí, no creí que tenía el derecho de faltar á aquella promesa, y allá fui.

En vez de ir de puerta en puerta preguntando por la anciana, entréme en un figón, donde pedí de comer y lo más hábilmente que pude tomé las informaciones que necesitaba. Supe que la buena mujer había muerto seis meses antes, y que el único hijo que le quedaba se había venido á las cercanías de Paris á ejercer su oficio de jardinero.

Si hubiera encontrado á la madre ó al hermano de Prentout no habría tenido inconveniente en pedirles prestados diez ó doce francos, porque sabía que eran buena gente; pero no les hallé, y tuve que prescindir de ese recurso.

Entonces resolví ponerme en camino hacia Paris,

y hacer el viaje á pie, lo que verifiqué después de escribir á Filis la carta que ha recibido hoy; la escribí en aquel figón, porque, como no tenía más dinero, me hubiera sido imposible entrar en otro ni para comer ni para escribir. Dormí aquella noche en un bosque, y al amanecer el día siguiente emprendí de nuevo mi camino, bastante preocupado por mi estómago, porque necesitaba lo menos tres días para llegar á París, y no podía humanamente aguantar sin comer tres días. A las dos ó las tres de la tarde hallábame sentado descansando junto á un seto, cuando unos niños llegaron por el otro lado, y, sin sospechar mi presencia, se pusieron á jugar.

«Verás,—dijo uno de ellos;—vamos á encender fuego y á asar patatas.

»¡Patatas! ¿Y dónde vamos por ellas?

»Han plantado ayer, y ahora vamos á desenterrar todas las que necesitamos.»

No tardó mucho en chisporrotear un buen fuego de leña seca, y cuando hubo ascuas y ceniza colocaron entre ellas las patatas.

¡Con cuánto gusto me hubiera comido dos ó tres! Aunque me asaltó la idea de pedir las á los niños, rechacéla al pronto porque no me pareció prudente despertar su curiosidad; pero, levantándome bruscamente detrás del seto, les grité con voz de trueno: «¡Bien está! Robando patatas, ¿eh?»

Escaparon los chicos con cuanta velocidad les permitían sus piernas, sin atreverse á volver la cabeza atrás, y cuando desaparecieron saqué del fuego las patatas; quemando aún las metí en mis bolsillos, y me alejé apresuradamente de aquel sitio. Aproveché la lección que me habían dado, y al día siguiente hice la operación tal y como á ellos se las había visto

hacer; y sacando patatas y comiéndomelas, es como he podido llegar hasta aquí sin caer desfallecido en el camino.

XII

De buen grado se hubiera quedado toda la noche al lado de su hijo Mad. Cormier, pero á las diez obli-góla Filis á salir del taller, y le acompañó á la cama.

—Vuelve pronto,—le dijo Florentino á su hermana; —tenemos que hablar.

—¿De qué?—preguntó Mad. Cormier con curiosidad.

—Como Filis tiene que comprarme ropa mañana, quiero darle detalles y facilitarle las medidas.

—Es muy justo; vaya, buenas noches, hijo mío; que duermas bien y descanses.

Cuando Filis volvió no fué precisamente la ropa el tema de la conversación que tuvo lugar entre su hermano y ella.

—¿Puede oírnos nuestra madre?—preguntó Florentino.

—Si no hablamos muy fuerte, no.

Tomó Filis una silla, y fué á colocarse frente de su hermano, que se hallaba sentado en el sofá. No lejos de ambos estaba la mesa en que Florentino había comido, y sobre ella el quinqué cuya pantalla quitó éste para que la luz iluminara por completo el rostro de Filis.

—Tengo que hacerte una pregunta, de la cual dependen mi honor y mi vida; júrame que vas á responderme sinceramente, y sin detenerte ante considera-

ción alguna, como corresponde hacerlo á una joven buena y honrada como tú lo eres.

—Te lo prometo.

—¿Cómo has sabido que fué Saniel quien mató á Caffié y á Mad. Dammauville?

—¡Con que estás al corriente de eso!—exclamó asustada Filis.

—¿No sabes—le interrumpió su hermano—que cuando durante meses, durante años se somete la inteligencia á un ejercicio constante sobre una misma idea se acaba por adquirir una penetración que no tiene más remedio que profundizar en el pensamiento que le sirve de objetivo?

Hasta el día en que se me juzgó no tuve más que una preocupación, y todo lo combiné para conseguir mi objeto: probar á los jueces mi inocencia. Desde el día que fui sentenciado á expiar un crimen que no había cometido, no he pensado más que en buscar al verdadero culpable, llegando á tener la convicción de que ese culpable no podía ser otro que Saniel.

Sin embargo, por profunda que mi convicción fuera, por sólidas que fueran las bases sobre que lentamente y pieza por pieza había ido edificándola, no podía admitirla en absoluto, y sin hacerme algunas objeciones; tan monstruoso me parecía que Saniel, aquel Saniel que ya te amaba antes del juicio, hubiera dejado que me condenaran en su lugar.

Su casamiento contigo quitó mucha fuerza á aquellas objeciones, y me ratifiqué en mis ideas. Para que un hombre de su posición no vacilase en dar su nombre á la hermana de un asesino que había sido sentenciado en una causa tan ruidosa como aquélla, debía de tener razones poderosas, y yo no veía más que una: pagar á la hermana la deuda contraída con el hermano.

Antes de vivir en medio de criminales de todos los matices, yo no hubiera admitido la posibilidad de esos compromisos de conciencia; pero ya había sido testigo de tales hipocresías; había visto los hombres engañarse á sí mismos de tal modo, que no vacilé en creer que un sér como Saniel, capaz de asesinar á Caffié y á Mad. Dammauville, y capaz también de dejar que en su lugar me condenaran, podía quererse redimir ante su conciencia, y había escogido como medio un matrimonio con el que á su entender pagaba á todos nosotros la deuda contraída: amalgamas de ese género se ven con más frecuencia de lo que tú crees.

Si alguna duda me quedaba de la culpabilidad de tu marido, era porque comprendía que, dadas tus ventajosas dotes físicas y morales, podía casarse contigo, un hombre, sin tener para ello otras razones que aquellas que le hubieran dado sus ojos y su corazón. Pero cuando me dijiste que te separabas de él, sin explicarme por qué, estas dudas desaparecían, y mi convicción se hizo inquebrantable. Desde entonces ví claro como la luz del sol que había matado á Caffié para robarle, y que, habiéndole reconocido Mad. Dammauville en su casa, cuando fué para asistir á la consulta, comprendió que estaba perdido si no la mataba, lo que verificó arreglándolo todo de manera que las sospechas recayeran sobre mí.

Lo que he llegado á descubrir, á fuerza de vivir bajo el peso de una idea fija, á fuerza de pensar en ella, de comparar, de buscar y de medir todas las hipótesis, ¿cómo lo has descubierto tú? Hé aquí lo que es necesario que me expliques.

Y viendo que su hermana guardaba silencio, le dijo, mirándola fijamente:

—¿Por qué no me contestas? Seguramente el aban-

donar á tu marido no lo hiciste por un capricho. ¿Qué razones tenías? Responde; es tu hermano el que te interroga, no es un extraño. Piensa que se trata de mi vida, de nuestro honor, porque están igualmente comprometido el tuyo y el mío. Has tenido pruebas de la culpabilidad de tu marido, y es menester que me facilites esas pruebas.

—No he tenido la prueba material: de la revelación del crimen me la ha proporcionado la propia boca del culpable;—entonces explicó á Florentino cómo habían nacido sus sospechas, al ver las angustias y los temores de su marido, y cómo aquellas sospechas halláronse confirmadas la noche que le oyó decir: «Perdóname, Filis.....: tu hermano ó yo.....» Palabras que habían producido en ella el efecto de un rayo, y terminó diciendo:

—Aquel mismo día marchéme de su lado.

—¿Y luego?

—No podía comunicarte el terrible descubrimiento en una carta que otro leería antes que tú.

—No se trata de mí sino de tí. ¿Qué hiciste?

—¿Qué podía hacer?

—¡Cómo! ¿No hiciste nada?—gritó desafortadamente Florentino.

—Si no quieres que nuestra madre nos oiga (y no conviene que esto llegue á sus oídos, porque todo lo ignora), baja la voz.

—¿Pero tú no le has dicho que yo era inocente?

—¡A qué decírselo si ella lo sabía! ¿Crees, por ventura, que estas intuiciones necesitan relatos que las confirmen? Decírselo hubiera sido inútil, y con ello sólo hubiera conseguido aumentar sus penas.

—Te preguntaba qué habías hecho para reunir las pruebas de la culpabilidad de Saniel.

—Y te he respondido, preguntándote á mi vez, qué crees que debía haber hecho. ¿Aunque aquella confesión fuera una prueba para mí, lo era también para los demás? ¿Quién hubiera prestado fe á mi delación? ¿Habría encontrado un solo magistrado que hubiese querido oírme? ¿Tenía acaso á mi disposición alguna prueba escrita, que al mismo tiempo proclamara tu inocencia y la culpabilidad del que te había dejado sentenciar? ¿Disponía de algún testigo para apoyar mi acusación?

—Para el asunto de Caffié, seguramente que no; pero no veo igual imposibilidad de hallarlos para el de Mad. Dammauville; buscándolos por supuesto.

—¿Cómo podía yo buscar esos testigos?

—No he dicho precisamente que podías tú misma buscarlos; pero si digo que si hubieras ido á hablar con un abogado y hubieras puesto en sus manos mi causa, este abogado habría dado con ellos; y digo también (y no temo equivocarme) que si hubieras hecho una delación formal á la justicia se habría abierto una información, cuyo resultado sería probar el crimen cometido por Saniel en la persona de Mad. Dammauville, y por consecuencia de este crimen hubieran ido á parar al de Caffié, de donde hubiera resultado mi inocencia.

—No lo creía así.

—En eso ha consistido tu falta, falta que, si no se tratara de tí, calificaría de crimen. Has retrocedido ante el horror de acusar á un hombre que habías amado....

—Sin pruebas; es cierto.

—Las pruebas se hubieran reunido.

—Pero yo no las tenía.

—Debías buscarlas, ó hacer que las buscaran aque-

llos que lo tienen por oficio. Te has detenido ante lo que tiene de odioso una mujer que manda al cadalso á su propio marido, sin pensar que no es menos odioso que una hermana deje en presidio á su hermano.

—¡Dios mío!—exclamó Filis.—¿Merezco esta acusación, y puedes tú, tú, á quien siempre he amado con tan tierno cariño, dirigirme la con justicia?

—Razonemos, y tú misma responderás, porque te juro que nada hay para mí más doloroso que acusarte. Mad. Dammauville vió al matador de Caffié en el momento de cometer el crimen; al examinar después el retrato mío, el retrato del presunto reo, dijo que no era el del asesino. Debía presentarse al tribunal, para hacer esa declaración que me salvaba; y como se hallaba en cama, tú, creyendo que Saniel podía ponerla en disposición de abandonar el lecho para comparecer ante los jueces, hiciste que le llamaran á consultar al lado de la enferma, á quien no conocía. Ella le reconoce, y sea que se lo hubiese dicho, sea que él lo hubiese adivinado, es el caso que se creyó perdido. La misma noche la señora muere. ¿Quién la ha matado? Saniel ¿no es verdad?

—Tal creo.

—¿Cómo la mató?

—No lo sé.

—Justamente ese «cómo» era el que había necesidad de averiguar; cómo había sido verdaderamente su muerte, y en qué circunstancias había tenido lugar. Ella tenía su médico de cabecera, y á ese era preciso interrogar.

—Cuando sospeché la horrible verdad, ya había muerto el doctor Balzajette.

—Pero existirían criados que, habiendo estado á su lado, podrían ser testigos importantes; habría pa-

rientes, amigos á quienes pudo haber hecho alguna confianza. Todo es posible. Debieron interrogar al médico que certificó su muerte.

—Fué Saniel.

—¿Y no crees que sea un nuevo cargo contra él esa certificación? El afirmaba que había muerto asfixiado por el gas ácido carbónico; la autopsia hubiera revelado si la causa era esa ú otra.

—¿Un año después hubiera podido la autopsia revelar algo?

—Lo ignoro: pero debían haberla hecho, porque, lo mismo que podía no revelar nada, podía haber dado un rayo de luz.

Quedó Filis aterrada, sin encontrar palabras para defenderse, no solamente de su hermano, sino también de su propia conciencia. Dudaba de si era ó no tan culpable como aparecía, y si, como decía su hermano, era el amor que sentía por su marido el que la había impedido obrar.

Después de unos minutos de silencio, continuó Florentino:

—En fin: lo hecho hecho está, y yo no quiero ocuparme más de lo pasado. Has creído que nada podías hacer, y no tengo duda de que lo creías de buena fe; por lo tanto, acusarte sería injusto, porque sólo recuerdo tu cariño, que jamás dejó de ser para mí mucho y acendrado. Afortunadamente aún no se ha dicho la última palabra y así es que llego á tiempo.

—¿Qué intentas?

—Hacer lo que tú no has hecho: probar por el asesinato de Mad. Dammauville la culpabilidad de Saniel en el de Caffié, y, realizando esto, hacer que reconozcan mi inocencia, pidiendo la revisión del proceso, con arreglo al artículo 443. Por este artículo se per-

—Pero decid: ¿no ha muerto?

—No puedo afirmarlo; sólo sé que se marchó á casa de un hijo suyo, que es tabernero en Palaiseau; después no he sabido nada de ella.

Al siguiente día fuése Florentino á pie hasta Palaiseau, y, al entrar en la taberna que le habían indicado, tuvo la satisfacción de ver á la vieja sentada detrás del mostrador, y con un enorme gato en la falda; llegóse hasta ella, y, como no le convenía hacer ver que la conocía, preguntóle por la señora Bouchu.

Esta le miró sin hablar palabra, y como buscando algo en sus recuerdos; pero aquellos vidriosos ojos que se habían animado un momento, volvieron muy pronto á tomar su expresión tranquila; indudablemente, su memoria no le ayudaba á dar con aquel recuerdo que buscaba.

Viendo á su madre con un extraño, levantóse el hijo y se aproximó; entonces Florentino, dirigiéndose á él, al mismo tiempo que á la vieja, explicó el motivo que á Palaiseau le conducía.

Comisionado por una casa editorial que publicaba las causas célebres para reunir datos sobre la de Caffié, había ido con la esperanza de que la señora Bouchu, que había figurado en ella, pudiera darle algunos.

—Si estais dispuesto á escuchar á mi madre todo el tiempo que hable de ese asunto, podéis pedir desde luego tres litros de vino.

Mandó Florentino traer uno, y, después de beber con la madre y con el hijo, escuchó la narración del asesinato de Caffié, tal y como la vieja portera lo refería desde hacía nueve años á todos los que la habían querido escuchar. Pero en esta narración nada nuevo había para él; y si la había provocado, había sido con el solo fin de llevar á la señora Bouchu á ha-

blar de madame Dammauville, sin hacer ver su intención.

—Leí en vuestra declaración—dijo cuando la vieja acabó su narración—que Mad. Dammauville creía que no había sido Florentino Cormier quien cortó la cabeza á Caffié.

—Ni ella ni yo lo hemos creído nunca; ella, porque había visto al verdadero asesino, que no se parecía en nada á Mr. Florentino; yo, porque sabía que monsieur Florentino era incapaz de hacer semejante cosa; era lo que se llama un buen chico, afable y bien educado. Ha sido una desdicha que le hayan condenado; ha sido una gran injusticia.

—¡Oh, oh!—interrumpió Florentino.

—Sí, señor; una injusticia: siempre lo he sostenido, y lo sostendré siempre; ponedlo en vuestro libro, y poned también que es la viuda Bouchu quien os lo ha dicho.

—Podéis también poner las señas—interrumpió su hijo riendo—Palaiseau, Grande Rue; esto será conveniente para el establecimiento, porque el comercio no va muy bien.

—Riete,—prosiguió la vieja;—pero si Mad. Dammauville hubiera podido ir á la audiencia se hubiera salvado Mr. Florentino.

—Según eso, ¿creéis que había alguien interesado en que esa señora no compareciera?—preguntó Florentino aparentando sorpresa.

—Eso es lo que después me he preguntado varias veces; porque su muerte fué tan favorable al verdadero asesino como no pudo serlo más.

—¿Y no recaen en nadie vuestras sospechas?

—No, porque hubiera sido preciso para asesinarla entrar en su cuarto.

—El día de su muerte, ¿no recibió á nadie?

—Sí, á los médicos.

—¿Y si hubiera sido uno de ellos?

—¡Mr. Balzajette! ¡oh, no!

—¿No volvió el otro por la noche?

—¡Calle! Es verdad, me lo habéis hecho recordar.

Pero, ¡un médico! Eso no es posible.

—¿Por qué? Si ese médico era el asesino de Caffié, y Mad. Dammanville lo había reconocido cuando fué la primera vez, ¿por qué no había de haber vuelto la segunda para matarla?

—También ha podido ser así.

—Sí, ya se han visto médicos asesinos—afirmó el hijo.

—Lo que importa saber—dijo Florentino, continuando la conversación en el terreno á que la había conducido—es si ella le había reconocido.

—Eso no lo sé, porque no la vi después de la consulta de los médicos.

—¿No recibió personas á quienes hubiera podido decirselo?

—Bien pudo ser; pero al cabo de nueve años no puedo yo acordarme de si esas personas pasaron ó no por delante de mi portería, ni si llegué á hablarles, quien pudiera acordarse es la doncella.

—¿Sabéis qué ha sido de esa doncella?

—Debe estar con su padre, que era guarda de unas tierras de Mad. Dammanville en Plailly, cerca de Mortefontaine. Sofía Aubry, se llamaba.

—He visto su nombre en el proceso.

—Declaró conmigo y con Juliana, la cocinera. Pero yo creo que si Mad. Dammanville hubiera dicho á alguien que había reconocido al asesino y hubiera dicho el nombre ese alguien habría hablado,

—Puede haber tenido sus razones para callar, razones que sería curioso conocer.

Al día siguiente llegó Florentino á Plailly, donde fácilmente halló al guardabosque de Mad. Dammauville, pero no á Sofía Aubry, que en aquel entonces se hallaba en Madera con una dama enferma de la cual era doncella.

Supo al mismo tiempo que no regresaría hasta pasados tres meses, y aquella decepción irritóle sobremanera. No tenía dinero suficiente para ir á Madera, ni podía pedirselo á Filis, porque tampoco ésta lo tenía; era, por tanto, necesario esperar de bueno ó de mal grado el regreso de aquella doncella, que, por otra parte, era posible que nada decisivo supiera, pues si Mad. Dammauville podía haber recibido á alguien que pudiera denunciar á Saniel, también podía no haber recibido á nadie ó no haber dicho nada.

Esperando este regreso, y sin abandonar completamente la pista, había dirigido por otra parte sus pesquisas: los parientes y los amigos de Mad. Dammauville podrían acaso suministrarle indicaciones útiles, y era por ese lado por donde pensaba encaminar mientras tanto sus trabajos.

Como de antemano sabía que la empresa en que se metía era ardua, peligrosa y erizada de dificultades, no le abatió ni le detuvo la primera dificultad con que había tropezado.

Al llegar á su casa encontró apuradísimas á su madre y su hermana; su primera idea fué que le buscaba la policía, pero Filis le tranquilizó enseñándole unos pliegos de papel sellado que tenía en la mano.

Eran éstos una citación para comparecer ante el tribunal y la copia de una demanda de divorcio, presentada por el doctor Saniel contra la señora Filis Cormier, su esposa.

—¿Por qué pide el divorcio?—dijo de repente Florentino, interrumpiendo la lectura.

—Porque me niego á vivir á su lado.

—¿Te lo ha propuesto?

—Sí.

—¿Por qué te niegas?

—¿Y eres tú quien me hace semejante pregunta?

—¡Diablo! Estarías en la fortaleza y eso podría ayudarnos.

Filis retrocedió haciendo un gesto de terror.

—Pero, ¿qué decís vosotros?—preguntó Mad. Cormier.

—Nada, madre; Filis comprende mi pregunta, como yo comprendo su negativa. Después de todo, me parece lo más probable que él haya hecho esta proposición, con el objeto de que ella le rehace y obtener así el divorcio.

—¿Estoy obligada á comparecer?

—Sí no compareces pronunciarán contra tí el divorcio.

—¡Qué me importa!

—Mientras que si compareces, podrás decir delante del presidente, francamente y con la cabeza alta, las razones que has tenido para dejar á tu marido y no volver más á su lado.

—¿Y las pruebas?

—No tiene necesidad de darlas; bastará que expreses tu sentimiento, tu convicción, tu horror. ¿No se te alcanza el peso que sobre él descargaría en ese momento una acusación lanzada delante de un testigo como el presidente del tribunal, y contra la que no podría defenderse sino con vagas negativas?

Vaciló Filis un momento; Florentino, que se le había acercado, tenía los ojos clavados en ella, y la ma-

dre, suspensa, miraba á entrambos sin comprender qué ocurría.

—¡Jamás! Me es imposible—dijo ella al fin.

—Reflexiona.

—La reflexión no puede pesar sobre el instinto.

—Está bien—dijo entonces Florentino con amargura.—No me arredra sostener solo la lucha.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

I

Desde que Héline había concebido la idea de casar á Saniel con Mad. Ranson, habían dejado ya de existir para él las reservas que le impedían hacer su elección de preceptor; porque, una vez casada la señora, la importancia de aquel cargo disminuía considerablemente. No se trataba ya de buscar el hombre que había de encargarse de formar verdaderos hombres de los niños que iban á poner bajo su dirección, el importante personaje cuyo retrato había hecho el notario; se trataba lisa y llanamente de buscar un preceptor, cuya misión se había de limitar á dirigir los estudios de los niños, y esto también disminuía mucho la responsabilidad que al notario pudiera caberle.

Había pensado más de una vez dirigirse á uno de sus antiguos compañeros de aulas, llamado Buscail, que, después de haber empezado de un modo brillantísimo en la Universidad, habíase dedicado al periodismo, desde donde no tardó mucho en entrar en la vida de bohemia; si su elección no había ya recaído resueltamente en este personaje, había sido porque no reunía las condiciones del hombre que debía basar su autoridad sobre una alta influencia moral; cuestión

de carácter, puramente, porque de su inteligencia tenía Héline el mejor concepto.

Sabía el griego á maravilla, é igualmente el latín, lo que no había impedido que en más de una ocasión le hicieran descender de la tribuna, adonde había subido mustio y cariacontecido, á decir con la mayor elocuencia cosas muy profundas, pero sin saber él mismo lo que decía, con gran regocijo del auditorio y gran escándalo del decano y de los inspectores.

Siendo periodista, había publicado durante algunos meses, en cierto periódico importante, una serie de artículos políticos, claros, profundos y escritos en el lenguaje más castizo, artículos que hacía como jugando y con suma facilidad, leyendo velozmente al propio tiempo que hablaba los periódicos ingleses, alemanes é italianos. Pero para un trabajo cotidiano, en que la regularidad y la exactitud son casi más necesarias que el talento, ¿qué se podía recabar de un redactor que de repente desaparecía, sin que pudiera saberse qué había sido de él, más que por vagas referencias hechas en un tono más ó menos chistoso?

Desde el periódico importante fué á dar en la redacción de un periodiquin, donde el trabajo era mucho y el sueldo poco, razón por la cual habíase ido á vivir á un cuarto microscópico. A este cuarto fué Héline á buscarle un martes, convidándole á almorzar en el café Riche, porque tenía la seguridad de que fueran las que fueran las ocupaciones que aquel día tuviera Buscail, las dejaría todas, cediendo á las tentaciones que así debieran inspirarle el renombre del café como el de su anfitrión.

Al entrar en el café halló el notario á Buscail, sentado ante la mesa y tomando filosóficamente un aperitivo.

Después de los saludos de pragmática, almorzaron, y, terminado el almuerzo, Héline explicó su objeto.

—Viuda,—dijo,—rica, con dos chicos amables é inteligentes, cuya educación puede prolongarse durante seis ó siete años, viviendo mientras tanto en un aristocrático castillo y contando luego con una jubilación no despreciable.

—¿Va á sudar mucho?

—¿Qué quieres decir?—preguntó Héline.

—Pregunto que con cuánto cree que se dejará caer la rica viuda.

Buscail, literato, engendro puro de griegos y latinos, educado en la cultura clásica, tenía el capricho de salpicar siempre su lenguaje con las más extrañas frases del pueblo bajo.

—Aún no se ha fijado el sueldo; pero puedo asegurarte que te darán lo que pidas.

—¡Canario!

—Tendrás habitaciones para tí, en las que te servirán, y todo lo demás que es consiguiente.

—¿Y cuándo se empieza?

Mañana si quieres.

—¿Pero este traje?...—preguntó Buscail indicando con un gesto cómico su calva y lustrosa levita, por cuyas mangas asomaban los deshilachados puños de la camisa.

—Puedo anticiparte el dinero que te haga falta.....

—¿Vamos, esto no es un cuento de hadas como me había imaginado?

—No, continuó el notario;—pero es menester que con toda la lealtad que conviene entre amigos, me digas si te crees capaz de resistir á ciertas tentaciones.

—Resisto todas las tentaciones conocidas y por co-

nocer; la experiencia me ha enseñado mucho, y, como no quiero arrastrar una vejez miserable, desde luego te aseguro que puedes contar conmigo.

—Esta tarde cuando regrese á Senlis, iré á proponerte á mi cliente, que se llama Mad. Ranson, y es viuda de un rico industrial, que hizo una enorme fortuna explotando minas de petróleo en el Cáucaso. Si, como no dudo, te aceptan, mañana te mando un telegrama y dinero: pasado mañana llegas á Senlis, almorzamos juntos, y luego te acompaño á Venette (que es el nombre del castillo); te presento, y en el día mismo empiezas á ejercer.

No ocultó Héline á Mad. Ranson, al proponerle á Buscail, que no era el preceptor que hubiera querido darle para sus hijos; pero le aseguró que era el mejor que había podido hallar, y que, con todos sus defectos, valía mucho más que el profesor que todos los días iba desde Senlis á pasar dos horas con los niños. Por último, Buscail quedó admitido.

Durante el primer mes, Mad. Ranson no volvía en sí de su sorpresa; letras, ciencias, lenguas, todo le era familiar á aquel preceptor extraordinario, cuyo sistema pedagógico era de una claridad admirable. ¡Cuánto adelantarían sus hijos con semejante lumbrera! Bajo la dirección de aquel hombre llegarían ciertamente á reunir las condiciones que constituían su bello ideal: serían dignos por su educación y por su inteligencia de la posición que su fortuna les prometía en la sociedad, y su robusta salud les permitiría gozar tranquilamente de aquellos beneficios.

A tantos méritos había que añadir cualidades que Buscail tenía, y de las cuales no se había atrevido á hacer mención la viuda cuando encargó al notario un profesor; estas cualidades, que para su amor de ma-

dre eran inapreciables, consistían en un humor inmejorable y una paciencia á prueba. Era casi seguro que los chicos acabarían por tomarle cariño; por lo pronto declaraban que era un excelente sujeto.

No tardó, sin embargo, mucho tiempo en comprender que los temores del notario eran fundadísimos.

Como el programa trazado por Saniel era ejecutado al pie de la letra, en la distribución del tiempo, por lo menos, Buscail se encontraba libre durante seis horas al día, y á veces más, pues entraban en cuenta las que los niños ocupaban en aserrar madera, en trabajar en el jardín y en montar á caballo.

Miraba Buscail con cierto desprecio los ejercicios corporales, y así fué que desde un principio rogó á Mad. Ranson que le relevara de vigilar aquellos trabajos; accedió á este ruego la viuda con tanto más gusto, cuanto que tenía especial interés en vigilar ella misma ejercicios que consideraba como la fuente de la salud de sus hijos.

En vez de encerrarse en su cuarto, desde que se quedaba desocupado Buscail desaparecía para no volver á darse á luz hasta la hora de la lección; nunca antes, pero frecuentemente después. ¿A dónde iba, andando tan de prisa como se lo permitían sus cortas piernas, con la cabeza alta, y afirmando de vez en cuando sus lentes en la nariz? No muy lejos, porque ya hemos dicho que no le gustaban los ejercicios físicos, y un largo paseo no hubiera estado de acuerdo con sus principios: iba á un figón situado á setecientos ú ochocientos metros de la garita del portero, á la entrada del pueblo; figón que tenía una muestra en que se leía: *Taberna del Sport*.

La primera vez que pasó por delante de aquella taberna, cuyos vidrios se hallaban cuidadosamente cu-

biertos con visillos encarnados, habíase dicho para su colete que estaba muy mal situada, porque, ¿qué dirían en el castillo, qué dirían los criados mismos viéndole entrar en una taberna de pueblo?

Durante más de quince días fué dueño de sí mismo, y dominando su curiosidad pasó de largo. Había notado que por la mañana el establecimiento estaba desierto hasta el punto de parecer abandonado; por la tarde se notaba en él animación, y veíanse atados á las anillas que acá y allá había empotradas en la fachada caballos de silla; delante de la puerta no faltaba un buen número de carruajes, tanto particulares como de plaza, y, por último, muchas personas entraban y salían sin cesar. Estas personas tenían todas el mismo corte; piernas cortas, busto desarrollado y brazos vigorosos; había entre ellas algunos chicos, que juzgados por su aspecto general parecían niños, y hombres si se les juzgaba por la fisonomía, éstos generalmente fumaban grandes cigarros, que al colocarlos en la boca hacían que ésta tomase el aspecto de una O.

Para no ceder á la tentación yendo á estudiar de cerca aquella sociedad, interrogó Buscail al ayuda de cámara que le servía, hallando así el modo de satisfacer su curiosidad y respetar al mismo tiempo la palabra que había empeñado á Héline.

—¡Cómo! ¿No habéis estado nunca en casa de Collier?—exclamó el criado lleno de admiración.

—Ya veis que no he estado jamás.

—Pues si creéis que los géneros que allí se consumen son malos, estáis en un error; en esa casa se bebe más *champagne* de las mejores marcas que en muchas de las principales de París.

Cuando Collier se rompió la pierna, siendo *lad* en

casa de Powell y se hallaba imposibilitado para montar á caballo, vino á establecerse en la dicha barraca, lo que todo el mundo calificó de disparate; porque ¿quién había de creer que sus muchos compañeros de oficio, dependientes de las caballerizas de Chantilly, Chamant, Corurteuil y Saint Léonard vinieran á gastar el dinero en su figón? Sin embargo, acudieron al establecimiento, y la barraca tuvo medios de vida.

A la vuelta del hijo de Collier, que había estado en Newmarket, aprendiendo el oficio de herrador veterinario, porque era demasiado corpulento para dedicarse al de *jockey* ó de *lad*, el establecimiento tomó las proporciones que hoy tiene. Collier, hijo, salía por la mañana muy temprano, y, con el saquito de las herramientas al hombro, se iba á ejercer su oficio de *blacksmith* á las cuadras de Chantilly; hablaba con los *lads*, ó, mejor dicho, les hacía hablar de sus respectivos caballos, y viendo, oyendo y examinando, adquiría datos de los cuales sabía sacar utilidad. Hoy vende estos datos á los *bookmakers*, lo que le da pingües ganancias y todo *lad* que quiera hablar largo y tendido de los caballos de su cuadra tiene la seguridad de hallar en casa de Collier *champagne* á discreción. Tiene además organizado un servicio de palomas mensajeras para París, y ya la veréis salir el sábado de su palomar para hacer el viaje.

Si alguna vez tenéis deseo de beber cualquiera cosa, en esa taberna encontraréis de todo, y tan bueno como en un buen establecimiento de París; además, mientras bebéis, os podréis distraer oyendo charlar á los *lads*, que nunca dejan de hacerlo en tanto que apuran sus veinte céntimos de ginebra ó de *whisky*.

Por la mañana despacha Collier, padre, y por la tarde el hijo, cuando regresa de su expedición á Chan-

tilly; en una pieza contigua á la sala común, las dos mujeres de la casa dan de comer á los trabajadores y obreros del país, y sirven excelente comida, compuesta generalmente de liebres, faisanes y conejos, procedentes del parque de la señora y del bosque de Chantilly.

Desde que Buscail había descubierto que la taberna era digna de ser visitada, las razones que hasta entonces le habían impedido traspasar sus umbrales dejaron de existir. Fué, pues, á ella, y pudo ver de cerca cuanto encerraba. Los cuadros que adornaban sus paredes eran en su mayoría retratos de los grandes *jockeys* ingleses; Fred, Archer, Wood, Fordham, etcétera; había entre ellos retratos de diputados notables, y, sobre todo, grabados que representaban escenas de *boxe* ó pugilato.

En el momento en que nuestro hombre penetró en la sala componíase el público de algunos mozuelos, que, encaramados en altos taburetes, puestos delante del mostrador, estaban bebiendo *champagne* y hablando con el *blacksmith*. Como no es natural estar en una taberna sin beber, pidió Buscail media copa; luego habiendo notado que un parroquiano había pedido un *pearl*, pidió él otro, para saber qué podía ser aquella bebida; la tomó, y no le disgustó la mezcla de cerveza caliente, de azúcar, ginebra y jengibre, de que se componía.

Desde entonces empezaron á notar los niños que su preceptor exhalaba por la mañana olor de vino blanco, de enebro durante el día y luego un compuesto de olores fuertes que ellos no podían calificar. Llegó por fin un día en que observando que Buscail tenía un gran chinchón en la frente, corrieron á participar á su madre el descubrimiento,

Fué Mad. Ranson inmediatamente á pedir un consejo al notario, y éste le dijo:

—¿Qué consejo os puedo dar? Despedir á Buscail. ¿Tenéis interés en conservarle?

—Tanto, que no me es dable expresarlo; no podíais haber buscado un profesor mejor que él, ni á quien los niños pudieran tomar tanto cariño.

—Entonces podría aconsejaros la energía, la firmeza, que le sujetárais con mano férrea; pero se me ocurre preguntar: ¿puede tener una mujer mano de hierro? Ahí precisamente está el mal: en que seais madre y no padre..... En fin; le hablaré yo, por más que dudo que pueda hacerle mucho efecto la amonestación de un compañero.

II

El día en que, después del plazo de costumbre, se pronunció la sentencia que aprobaba el divorcio, recibió Héline dos telegramas que le anunciaban la noticia, mediando diez minutos de intervalo entre uno y otro despacho; como uno era del abogado y de Saniel el otro, y la cosa no podía ponerse en duda, vistióse apresuradamente y fué al castillo de Venette.

A su llegada encontró á Mad. Ranson en un estado de ánimo capaz de inspirar lástima á cualquiera: los niños habían visto el día anterior que el preceptor se retiraba al castillo en un estado escandaloso; hasta el punto de que la ancha avenida que conducía hasta la puerta principal era estrecha para él.

—Señora—dijo el notario al oír las sentidas quejas de la viuda—he hecho cuanto me ha sido posible, pero

ya de antemano os había dicho que mis amonestaciones de compañero tendrían poca influencia en el ánimo de Buscail. ¿Sabéis lo que ese desdichado ha respondido á mis reprensiones y á mis amenazas? Pues ha respondido sencillamente: «Mad. Ranson es la bondad misma.» Ya lo véis: abusan de vuestra indulgencia, y (permitidme que lo diga) de vuestra debilidad; porque sois buena, creen tener el derecho de hacer todo cuanto se les antoja. Aquí, lo diré de una vez: hay muchas personas que os roban, que os saquean, persuadidos de que no habéis de protestar.

—Soy una mujer, débil por tanto, tengo que reconocerme impotente ante muchas cosas que un hombre impediría con la mayor facilidad.

Se presentaba la ocasión demasiado propicia para que el notario la dejara escapar.

Esa es la clave, señora—dijo vivamente—la clave verdadera de la situación; la que tanto me preocupa desde el primer momento en que tuvisteis á bien pedirme un consejo; la única que existe, y de donde nacen todas las dificultades, todos los problemas, que, por grandes que hoy os parezcan, han de parecer pequeños cuando se puedan comparar con los que hallaréis mañana.

—¿Creéis que no pienso con temor en la llegada de ese mañana?

—No hay duda que es muy bueno pensar con tiempo esas cosas; pero mucho mejor es, á mi entender, prevenirlas.

—¿Prevenirlas, cómo?

—Permitidme que responda con toda la franqueza de una conciencia que creería faltar á su deber si así no lo hiciera: casándoos.

Siguió un silencio de pocos momentos á esta decla-

ración del notario, y como éste viera que la palabra había producido cierto efecto, no quiso desperdiciarlo, y volvió á la carga.

—Permitidme, señora, que os haga observar que, pidiéndome consejos, me habéis dado tacitamente el derecho de prever las circunstancias en que pudieran éstos seros útiles, y, por consecuencia, el de anticipar mi criterio á esas circunstancias; porque, si ellas, presentándose de improviso, nos sorprenden, podríais acusarme por no haberlas previsto, en lo que, comprometiéndose mi responsabilidad también se comprometería mi buena fama.

—Yo no me ocupo más que de mis hijos—dijo la señora, como hablando consigo misma—ni puedo pensar más que en su cariño.

—Esa es una consideración que no carece de fuerza, convengo en ello sobre todo tratándose de una madre como vos; pero si no pensais más que en su cariño, comprenderéis cuán justo será que por ende penséis en su interés; y su interés hoy, ó, mejor dicho, su interés indudable es que os caséis. La sociedad, tal y como la tenemos organizada, no es posible para la mujer sola; porque si se le crea una situación difícil á la joven soltera y á la viuda sin hijos, la que se le crea á la viuda que los tiene es imposible, y esa es precisamente la situación vuestra. No aspiro á pasar por filósofo, ni traigo á cuenta hechos generales por el sólo placer de emitir verdades innegables; yo soy notario, es decir, hombre práctico, y si me he hecho comprender bien, habéis debido imaginaros que, como conclusión de mis palabras, tengo á mano el remedio.

Hizo Héline una pausa, y, comprendiendo por la turbación de Mad. Ranson que podía continuar, prosiguió en estos términos:

—Ese remedio va enlazado á un nombre, el de mi amigo Saniel, que me ha dado el encargo de presentaros su demanda de matrimonio.

Quedóse ella un momento confusa, y Héline interpretó esta confusión como el efecto de dos sentimientos contrarios: la satisfacción y el embarazo.

—¡Mr. Saniel!—dijo al fin, y, después de un instante de pausa exclamó:

---¡Pero Mr. Saniel está casado!

—Lo estaba.

—¡Ah! ¿Está ahora viudo?

Por fortuna Mad. Ranson era protestante, cosa que Héline no había echado en olvido al formar sus cálculos; pero si bien por ese lado no se presentaba el temor de hallarse ante una indiscutible cuestión de principios, había en cambio necesidad de tener en cuenta otras cuestiones puramente sociales, y no era, pues, posible abordar resueltamente y á la ligera el punto del divorcio; así fué que después de una breve pausa, que le sirvió para recoger las ideas, continuó de este modo:

—Cuando os hablé de Saniel y os dije que su vida no estaba exenta de grandes pesares, aludía á su malhadado casamiento. Después de algunos meses de vida conyugal con la hija de un pintor de gran talento, vióse obligado á separarse de ella, porque en sus gustos, en su carácter, no había nada de cuanto podía desear para ser feliz un hombre como él. Desde entonces vivió austero y solitario, sin gozar otros placeres más que aquellos que proporcionan el trabajo y el éxito.

Más de ocho años hacía que había tenido lugar la separación, y que ambos esposos vivían tan lejos uno del otro como si jamás se hubieran conocido, cuando

Saniel os vió, señora. Y como aquí me veo obligado á tratar un punto delicadísimo, os pido de antemano que me escuchéis con toda la indulgencia de que sois capaz.

Ya recordaréis los términos en que me habéis hablado de él, al siguiente día del en que tuvo lugar la consulta; era vuestro acento el de la persona que se ha encontrado en presencia de un hombre superior, y desde luego ha sabido apreciarlo en lo que vale. Idéntica impresión de la que os había él producido, le produjisteis vos, y con la propia franqueza con que me hicisteis partícipe de este sentimiento el doctor me confesó sus análogas impresiones.

Esto fué lo que hizo nacer en mi cerebro la idea de un matrimonio, idea que comuniqué á Saniel, dándole al mismo tiempo el consejo de convertir en un divorcio legal lo que tanto tiempo hacía era divorcio de hecho. Este divorcio ha sido pronunciado..... en su favor, naturalmente, y hoy está en su derecho dando oídos á su corazón, escuchando la voz de sus propios sentimientos....., y haciéndolos conocer.

El paso peligroso estaba ya dado, y el notario había tenido la satisfacción de ver que todo cuanto se refería al divorcio había sido aceptado sin repugnancia alguna por Mad. Ranson, convencido de que habían sido vanos sus temores, puesto que admitía el matrimonio después del divorcio, no vaciló en ir al fondo de la cuestión.

—Ya conocéis su situación tan bien como yo—prosiguió el notario.—Colocado en los primeros puestos de la Facultad, atendido, respetado y solicitado, ocupa la situación que merece; pero si en cuanto á las satisfacciones morales que la fama procura al hombre, Saniel tiene poco que envidiar, no le ocurre lo propio

con la riqueza. A pesar de que anualmente gana un centenar de miles de francos, carece de fortuna; el dinero que hubiera podido ahorrar lo ha gastado diariamente en toda clase de donativos, en todo género de beneficios, haciéndolo con tal generosidad, que si hoy le preguntáramos en qué lo ha empleado, le sería muy difícil decirnoslo.

Sin embargo, por alta, por bella que sea hoy su situación, puede asegurarse que no ha llegado aún á su apogeo; esta situación ha de engrandecerse, no solamente por los trabajos de Saniel, sino también por la fuerza misma de las circunstancias, que dado, su presente estado, han de tender siempre á aumentar; la reputación y la gloria, como cualquiera otro capital que se adquiere, producen una renta que llega á aumentar la riqueza en tanta mayor proporción cuanto más grande es la riqueza misma. ¿Qué le reserva el porvenir? Inútil sería quererlo adivinar; sin embargo, paréceme que puede afirmarse sin temor que el hoy de Saniel es la garantía del mañana. Si por un momento yo supusiera cosa hecha el matrimonio de que me ocupo..... ¿Permtís que lo suponga?

Hizo Mad. Ranson un signo afirmativo, y el notario prosiguió.

—Establecido Saniel en este castillo, su reputación, su valer y las consideraciones que le han de rodear harán de él uno de los personajes más importantes de nuestra comarca. Como, á Dios gracias, vivimos en un país en que los electores pueden hacer una elección razonable, designando el candidato que la merezca por sus méritos personales, Saniel será diputado ó senador; y como es uno de esos espíritus fuertes que se saben imponer, se creará indudablemente un buen puesto eu el mundo político..... Y aquí es, seño-

ra, donde reclamo toda vuestra atención, y al mismo tiempo toda vuestra indulgencia, rogándoos de antemano que no creáis que me guía otro fin que el interés vuestro y el de vuestros hijos...

—Así lo creo.

—A pesar de la alta posición que os da vuestra fortuna, es necesario reconocer que en este país como en cualquier otro, estais completamente aislada. La familia de Mr. Ranson para nada os sirve, y la vuestra, como se halla en el Mediodía, lejos de aquí, os es también completamente inútil. Creo que sería ocioso tratar de haceros ver que todo en esta vida se hace y se deshace por medio de las relaciones, y si bien en este momento yo comprendo perfectamente que vuestra ternura maternal se crea feliz en el aislamiento en que vivís, con vuestros hijos y para vuestros hijos, estoy seguro que ha de llegar un día, día que no está muy lejano, en que aquéllos, ya hombres, tendrán que ocupar en el mundo el puesto que su fortuna les reserva. ¿Cuál será la situación de esos niños, sin una persona que les guíe, que les ayude, sin tener ni aun el apoyo de un compañero, puesto que por el hecho mismo de su educación carecen de amigos? En este caso es donde aparece en todo su esplendor la influencia de Saniel, porque las relaciones que á vos os faltan él las tiene y las pone á disposición de vuestros hijos, que serán los suyos también. ¿Comprendéis ahora qué fácil, qué exenta de obstáculos han de hallar su marcha por el mundo esos niños, con una fortuna como la suya y un padre como Saniel, el Saniel que será dentro de pocos años, el que hace poco os describía? Pero hay más aún: no tendreis que pensar en la carrera que hayan de abrazar, pues no dudo que deseareis que sigan una honrosa, á fin de que no vegeten aquí en una existencia dorada.

—Ciertamente, deseo que sigan una carrera..., si su salud lo permite.

—No dudéis que bajo la dirección de Saniel se lo permitirá. Dije antes que había que pensar en la carrera que hayan de seguir, y ahora añadido, que también habrá necesidad de pensar en la mujer con quien hayan de casarse, y que seguramente tendrán que ir á buscarla en otro mundo completamente distinto del mundo en que pudieran penetrar solos.

Al llegar aquí se levantó, y luego dijo á madame Ranson con reposado acento:

—Os ruego, señora, que meditéis maduramente acerca de las consideraciones que he tenido el honor de exponeros. No añadido á lo dicho más que una sola palabra, y ésta por un deber profesional, deber de notario; ¿conocéis el artículo 386 del Código Civil?

—Por el número al menos no lo conozco.

—Por muerte de Mr. Ranson, gozais legalmente de la fortuna de vuestros hijos, fortuna que tenéis el deber de conservar hasta que ellos tengan diez y ocho años cumplidos.

—Ya sabía eso.

—Pero lo que acaso ignorais es que otra disposición de la ley previene que, en el caso de pasar la madre á segundas nupcias, deje de gozar de esa fortuna.

—Lo ignoraba, en efecto.

—No sois la única que lo ignora, y por eso precisamente tenía el deber de advertiroslo, como ya lo había advertido á Saniel. ¿Por qué ha quitado la ley ese derecho á la viuda que se casa y no priva de él al viudo? Cosa extraña es, y que no se explica como no sea por la influencia del derecho canónico, que data del tiempo en que la Iglesia condenaba las segundas

nupcias, y que desde aquella época ha venido hasta la nuestra, sin otra razón de ser más que la fuerza de la rutina.

III

¡Casarse!

Esta fué la palabra que Mad. Ranson se repitió muchas veces cuando quedó sola, después de marcharse el notario; esta, la palabra que la turbaba en aquel momento, preocupándola más que cuando su tío, el magistrado de la Audiencia de Nimes, en cuya casa se había educado, le preguntó si quería casarse con un industrial que parecía llamado á hacer fortuna.

Pero no era igual el caso; en aquella época estaba sola, y en la actual no, puesto que tenía dos hijos, que indudablemente habían de participar de lo bueno ó lo malo que al hogar pudiera traer aquel matrimonio.

No había duda que al casarse ella daba á sus hijos un preceptor; pero, ¿lo comprenderían ellos así? ¿Admitirían como buenas todas aquellas consideraciones del notario, que tan justas y razonables le parecían á ella?

Sola y dueña de sus actos, no hubiera vacilado en dar á Héline una respuesta afirmativa; porque si la demanda podía, hasta cierto punto, preocupar á la madre, á la mujer le era agradable y hasta halagüeña. Unirse por amor con un hombre tal como Saniel; llevar su nombre; gozar de las ventajas que había de proporcionarle en sociedad la situación de aquél, no

podía menos de enorgullecerla; por otra parte, como no había sido completamente feliz con su primer marido, no veía mal aquella segunda unión; ¿podía aspirar á otra más lisonjera? Verdaderamente perdía el usufructo de la fortuna de sus hijos; pero esto no valía la pena de ser tenido en consideración, como Saniel mismo tampoco lo había tenido.

Resuelta por su parte, la cuestión no era dudosa más que bajo el punto de vista de sus hijos, y aun bajo este aspecto tampoco debía de serlo, si las razones que había expuesto Héline eran de tomarse en cuenta.

A sus ojos, estas últimas no sólo tenían fundamento, sino que eran decisivas; porque en lo presente, como en lo porvenir, la verdadera conveniencia de los niños no podía ser otra que tener por padrastro á Saniel, que les sería siempre más útil que cualquiera otra persona. Saniel sería la voluntad, la férrea mano, la dirección que ella buscaba, y lo que no tenía precio á sus ojos: sería la salvación, en el caso de que una enfermedad reclamaran sus cuidados. Estando Saniel y ella al lado de los niños no había mal posible, y podían éstos tener la salud y la fuerza aseguradas.

—Considerando tales ventajas, ¿debía detenerse ante el temor de causarles un disgusto, ó quizá de herirle en su cariño?

Pesadas y medidas todas las consideraciones, creía que podía hacerse culpable de debilidad rechazando la demanda, y que no obraría como buena madre. La repulsión que los chicos sentían hacia Saniel no podía ser cosa seria, porque carecía de fundamento, y, además, no dudaba que aquella aversión dejaría de existir cuando le conocieran mejor.

Ayudóle éste, y cuando á su vez iba á montar, presentóse Morche, acompañado de un caballero. Morche pertenecía á esa clase de médicos que viven con el sombrero en la mano y la sonrisa en los labios.

Acercóse apresuradamente á Valeriano para preguntarle por su madre y por Mr. Saniel.

Una idea cruzó entonces por la imaginación de Valeriano.

—Mi hermano es quien no está muy bueno—dijo.

—¿Cómo es eso? ¿Os sentís mal?—preguntó el médico dirigiéndose á Calixto.

Pero en vez de responder éste que se mantuvo serio y frío, hizolo Valeriano, diciendo:

—Yo no le encuentro bien.

—¿Qué tenéis?

—Se queja de dolores de cabeza, mal gusto de boca y laxitud general.

—Todo eso no significa nada—respondió Calixto un tanto enojado.

—Pues yo creo que puede ser algo—replicó Valeriano.

—Podiera ser nada, en efecto,—dijo el médico:—un simple enfriamiento; pero también pudiera ser algo. Es necesario cuidar eso.

—¿Vais hacia vuestra casa?—interrogó Valeriano.

—Dentro de un rato; pero, por qué me haceis esa pregunta?

—Porque en ese caso podríais examinar á mi hermano.

Alzó Morche los brazos, y Calixto lanzó á su hermano una mirada de disgusto.

—¿No habéis consultado con Mr. Saniel?—preguntó Morche.

—Quisiéramos hacerlo con vos—replicó Valeriano.

Viendo la sorpresa de Morche al oír aquellas palabras, quiso explicarlas, y añadió:

—Ya sabéis que nuestra madre fácilmente se inquieta; si Calixto habla á Mr. Saniel de su malestar, aquella va á creer en seguida que está gravemente enfermo, cuando quizá no tenga más que una ligera indisposición, que vos podríais curar fácilmente.

—¡Y cómo queréis, caballero, que yo vea á vuestro hermano, cuando tenéis por padre á un médico tal como mi ilustre maestro!

—Indudablemente—dijo Calixto interviniendo—mi hermano no ha reflexionado lo que ha dicho; dispensadle. Hasta otro rato, Mr. Morche.

Iba á seguirle Valeriano, cuando Morche le detuvo.

—No dejéis de advertir á Mr. Saniel, al llegar á vuestra casa el aspecto general de vuestro hermano no es nada bueno.

—¿Qué tiene?

—No lo sé; sólo hablo del aspecto.

—He ahí dos jóvenes que tienen empeño en que no les cuide su padrastro—dijo el caballero que acompañaba á Morche, cuando se alejó Valeriano.

Pero Morche consideró inútil responder á aquella observación.

Calixto y su hermano salieron de la población al paso de sus cabalgaduras. Cuando llegaron á la carretera hizo Calixto seña á Valeriano para que se acercase á él.

—¿Qué idea te ha dado de hablar á ese médico de mi malestar?

—No me riñas; ya veo que he hecho mal, pero mi intención era buena. Me hace daño verte malo.

—Acaso no esté muy malo, aunque casi no puedo tenerme á caballo.

—Eso es lo que yo me dije, y por eso se me ocurrió hablarle á Mr. Moreche, en la esperanza de que te diera algo que te curara en seguida, evitando así que el gran médico tuviera que asistirte..., que es lo que yo no quisiera.

A la hora de comer asistió Calixto á la mesa, como de costumbre, pero le fué imposible comer: llevaba llena la cuchara á la boca y llena la volvía al plato, á pesar de que Valeriano le dirigía miradas furtivas, diciéndole que procurase dominar su repugnancia. Dejó pasar su madre la sopa sin notar nada, pero al primer plato observó que no comía.

—No tienes apetito—le dijo.

—¿Os sentís mal?—preguntó Saniel observándole.

Una arcada le obligó á levantarse de la mesa.

Durante su ausencia interrogaron á Valeriano, que dijo que su hermano se hallaba aquel día lo mismo que el anterior.

Poco tardó en volver Calixto, pálido y desencajado, pero ocupó de nuevo su sitio; y haciendo un esfuerzo de voluntad consiguió comer algo.

—No es nada—dijo—absolutamente nada.

—¿Por qué ocultarlo si se sentía mal? Ni su madre ni Saniel comprendían el por qué.

Cuando estuvieron en el salón, Valeriano, que no cesaba de mirarle y veía aumentar continuamente su palidez, intentó salvar la situación antes de que se hiciera más grave.

Bostezó repetidas veces, afectando la intención de ocultar los bostezos, pero, en realidad, de manera que su madre lo notara.

—¿Qué tienes?—le preguntó ésta.

—Estoy cansado, muy cansado, y es probable que sea también el cansancio lo que ha quitado á Calixto el apetito. Si quieres desearía acostarme.

—¿Pero tienes algo?—le preguntó su madre con inquietud.

—No sé, no me siento bien.

—¿Queréis ver lo que tiene, amigo mío?—dijo á Saniel.

Pulsóle éste, le miró los ojos y la lengua, y nada vió de anormal.

—Esto no será nada, dijo.

—Así lo espero. Mamá, si te parece me llevaré á Calixto para que me lea algo mientras me duermo.

—¡Me parece bien!

—¿No es verdad? Es muy divertido oír leer cuando se está en la cama. Los cuentos son también muy bonitos; pero Calixto sabe muy pocos.

Mad. Saniel no se atrevió á negarse, porque ella era quien otras veces entretenía á sus hijos con los cuentos, y aquella noche faltaba por vez primera por no dejar solo á su marido.

Salieron.

—¿Qué tienes?—preguntó en voz muy baja Calixto á su hermano, cuando estuvieron en el vestíbulo.

—¡Cómo! ¿Tú también lo has creído? ¡Lo que es ser un buen cómico! ¿No has comprendido, tonto, que me oíhe puesto malo para que tú te acuestes?

Llegaron al pie de la escalera.

—Apóyate en mí—dijo Valeriano—pero hazlo de manera que parezca que me vas sosteniendo.

Cuando llegaron á su cuarto, Calixto, que se había sostenido allí por un supremo esfuerzo de voluntad, sintió un escalofrío y empezó á temblar, dando diente con diente.

Hízole sentar su hermano, y empezó á desnudarle como se desnuda un niño, dirigiéndole al mismo tiempo palabras cariñosas. Luego le acostó; le cubrió cui-

—¿No tengo quizá el derecho de hacer lo que quiera, ni aun siendo vuestro interés el móvil que me impulsa?

—Y haciendo uso de los mismos argumentos que había escuchado de boca de Héline, explicó por qué estaba en el interés de ellos tanto para lo presente como para lo porvenir, que Saniel fuese su padrastro; les manifestó que su posición de viuda con dos hijos ya jovenzuelos era difícilísima; que más tarde sería insostenible, y que no debía, por tanto, rechazar una proposición como la que le habían hecho. Y siempre siguiendo sobre los pasos del notario, les hizo ver cuál sería la posición de Saniel más adelante, y al dividirla ella con él alcanzarían sus ventajas á ellos mismos. Por último, manifestóles que estas eran las consideraciones que le habían decidido á abrazar aquel partido, prescindiendo del disgusto que á ellos les pudiera causar.

—¡Y qué disgusto!—exclamó Valeriano sepultando más su cabeza en las rodillas de su madre.

Aquel grito que sintió resonar dentro de su corazón le hizo extenderse sobre las causas que podían ocasionar semejante disgusto. ¿Por qué habían de ser desdichados? ¿Iba ella á dejar de quererles? ¿Se iban á separar? Nada de esto iba á acontecer, y, por lo tanto, no comprendía las lágrimas de Valeriano. Si á alguien perjudicaba aquel matrimonio era precisamente á ella, porque dejaría de usufructuar las rentas, que de otro modo hubiera gozado hasta que ellos cumplieran los diez y ocho años; pero á ellos...., para ellos todo era beneficioso, hasta eso.

Durante el tiempo que había empleado en decir cuanto antecede no había dejado un instante de tener fijos los ojos en el primogénito, pero éste no la había

mirado ni una sola vez. Al terminar esperaba una respuesta; mas Calixto continuó en pie apoyado en el antepecho del balcón, con la mirada fija en el espacio, y Valeriano siguió llorando.

—Valeriano—dijo ella;—me causa honda pena el verte así.

Calló aún Valeriano, y Calixto respondió.

—Perdónalo, mamá; Valeriano es un niño aún: no sabe y no puede impedir sus lágrimas.

Notó que la voz de su hijo temblaba; pero antes de tener tiempo para responderle, Calixto asió el brazo de su hermano y le obligó á levantarse.

—Vente—le dijo,—no hagas sufrir á mamá.

Tenia razón el niño de abreviar aquel coloquio, que, prolongándose, hubiera sido cada momento más penoso.

—Buenas noches, madre—dijeron y la besaron; besóles ella también, quizá con más ternura que de costumbre; pero le pareció notar que aquella noche no la besaban sus hijos con la misma efusión que otras noches. Después se alejaron apresuradamente, Calixto tirando de Valeriano, que continuaba sollozando.

IV

Cuando llegaron á su cuarto, después de cerrar las puertas cuidadosamente, arrojóse Calixto en los brazos de su hermano.

—¡Ya ves que tú también lloras!—exclamó Valeriano.

—Pero no delante de ella,

—¡Mr. Saniel!

—¿Qué me importa que sea Saniel ó sea otro?

—Si no fuera ése, no sería fácil que hubiera otro.

—¿Crees tú que sea él quien la ha decidido á casarse?

—Sin duda.

—Si nuestra madre cree que él nos va á ser muy útil, él por su parte no dejará de pensar que le servimos de estorbo; eso lo veo yo claro.

—Yo también.

—¿Entonces?.....

—Busca la fortuna de nuestra madre.

—Pues es menester decírselo á ésta, y entonces ella despreciará á un hombre que no busca más que el dinero.

—¿Nos creerá? Ya ves tú: nuestra madre se figura que no hemos crecido, y que somos dos chiquillos incapaces de concebir una idea y de saber lo que hacemos.

—Sí, eso es verdad.

—Por tí, no va descaminada; á tu edad todavía se es un niño; pero á la mía ya es otra cosa: yo podría emanciparme.

Valeriano, que jamás admitía en nada la superioridad de su hermano mayor, por esta vez no protestó contra sus pretensiones.

—¡Tan dichosos como éramos los tres!—exclamó.

—Y ahora estará él siempre con nosotros.

—¿Crees tú que no es rico Mr. Saniel? Yo creo que con tantos enfermos como tiene ha de ganar mucho dinero.

—¿Qué importa que sea rico ó no lo sea?

—Importa; porque si es rico no tiene necesidad de casarse con quien también lo sea.

—Me llama la atención, pobre Valeriano, que tan niño seas para ciertas cosas, tú, que para otras tienes más malicia que un mono.

—Me parece que lo que acabo de decir no es precisamente una tontería.

—Al contrario, infeliz: lo que acabas de decir es una tontería de las más solemnes.

—¿Por qué?

—Porque cuando uno es rico, quiere ser más rico aún; los que tienen más dinero, son los que más dinero necesitan. No tienes más que ver el ejemplo de nuestro padre. ¿Crees tú que si hubiera sido pobre habría continuado en el Cáucaso, donde tan mal iba su salud? No: se hubiera venido á Francia; pero era rico, quiso continuar aumentando su fortuna en donde la había hecho, y murió allí. Me lo explicó muchas veces. Te acordarás que en los últimos tiempos de su enfermedad me llamaba á menudo á su cuarto.....

—Es verdad.

—A mí y no á tí; no porque me quisiera más, sino porque, como yo era el mayor y á tí te juzgaba muy niño aún, creía que yo podía comprender mejor lo que me quería decir. ¡Cuántas veces hablándome de su fortuna, que tan orgulloso estaba de haber ganado, me dijo: «A tí es á quien yo la confío.» ¡Y cuántas también al mismo tiempo que me explicaba sus ideas sobre la riqueza, que lo da todo en el mundo, me encargaba que no dejase devorar la que de él teníamos que heredar! Esa era su preocupación única, porque, á pesar de la confianza que en nuestra madre tenía, decía que ella era demasiado débil y nosotros demasiado jóvenes para defenderla. ¡Cuántas veces me repitió: «Si yo pudiera vivir cinco años todavía!» Demasiado comprendía que no podía contar con aquellos

cinco años. «Los que tienen una fortuna—me decía—son presa de los intrigantes, que sobre ellos se arrojan para explotarles.» Ahora ya ves cuánta razón tenía, porque ese Mr. Saniel es uno de tales intrigantes.

—¿Y cómo no lo comprende nuestra madre?

—Parece que la ha embrujado. De cualquier modo, lo que hay de cierto es que ha preparado las cosas para ganar su confianza y su agradecimiento. ¿No te parece que así precisamente obraría cualquier intriguante?

—¡Ah! Sí.

Pronunció Valeriano este *sí* con profundo convencimiento; para él, Saniel era un intriguante; no tenía la menor duda, solamente que no veía de un modo claro sus intrigas.

—¿Y qué cosas ha preparado?—preguntó tímidamente, después de una breve pausa.

—¡Vaya una pregunta!

—¿Pero qué cosas son?

—Pues hombre, su plan curativo: aserrar, el ventilador abierto de noche; ¿con qué fin todo esto, sino con el de hacernos enfermar? ¿Y para qué hacernos enfermar, sino para curarnos y ganar por ese medio el agradecimiento de nuestra madre? Ya has visto cómo lo ha conseguido.

—Yo he estado enfermo.

—Y él te ha curado.

Reflexionó Valeriano un momento, al cabo del cual exclamó de repente:

—Espera un poco.

—¿Qué te ha dado?

—Ven conmigo.

El diálogo anterior había tenido lugar en el cuarto de Calixto, y entre éste y el de Valeriano había una

sala de grandes dimensiones, en cuya ventana se hallaba colocado el ventilador prescripto por Saniel. A aquella habitación fué adonde Valeriano condujo á su hermano, y cuando llegaron tomó una silla, que apoyó en la ventana, y encima puso otra más ligera.

—Sujeta las sillas—dijo; y encaramándose encima, cerró el ventilador. Luego, irguiéndose con aire de desafío, exclamó:

—Aquí tienes lo que hago con las prescripciones del famoso médico, y lo que voy á hacer todas las noches.

—Ahora no tiene necesidad de enfermarnos para hacer milagros, porque ha conseguido lo que quería. Ya puedes negarte á aserrar madera y puedes cerrar los ventiladores, seguro de que no se ha de incomodar; ¡qué le importa ya nuestra salud!

—Sin embargo.....

Valeriano no acabó la frase.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Calixto.

—Una cosa que quizá sea una tontería.

—Díla; es igual.

—Si yo hubiera muerto cuando estuve enfermo, ¿quien me heredaba?

—Yo creo que nuestra madre y yo.

—¿Entonces aquella sería más rica?

—Indudablemente; pero si tú hubieras muerto no se casaría con Mr. Saniel, porque éste no hubiera hecho el milagro de salvarte.

—Bueno; pero si cuando se haya verificado el matrimonio me muero yo, nuestra madre heredará igualmente y no habrá temor de que no se case con monsieur Saniel, porque ya se habrá casado.

—¿Y qué?

—Que no puede serle indiferente mi salud á mon-

sieur Saniel, puesto que si me muero el matrimonio me ha de heredar.

—No hay ninguna razón para que te mueras antes que yo.

—Sí, porque he estado enfermo.

—Pero ya estás bueno.

—En fin: podemos morir los dos si nos ponemos..... enfermos como papá.

—El ha dicho que no lo estamos.

—Lo ha dicho, pero muy bien puede ser que sepa que lo estamos, y porque lo sepa se case con nuestra madre.

Poco rato más duró la conversación, y por último, Calixto dijo que debían acostarse.

—Cuanto más hablemos—le dijo á su hermano— más nos hemos de afligir; vámonos á la cama.

—Pues dame un abrazo.

Fuéronse cada uno á su lecho, pero no pudieron conciliar el sueño; como las puertas de ambos cuartos daban á la sala del ventilador, y las dos estaban abiertas, pudo Calixto oír durante algún tiempo á su hermano, que estaba inquieto y agitado.

—Duérmete—le dijo por último.

—No puedo—respondió Valeriano.—¿Quieres que vaya á acostarme contigo?

—Vente.

Antes de acostarse había querido Mad. Ranson, atormentada por las lágrimas de Valeriano y la brusca salida de ambos niños, ver en qué estado se hallaban éstos. Con una palmatoria en la mano, y procurando hacer el menor ruido posible, entró en el cuarto de Valeriano. Sorprendida de no hallarle en el lecho, pasó al de Calixto, y allí vió á los dos hermanos, juntos, cara á cara, cogidos de las manos y revueltos

y mezclados sobre la almohada los largos cabellos de ambos.

V

El matrimonio de un hombre que ocupa una posición como la que ocupaba Saniel no podía pasar inadvertido; así fué que los periódicos de noticias le dedicaron algunas líneas el mismo día en que se fijó la publicación en la alcaldía del primer distrito.

Cuando por la noche se retiró Florentino á su casa, llevaba consigo el periódico en que había leído la noticia.

Desde el primer momento Filis, que conocía á fondo á su hermano, comprendió que había hecho algún descubrimiento ó algún adelanto en su empresa; pero como no podía ocuparse de aquel asunto en presencia de su madre, tuvo que esperar á que Mad. Cormier se retirara.

Como desde el regreso de Florentino las pesquisas que sin cesar había hecho no habían dado resultado alguno y la fecha de la prescripción se aproximaba, abrigó por un momento la sospecha de que hubiera descubierto alguna indicación decisiva.

—¿Qué hay de nuevo?—le preguntó cuando volvió de acompañar á su madre.

—Lee esta noticia—respondió él señalando con el dedo, la que anunciaba el matrimonio de Saniel.

Mientras Filis leía observábala su hermano atentamente, pero no vió en ella muestra de turbación ni de emoción alguna.

—Ya ves—le dijo.

—Sí, veo que esto explica la demanda de divorcio.

—¿Crees que sea hombre capaz de contraer matrimonio por amor?

—No sé.

—Veo que no quieres responder.

—Te aseguro que no me inclino á creer una cosa ni otra, porque puede haber dado este paso por amor, por interés, por conveniencia ó por otro móvil cualquiera, que nosotros no podemos apreciar en este instante.

—Por mi parte, creo que un hombre como él no se casa como lo haría otro cualquiera, y no dudo que ha de serme útil conocer las razones que haya tenido para contraer ese matrimonio. Las buscaré. Hasta hoy creo que, ansioso de conseguir un resultado inmediato, he ido por mal camino. Indagando únicamente lo que concierne al asesinato de Caffié y de madame Dammanville, los resultados de mis pesquisas se han reducido casi á cero: me he obstinado en proseguir por ese camino; el tiempo vuela; la doncella no vuelve de Madera, y la prescripción se aproxima á pasos agigantados. He hecho mal, porque he debido dedicarme á hacer amplias indagaciones respecto de Saniel, pues que los otros han muerto y él vive aún. ¿Quién sabe si hay en su vida nuevos crímenes, que sirvan de red para cogerle?

—Tu odio te hace ir muy lejos.

—Y á tí te detiene el recuerdo. ¿Sería Saniel el primer médico que envenenara á un marido para casarse luego con su viuda? La publicación de este matrimonio dice que esta Mad. Ranson vive en el castillo de Venette, en Corcy. Corcy está en los alrededores de Senlis, y mañana temprano pienso ir allá, porque á nadie interesa tanto como á mí saber hasta qué punto es ciega la justicia.

—Pues ten cuidado, no sea que, intentando hacer sus veces, le abras los ojos para que te vea.

—Como estoy penetrado de la necesidad que tengo de vivir en peligro constante, el miedo no me detendrá, como no me detuvo antes, cuando proyecté mi evasión. Además convéncete de que á los que obran impulsados por una idea fija nada les arredra, ni cesan jamás en su propósito.

—¿Ni ante lo imposible?

—Ni ante lo absurdo, si es que tú juzgas absurdo creer que en el mundo todo se paga.

—Esa es mi esperanza.

—Entonces, ¿por qué no quieres que participe yo de esa esperanza, y crea que vendrá día en que Saniel pague su deuda? ¿Si yo he pagado la mía con creces, por qué no ha de pagar él la suya? Viviendo solo, como durante años he vivido yo en mi choza, y no teniendo con quién hablar, como no sea con las estrellas, acaba por filosofar el hombre menos dado á la filosofía, y explicarse á su manera y del modo que le parece las leyes de este mundo.

Así es como acabé por convencerme de que la justicia (no la oficial) al fin y al cabo cumple su misión, obedeciendo á leyes inmutables, como la del equilibrio, que hace nazcan en un año, aproximadamente, tantos varones como hembras.

—Si tal es tu creencia, deja que esa justicia haga su obra.

—Dice el proverbio: «Ayúdate, que Dios te ayudará;» lo propio acontece con la justicia. Si yo hubiera estado esperando que cumpliera su obra, aún estaría por allá. Ayudarla ha sido mi principal objeto al volver á París, y la ayudaré con mayor ardor, por lo mismo de que necesita ayuda; porque si bien es cier-

to que á veces castiga á los culpables, no lo es menos que no resarce á menudo á los inocentes. Mañana voy á Senlis, y puesto que Saniel está en deuda con el acaso, intentaré que se la pague, si es que ha llegado la hora de la restitución.

A la mañana del siguiente día, cuando Filis entró en el taller para empezar su trabajo, encontró á su hermano que se disponía á partir, y observó que en vez de su traje de costumbre, habíase puesto Florentino el que trajera cuando llegó, traje que, por más que lo hubieran cepillado y recosido, no solía usar más que en casa.

—¡Con esa facha vas á Senlis!

—Precisamente. Como no he de hacer mis averiguaciones entre la gente rica del país, porque carezco de un pretexto plausible para acercarme á ella, sino entre campesinos y obreros, éstos han de hablar con más expansión delante de un hombre cuyo aspecto difiera poco del suyo que delante de un caballero....., si es que un hombre que ha estado ocho años en presidio puede recordar al caballero.

—¿Qué es eso?—preguntó Filis, indicando con el dedo un pañuelo atado por las puntas, y que dentro debía tener algo.

—Alguna ropa blanca que me llevo.

—¿Pero no piensas que vas á excitar la curiosidad de todos allí?

—No, porque seré un trabajador.

—¡Trabajador! ¿En qué trabajarás?

—Cuando un hombre ha sido sucesivamente mozo de café, calero, cazador, peón caminero, lampista y jardinero, conoce bastantes oficios para hallar trabajo pronto, además estoy dispuesto á aprender otro, si es necesario. Por otra parte es conveniente que yo

desaparezca por algún tiempo de aquí: no quería quedarme; lo he hecho cediendo á vuestras instancias, y quizá obrando así haya cometido una imprudencia, porque hace mucho tiempo que debí alejarme.

—La imprudencia es precisamente la que vas á cometer, y no solamente una imprudencia, sino también una locura. ¿Te parece razonable, dímelo, suponer que Saniel haya envenenado al marido de esa mujer, siendo así que esa suposición es puramente gratuita, porque en nada se apoya?

—En nada más que en su carácter y en sus antecedentes, lo que no puedes menos de convenir conmigo en que es algo. Además, cuando sólo se busca dentro de lo verosímil, hay muchas probabilidades de salir con las manos vacías. En fin: he resuelto marcharme á Senlis, y me voy.

Con aquel traje viejo y estropeado y aquel pañuelo en la mano tenía Florentino el aspecto de un trabajador que va en busca de trabajo; esto le ponía por el pronto fuera del alcance de sospechas peligrosas.

Cuando después de rodear el parque del castillo de Venette pudo, en vista de sus jardines, sus invernaderos, cuadras, etc., hacerse una idea aproximada de cuál fuera la posición de Mad. Ranson, creyó ver claro que el interés había sido el único móvil de Saniel al verificar aquel matrimonio, y esta seguridad le afirmó más en la creencia de que le convenía indagar por qué medios se había llevado á efecto.

Después de dar la vuelta al parque volvió atrás para ir á almorzar á la taberna del Sport, por donde antes había pasado; suponía que allí tendría ocasión de escuchar lo que se hablara, y por este medio, mucho más prudente que el de hacer preguntas, tomar datos é indicaciones que pudieran servirle de punto de partida.

Como no conocía las costumbres de la casa, entróse directamente en la pieza en que estaba el mostrador. Collier padre, *mister Collier senior*, como le llamaba la gente del sport que concurría á su establecimiento, hallábase en aquel momento sirviendo á unos cuantos parroquianos, que habían pedido *champagne* en el más puro inglés.

—¿Se puede almorzar?—preguntó Florentino sorprendido al ver el aspecto interior de aquella taberna, que le recordaba el de los *bars* de América y de Inglaterra.

—En la otra pieza—respondióle ásperamente Collier, á quien no hacía mucha gracia servir á un francés, sobre todo si el francés era por añadidura un obrero que no bebía *champagne*.

La pieza en que entró entonces, amueblada con mesas y bancos, nada tenía de inglés y se parecía á las de todos los figones del país. Repitió allí su pregunta y contestóle una mujer que hasta las once no estaría hecho el almuerzo.

—Esperaré—dijo; y dejando en un banco el envoltorio que constituía su equipaje, se sentó, sin que nadie fijara la atención en él.

Poco antes de las once una criada le puso el cubierto, que consistía en un plato, un tenedor y un vaso. Cuando en el reloj de pared que había sonó la hora, empezaron á llegar trabajadores; bien pronto se llenó la sala de albañiles con sus blusas blancas, peones y leñadores, y no pocos de ellos se sentaron á la misma mesa de Florentino, dejándole únicamente el sitio indispensable; pero esto, lejos de disgustar á nuestro hombre, le pareció muy bien, porque así podía oír cuanto hablaran sin dar muestras de escucharles. Púsose, pues, á comer tranquilamente la ra-

ción que le habían servido, y aunque le pareció que el plato de pollo que tenía delante era más bien que de pollo de faisán, guardóse muy bien de decir una palabra para no llamar la atención.

Cuando los comensales hubieron aplacado el apetito, empezaron á hablar, pero sin decir nada que pudiera interesar á Florentino, pues nadie pronunció los nombres de Saniel ni de Mad. Ranson.

Largo rato hacía que el reloj había dado la media, cuando un operario, que había comido lejos del sitio en que se hallaba nuestro hombre, se levantó y vino á pedir tabaco á uno de sus vecinos de mesa; dióselo éste, y al mismo tiempo que aquél liaba su cigarrillo cambiaron algunas palabras.

—¿Qué tal vais vosotros?—preguntó.

—Bien; van á contratar todavía una veintena de peones, porque el camino que estamos haciendo pasa por una terrontera que hay que desmontar para el casamiento, y no quedan nada más que quince días.

Era probable que este matrimonio fuera el de madame Ranson, y aquellos trabajos en su parque, así fué que no vaciló en tomar acto seguido una decisión: y cuando el obrero que había pedido tabaco se fué á su sitio, Florentino se dirigió á su vecino, afectando un fuerte acento normando.

—¿Toman trabajadores en la obra en que estais?—dijo.

—Sí.

—Pues me viene de molde.

—¿Conocéis el oficio?

—Soy jardinero; pero, mientras encuentre colocación, trabajaré como peón, porque no temo al oficio.

Ofreció media copa á su compañero, y media hora

después, en el parque de Mad. Ranson, le entregaron una pala y un azadón, que manejaba de modo que no daba lugar á que se dudara de que, en efecto, no temía al oficio.

Por la tarde fué la viuda á ver los trabajos, acompañada de sus dos hijos.

—¿Es el ama?—preguntó Florentino á su compañero.

—Sí, y sus hijos.

—¿Hace mucho tiempo que está viuda?

—Más de dos años; su marido murió en el Cáucaso.

Esta respuesta destruía la hipótesis de Florentino; sin embargo, aquella noche escribió á Filis:

«He entrado en el puesto de que te hablé, y creo que seguiré en él; mis señas son: Antonio Prentout, taberna del Sport, Corcy (por Senlis).»

VI

No dejaba de inquietar á Mad. Ranson la idea de la acogida que sus hijos harían á su futuro marido, cuando por vez primera llegara á Venette. Nada temía de Calixto, de cuyo carácter tranquilo y reservado no esperaba ninguna inconveniencia; pero no le acontecía lo propio respecto de Valeriano, en quien no se podía tener gran confianza, porque él mismo no era dueño de reprimir su ímpetu. No dudaba que, andando el tiempo, depondrían aquella injusta prevención que contra él tenían, y de que cuando le conocieran bien le querrían con el respeto y el cariño de que era digno. Prevínoles pues para la visita, pero sin atreverse á insistir sobre lo que de ellos deseaba obtener.

—Esta tarde—les dijo—espero que Mr. Saniel me venga á hacer una visita; cuando veais que llega, venid á saludarle.

—Bueno, mamá—dijo Calixto.

—Podréis marcharos cuando hayais estado con él un ratito.

—Bueno, mamá.

Y no dijeron una palabra más.

Cuando llegó Saniel todo se verificó como ella lo había encargado. Apenas hacía dos minutos que había entrado cuando aparecieron los niños; y dirigiéndose á él con la más exquisita urbanidad, pero también con tiesura, le estrecharon la mano, diciendo:

—Buenas tardes, caballero—y después de haber permanecido pocos minutos contestando con un sí ó un no cada vez que era preciso decir algo, se retiraron.

Siempre que Saniel llegaba al castillo, esta ceremonia se repetía: entraban, le saludaban y se iban.

Saniel les hablaba con dulzura y afecto, interrogándoles á propósito de sus estudios, y un día que le ocurrió ver el jardín que cuidaban, tributóles los mayores elogios por lo bien que lo tenían. En otra ocasión mostró deseos de visitar también la cochera en donde aserraban madera; fueron, en efecto, á dicho punto, y Mad. Ranson le enseñó con cierto orgullo una pila de leña que había apoyada en el muro del fondo.

Repitió entonces Saniel lo mismo que en otras ocasiones había dicho; esto es: que no creía que hubiera ejercicio más saludable que el de aserrar.

—Si yo hubiera sido un especulador—dijo en tono de broma—habría fundado una casa de salud, en que el único medio curativo fuera aserrar madera; y por

este procedimiento, al mismo tiempo que hubiera llevado á cabo curas milagrosas, hubiera hecho una buena fortuna.

—Salvo el caso de no tener un alma en la casa de salud;—replicó Valeriano un tanto irritado.

Pero una mirada de Calixto le impidió continuar.

Había manifestado Mad. Ranson el deseo de que la ceremonia del casamiento fuese lo más sencilla posible, y Saniel accedió gustoso á aquel capricho, porque en realidad no daba ya importancia á lo que en otro tiempo hubiera creído conveniente para sus intereses. Renunció, pues, sin trabajo á todo alarde de ostentación y lujo, y en su afán de mostrarse complaciente, hasta convino en que no presenciasen su boda personas de elevada jerarquía. Al casarse la vez primera todo esto le hacía falta, porque se unía á una joven pobre, sobre cuyo hermano acababa de recaer una sentencia de presidio; en su segundo enlace para nada le era útil semejante aparato, pues que la posición de los contrayentes era en alto grado distinta.

Resolvieron, por lo tanto, no invitar más que á los testigos necesarios; por parte de Saniel á dos colegas de la Academia, y por la de Mad. Ranson al tío de ésta y á uno de sus primos. Al regresar del templo almorzarían en el castillo, y después del almuerzo partirían para Creil, tomando luego el tren que les había de conducir á Inglaterra.

De buen grado hubiera prescindido Mad. Ranson de este viaje, que por la primera vez iba á separarla durante ocho días de sus hijos; pero no había podido oponerse al justo deseo de Saniel que, por más que no lo expresara claramente, hábale indicado que quería consagrarse una semana siquiera á ella, lejos de miradas importunas.

Casi tan difícil le había sido anunciar á sus hijos este viaje como el de darles la noticia de su matrimonio; porque ¿qué responder si Valeriano lloraba y gritaba como lo hizo entonces? Aún le parecía verles en la cama de Calixto, el uno en brazos del otro, buscando refugio en su fraternal amistad. Esto oprimía tan fuertemente su corazón de madre, que no sin razón temía que le faltara el valor, si ellos se oponían al viaje.

No halló, sin embargo, resistencia; y aunque le pareció descubrir alguna furtiva lágrima en sus ojos, como no se atrevía á mirarles y ellos no hablaron nada, pudo hacerse la ilusión de que aceptaban sin pena aquella separación de pocos días. Tranquila sobre este punto, no lo estaba igualmente respecto del preceptor, de quien temía que aprovechara aquella ausencia para entregarse libremente á sus gustos y caprichos, gustos y caprichos que no podía ella adivinar cuáles serían. Hízole cuantas recomendaciones creyó oportunas, y Buscail le contestó con muy buenas palabras, protestas y promesas; ¿pero qué valía todo esto en un hombre que no podía mantener las promesas que se hacía á sí mismo? Mad. Ranson creyó lo más conveniente que el programa de vida de sus hijos no sufriera alteración alguna, y él prometió que así se haría, y lo que es más, que asistiría á la lección de equitación y á los trabajos de jardinería, que ordinariamente no presenciaba.

En el templo, en la alcaldía y durante el almuerzo, Calixto y Valeriano estuvieron circunspectos como ellos solos, pero lo mismo que si guardaran una actitud forzada; con sus tíos, á quienes no conocían, estuvieron cariñosos en extremo, lo que no dejó de extrañar á su madre, que dijo para sí: «Cuando yo vuelva

les haré comprender que no necesitan buscar más afecto que el mío, que entonces será mayor, si cabe, que lo ha sido hasta aquí.»

Temía que llegara el momento de la separación, pero tampoco entonces tuvo nada que lamentar, pues sus hijos le abrazaron con cariño, sin llantos ni sollozos. Cuando asomando la cabeza por la portezuela de la berlina miró hacia el castillo, les vió de pie en la escalinata, haciéndole señas con la mano, y luego les perdió de vista.

Quedáronse ellos mudos é inmóviles durante algún tiempo; luego, Calixto tendió la mano á su hermano:

—Niño—le dijo—te has portado como un hombre.

—Si montáramos á caballo ahora, daría una trotada con mucho gusto.

Hicieron ensillar los caballos, y galoparon, seguido del *groom*, por el bosque de Halatte, hasta la caída de la tarde.

Al siguiente día por la mañana pusiéronse á asestrar á la hora acostumbrada, y aunque el preceptor había anunciado que presenciaria aquel trabajo, y aún no se había dejado ver, ellos, como dejamos dicho, comenzaron su ejercicio.

Estaban todavía con el primer madero, cuando un hombre, que parecía jardinero, se paró delante de la cochera.

—Buenos leños,—dijo;—no hay que ser holgazán para meterles mano.

No eran Calixto ni Valeriano dos señoritos de esos que creen que el contacto de un servidor les mancha, y así fué que no dejaron de contestarle.

—¿Qué decís?

—Decía que no hay que ser holgazán para estar manos á la obra tan temprano.

—¡Qué acento tan raro!—exclamó Calixto.

—El acento de mi país.

—¿Y qué país es el vuestro?

—Sahurs.

—¡Ah! ¿Y dónde está Sahurs?

—Enfrente de la Bouille, por la parte allá del agua.

—¿Sois jardinero?

—Me contrataron como peón aquí: pero ahora me han tomado para ayudante de jardinero, que es mi oficio.

—¿Cómo os llamais?

—Prentout, para serviros, si hay en qué; y si queréis, puedo serviros ahora mismo; no tengo qué hacer, y un madero como éste es poca cosa.

Y sin esperar respuesta cogió á Calixto la sierra, que se le había quedado presa en el nudo de un tronco, y, apoyándose vigorosamente en ella, la hizo pasar, y aserró el madero; aserró luego otro y otro y otro.

—¡Vaya un capricho—exclamó con acento bonachón—aserrar madera por gusto!

—No es por gusto,—respondió Valeriano:—es por nuestra salud.

—¡Por la salud! ¡Bah....., bah! En mi pueblo había un chico así, que había salido del colegio, y le mandaron que aserrara para tomar fuerzas; aserró, aserró, y se murió de aserrar. Creedme á mí: pasead por ahí con las manos en los bolsillos, ya que podéis hacerlo, y eso será mucho mejor.

Sin dejar de hablar había el hombre continuado aserrando, y en pocos minutos hizo un montón de leña, que hubieran necesitado los niños más de una hora para hacerlo igual.

Comprendían que no debían hacer caso; pero tenían

tal horror á aquella pesada faena, que, siguiendo al pie de la letra el consejo de Prentout, se fueron á pasear con las manos en los bolsillos.

Tuvo Calixto escrúpulos, pero Valeriano se negó á participar de ellos.

—¡Qué tonto eres algunas veces!—dijo enfadado á su hermano.—¿Crees tú que no es esto lo mismo que lo del ventilador? ¿Qué importa que sea ese mozo quien asierre y no nosotros?

—¿Y mamá?

—Por ella y no más que por ella me entrego á semejante faena; pero si encuentro alguien que lo haga por mí, no voy á ser tan simple que no se lo consienta..... Y dime: ¿no es verdad que ese jardinero parece un buen chico?

—¡Que si lo parece! Tendremos que darle algo al tal normando (porque es normando), ya que ha sido tan amable que se ha puesto á ayudarnos, sin que se lo hayamos pedido.

—¿Sabes qué prueba eso?

—No; dímelo.

—Que inspiramos lástima á nuestros criados.

—Pues no me hace gracia.

—Ni á mí tampoco; pero es así. Ya hacia tiempo que yo sospechaba algo, porque veía que se ocultaban para reirse cuando nos poníamos á trabajar, y que cuchicheaban y nos miraban; ahora, lo que ha hecho el normando, no me deja lugar á duda; seguramente habrá oído lo que dicen los otros criados, y, como es un pobre hombre, se le ha ocurrido ayudarnos, para que no muramos como el otro.

—Pues á mí me gustan los pobres hombres de ese género.

—Lo que no me gusta es que nos pongan en ridículo.

—¿Estás seguro de que se rien de nosotros en vez de compadecernos?

—No quiero ni me conviene que nos compadezcan, ni quiero que se burlen.

VII

VII

Tiempo habia ya que Florentino no pasaba como intruso en la taberna del Sport, pues era en ella un huésped al que se trataba, si no con grandes miramientos, por lo menos, con las consideraciones de costumbre. Solamente el jardinero jefe vivía en el castillo, donde habitaba con el primer cochero, y sus ayudantes vivían en el pueblo; pero Florentino había preferido la taberna del Sport, porque le parecía admirablemente situada para sus pesquisas. Dormía en un desván, al lado de seis trabajadores, y comía en la mesa general, lo que ayudaba mucho á sus planes y le daba cierta especie de garantía para con los gendarmes, siempre deferentes con los *Colliers senior* y *junior*, que eran generosos y no escatimaban las botellas.

Su cubierto en la mesa redonda le proporcionaba ocasiones constantes de oír cuanto se hablaba durante la comida, y de lanzar una palabra cuando lo creía oportuno, ya para llevar la conversación más allá de lo que sin su ayuda hubiera ido, ya para darle un giro que secundara sus propósitos. Jamás interrogaba á nadie; pero, escuchando con su aire indiferente y bobalicón, tenía habilidad bastante para hacer charlar cuando le parecía conveniente á personas que sin su intervención no hubieran dicho nada.

Nadie podía extrañar su presencia en la sala durante las horas de comer, porque, como hemos dicho, era un pupilo de la casa; pero como sí podía llamar la atención verle allí fuera de esas horas, había ideado el medio de justificar su prolongada estancia.

Todos sabían que trabajaba, y qué clase de trabajo hacía; así era que, manifestando el deseo naturalísimo de instruirse en el ramo á que se dedicaba, había pedido prestados al jardinero jefe algunos números de la *Revista Hortícola*, que extendía sobre la mesa, é inclinado sobre ellos, absorto al parecer en el estudio y tomando notas de vez en cuando, no perdía sílaba de cuanto en torno suyo se decía. Su estudio en aquel lugar no podía ser sospechoso, porque en su desván no había ni luz ni mesa para escribir.

Durante el día no había gente más que en el *bar* inglés, y el público se componía de *lads* y demás gentes de *sport*, que ninguna noticia podía dar á Florentino; pero por la noche concurrían al figón francés obreros y campesinos, y de éstos no dudaba que podría sacar un buen partido.

En tiempos normales probablemente se hubieran ocupado muy poco de Mad. Ranson: pero entonces, con motivo del casamiento, se oía frecuentemente pronunciar su nombre, el de los niños y el de Saniel.

Cuando Mad. Ranson fué á ocupar el castillo de Venette, todos los Ranson que tenían con su difunto marido un parentesco más ó menos lejano lo vieron con satisfacción: los pobres, porque presumían que en caso de necesidad podría ayudarles, los que estaban acomodados, porque halagaba á su vanidad ser parientes de la rica propietaria del castillo, y todos en general por un sentimiento de vaga esperanza que hace que los parientes de una persona de gran fortu-

na, sin preocuparse mucho del grado más ó menos lejano del parentesco que con ella les une, crean en la posibilidad de heredarla. Casada en segundas nupcias, ya no estaba sola; podía tener otros sucesores de su segundo marido, y en el caso posible de que murieran sus hijos mayores, aquella fortuna correspondería legalmente á los del segundo matrimonio, con perjuicio de la tribu de los Ranson, lo que naturalmente no veían éstos con calma.

Cuando los domingos ó alguna noche entre semana iban alguno de los Ranson á la taberna del Sport, no se mordían la lengua para expresar en alta voz sus opiniones sobre aquel casamiento.

Había entre ellos uno que concurría más asiduamente que los demás á la taberna á echar una copa, y, sobre todo, á hablar con los Collier.

Era un campesino viejo que, bajo un aspecto sencillo y bondadoso, ocultaba gran dosis de astucia y de socarronería que la naturaleza le había dado y los años iban aumentando considerablemente. No era rico, pero gozaba de cierto bienestar que se había procurado cultivando sus tierras, y, sobre todo, comprando por poquísimo dinero, con ayuda de los Collier, viejos caballos de carrera, averiados y estropeados, que vendía con pingües ganancias, después de haberlos tenido algún tiempo en sus prados de Nonette.

Juan Ranson, que así se llamaba, era el que más fuertes protestas hacía contra aquel matrimonio, que echaba por tierra sus planes y sus esperanzas, porque era entre los Ranson el que más firmemente confiaba en que un día le llegara una parte de la fortuna de sus sobrinos; y no lo sentía por él, que, según manifestaba, poseía lo bastante para vivir tranquilo y

no era ambicioso; lo sentía por su hijo, veterinario en París y excelente chico, á quien seguramente no estorbaría un capital.

Juan había sido el que primero afirmara que Saniel no podía ser más que un canalla, y á cada momento repetía esta palabra, como si repitiéndola aliviara su decepción y su cólera.

Florentino le oía llamar canalla, pero esto no le servía para nada; indudablemente le convenía que la opinión general fuera hostil á Saniel, para sacar partido de esta hostilidad en su día; pero lo que él deseaba era que en vez de fundarse en conversaciones de taberna se fundara en bases más sólidas, en hechos concretos. Así fué que viendo que siempre se repetía lo mismo, resolvió intervenir en las conversaciones para darles la base que, según él, les faltaba.

Era muy difícil esta intervención, porque había que llevarla á cabo sin que nadie pudiera sospecharla, pues, por una parte, no le convenía exponerse á perder su puesto en el castillo, y, por otra, tenía que procurar que jamás se supiera quién había lanzado la opinión de los enemigos de Saniel por el camino que él trataba de abrirle.

Una noche Juan Ranson, hablando con el *blacksmith*, se deshacía en improperios contra *aquel canalla de médico*; Florentino que se hallaba sentado en la misma mesa que ellos ocupaban, pero en el ángulo opuesto, y parecía absorto en su trabajo, levantó de pronto la cabeza, y dirigiéndose á un hombre que había sentado enfrente de él, le dijo á media voz, pero lo bastante fuerte para ser oído por lo demás:

— ¡Eso sí que sería una desgracia!

— ¿Y qué es lo que sería una desgracia?— preguntó su vecino.

—Lo que dice el viejo aquél: que el médico atormenta á los dos señoritos.

Y dicho esto, volvió de nuevo á tomar sus notas.

Como había supuesto, aquellas palabras no se perdieron en el espacio: á poco rato oyó que Juan Ranson las repetía corregidas y aumentadas.

—Lo que más pena me da de todo esto—gritaba—es ver á esos dos pobres niños, á esos dos sobrinos míos, siendo víctimas de ese canalla de médico.

—¿Es verdad que les hace trabajar mucho?—preguntó una voz.

—Dos niños que un día serán tan ricos que si quieren podrán comprar todo el pueblo—exclamó Juan Ranson—¡y les hace trabajar como á dos jornaleros!

—Pero, ¿qué les obliga á hacer?

—Preguntádselo al normando—dijo Collier.

—Y dirigiéndose á Florentino, exclamó:

—¡Eh!, normando, llegaos aquí.

Levantóse Florentino con visible repugnancia, y dejó abierto sobre la mesa su cuaderno de notas, como dando á entender que se alejaba por pocos momentos.

A un signo de Collier colocaron sobre la mesa, y en el lugar que había ido á ocupar, enfrente del viejo campesino, una copa con aguardiente.

—¿Tan desgraciados son mis sobrinos,—preguntó Juan,—tanto los martirizan?

—¿Quién los ha de martirizar?

—Su padrastro.

—Si tratáis de averiguar asuntos de los amos, no hablaré; porque ellos me dan de comer, y no quiero que me despidan.

—No se os pregunta nada respecto á ellos; únicamente queríamos saber si hacen trabajar á los señoritos.

—¡Ah!, lo que es eso, sí; y trabajar bien; por la mañana asierran madera durante dos horas, y á medio día trabajan otras dos en el jardín, lo que es bastante fuerte para dos chicos que no tienen las manos encallecidas. Esta mañana, sin ir más lejos, pasaba yo por delante de la cochera; y habiéndome llamado la atención el ruido de las sierras, miré, y ví á los dos niños que aserraban madera á toda prisa. ¡Lástima daba verles: jadeantes, y con los cabellos caídos sobre el rostro, bañado de sudor! Tomé entonces la sierra, y les aserré una buena pila; ¡vaya si era dura la madera y llena de nudos! ¡Casi no entraba la sierra!

—Sois un buen muchacho—dijo Juan con acento conmovido.—Vaya, otra copita, ¿eh?

—Gracias.

Después de haber vaciado su segunda copa, prosiguió Florentino de este modo:

—Lo mismo que el trabajo del jardín; para nosotros dos horas no son nada ¿verdad?; pues para ellos es mucho tiempo, y hay días en que parece que se van á morir; sobre todo, cuando riegan. Nosotros la mayor parte del riego lo hacemos con la manga; pues ellos todo su jardín lo riegan con regadera.

—¡Qué atrocidad!—exclamó Juan.

—Pues es tal como lo digo. Pasan á veces regando sus dos horas de trabajo, y da pena ver lo mojados que están cuando concluyen. Ese ejercicio no puede ser saludable: mojarse los pies y los brazos con agua tan fría como la que tenemos en Venette, y al mismo tiempo hallarse expuestos á los rayos del sol, indudablemente no es sano. He conocido hortelanos y jardineros que han adquirido así una fluxión de pecho.

—Y qué han muerto—añadió Juan.

—Ya lo creo.

Volvió Florentino á ocupar su sitio, absorbiéndose de nuevo en su trabajo; por aquella noche bastaba lo dicho; sobre todo, teniendo en cuenta el partido que de ello sacaría un viejo astuto como Juan Ranson. Haciendo acusaciones formales, no habría conseguido producir más efecto que el obtenido con aquella narración exacta de los hechos.

VIII

Cuando á la mañana siguiente fueron á la cochera Calixto y Valeriano encontraron al normando, que ya tenía aserrada una buena cantidad de leña.

Aproximóse á él Calixto y quiso darle una moneda de cinco francos, pero Florentino se negó á aceptarla, diciendo:

—No, señorito; esto no vale la pena.

—Nos daríais un verdadero placer aceptando este pequeño obsequio.

Fué, en efecto, para ellos una satisfacción ver que cinco francos representaban una cantidad respetable á los ojos del normando; habían sostenido una larga discusión á propósito de la suma que habían de darle, consiguiendo difícilmente ponerse de acuerdo. Valeriano proponía que fueran veinte francos; Calixto opinaba que se le debían dar cinco, y aún le parecía demasiado; esta diversidad de opiniones fué causa de un disgusto, porque Valeriano acusaba á su hermano mayor de avaricia, y éste reñía al menor por sus tendencias á la prodigalidad.

—Tú te arruinarás—decía Calixto.

—Y tú eres un avaro, un viejo—replicaba Valeriano.—Entre nosotros hay cien años de diferencia.

Tocaba aquél día á Valeriano dirigir los trabajos de jardinería; pero como la sequía continuaba, el ejercicio de regar, que era el que tenían que hacer, era igualmente duro para el uno y para el otro. La alberca de donde sacaban el agua no estaba cerca de los cuadros de flores ni de los de hortalizas, y así acontecía que al cabo de algunos viajes las regaderas empezaban á hacérseles pesadas.

Apenas habían empezado su trabajo, cuando llegó el normando á sacar agua de la alberca.

—¿Qué tal si yo ayudara un poco?—les preguntó.

Y sin aguardar respuesta, cogió las regaderas que tenía Valeriano, las llenó de agua y las llevó al cuadro que tenían que regar.

—Mientras las vaciais—dijo—llenaré las del señorito Calixto y las traeré aquí.

La parte más penosa del trabajo era llenar las regaderas y llevarlas llenas hasta el sitio en que habían de regar, porque vaciarlas podía servir de hasta entretenimiento.

Calixto y Valeriano admiraban al normando, que hacía como jugando aquella operación tan penosa para ellos, y venía luego corriendo por la avenida descalzo, con el pantalón arremangado hasta las rodillas, las mangas de la camisa hasta los codos, y como si en las manos no trajese peso alguno.

Generalmente, al concluir de regar, subían á toda prisa á sus habitaciones para cambiarse la ropa, que llevaban mojada de arriba abajo; pero aquel día apenas se habían mojado, porque cuando se bañaban completamente era al sacar el agua de la alberca.

—Sería muy bueno—dijo Valeriano—tener siempre al lado el normando; pero me figuro que el efecto de los cinco francos no durará mucho tiempo.

—¡Se repetirá! Si tú crees que no me atrevo á gastar cinco francos, te equivocas de medio á medio, pequeño; lo que yo no quiero es arrojarlos inútilmente á las gentes por el solo placer de hacerlo, lo que, á decir verdad, no es un placer para mí.

—Para mí lo es.

—Ya ves como papá tenía razón al creer que no eras capaz de defender tu fortuna; pero, á Dios gracias, estoy aquí yo para impedirte que hagas locuras.

Haciendo una vida tan reglamentada como la que ellos hacían, nada más fácil que saber á qué hora iban á paseo y por donde pasearían. Cuando llegaban al bosque vagaban por él á su gusto, pero á la ida como al regreso seguían siempre el mismo camino. Por él iban á caballo, dando el paseo que acostumbraban á dar por la tarde, cuando vieron venir hacia ellos, andando despacio y con la azada al hombro, un viejo campesino, en quien no tardaron en reconocer á su tío Juan Ranson.

—¡Qué fastidio!—exclamó Valeriano.—Nos va á detener.

En efecto: siempre que Juan les encontraba les detenía y les hablaba con un acento dulce y afectuoso, que ellos no se explicaban en un hombre con quien no tenían más trato ni más relaciones que aquellos encuentros fortuitos.

Al mismo tiempo dirigieron ambos hermanos miradas á derecha é izquierda á ver si hallaban medio de escapar, pero no había camino alguno por donde hacerlo; no les quedaba otro recurso que volver grupas, y aun esto se lo impidió su tío que, llegando apresuradamente y quitándose el sombrero, les dijo:

—Buenas tardes.

Cubrióse después y se acercó á darles la mano,

presentándole dos dedos de la derecha, y teniendo doblados los demás; que tal era, en efecto, su modo de dar la mano, como si temiera comprometerse demasiado dándola como todo el mundo.

—¿Cómo va de salud?—preguntóles—¿siempre bien? ¡Vamos, tanto mejor! ¿Y mamá, buena también? ¡Vamos, tanto mejor! ¿Damos nuestro paseo, eh? ¡Vamos, tanto mejor!

—¿Vos, tío, cómo estais?—preguntó Calixto.

—Se vive; sin los dolores andaríamos bien; pero, ¡qué queréis! Eso traen la edad y el trabajo. ¡Ah! Cuando se puede, se debe trabajar poco; y esto lo digo por vuestro bien, porque se dicen por ahí ciertas cosas..... ¿Es verdad que os hacen aserrar madera y os hacen regar durante horas y horas?

—Es por nuestra salud—dijo Calixto algo picado.

—¡Por vuestra salud! ¿Pero es posible? ¡Vaya, se ve que quien os ha aconsejado eso quiere heredaros!

Al decir esto dió á su cara aspecto de conmiseración profunda.

—Escuchad, sobrinos míos—repuso luego—el consejo de un campesino viejo, que no ha estudiado nunca, pero que sabe por experiencia lo que es el trabajo: sabed que éste es la muerte del hombre. ¿Creéis que si yo no hubiera trabajado tanto estaría tan viejo y tan encorvado como me veis? Pues yo soy un campesino avezado á las fatigas desde que vine al mundo, y no criado con las comodidades y el mimo que hasta aquí tuvisteis vosotros. ¡Ah! pero estoy seguro que ahora que tenéis por padrastro un gran médico, éste no permitirá que os matéis trabajando.

—Ha sido precisamente él quien nos lo ha mandado—replicó Valeriano impaciente.

Levantó Juan los brazos hacia el cielo para demos-

trar su asombro y su estupefacción, pero en seguida una mirada maliciosa salió de sus ojillos grises, y en sus labios apareció una sonrisa:

—¡Comprendo!—exclamó.—Cuando os mandó eso no era aún vuestro padrastro, y, por lo tanto, dió un plan como otro cualquiera, porque algo han de mandar los médicos para ganar el dinero; luego que el enfermo cure ó se muera no es punto que les inquieta. ¡Pero ahora, ahora que es vuestro padrastro, el marido de vuestra madre, pensad qué historia si os aconteciera una desgracia! ¿Qué se diría en todo el país, en donde ya encuentran una cosa del otro jueves el que os hagan trabajar en oficios que no son los que corresponden á jóvenes de vuestra clase? Porque eso les parece extraño, sabéis, y debéis advertírselo, diciéndole que así os lo ha dicho vuestro tío Juan. Podéis nombrarme, porque yo no le temo á nadie; y si alguna vez tenéis necesidad de alguna persona, me encontraréis siempre dispuesto; no olvidéis que soy de la familia, y que vuestro difunto padre y yo siempre nos quisimos mucho.

Parecía que evocar aquel recuerdo le causara una emoción profunda, y de repente, sacudiendo la cabeza, tendióles, como de costumbre, los dos dedos:

—Os entretengo demasiado,—dijo;—ya hemos hablado bastante: continuad vuestro paseo; y si llegara ocasión en que necesitárais de un pariente cariñoso, aquí tenéis á tío Juan, no lo olvidéis.

Alejóse pausadamente y sin volver la cabeza, pero riendo solapadamente y diciendo para su coleteo:

—Ya están prevenidos mis sobrinitos; y si su poca edad no les ha permitido pensar que su padrastro podía heredarles, ya saben que puede suceder.

Mientras que él volvía al pueblo, Calixto y Vale-

momento decisivo, y así fué que, armándose de valor, clavó en él sus ojos durante un instante, volviendo luego á ocuparse tranquilamente en su trabajo.

Saniel le detuvo con un gesto.

—¿Cómo os llamáis?—le preguntó.

Entonces ó nunca era la ocasión en que debía hacer verdaderos prodigios de acento normando, pero con la mayor cautela, para no caer en la exageración y echarlo todo á perder.

—Antonio Prentout, señor—respondió éste.

El sonido de aquella voz llamó la atención de Saniel.

—¿De dónde sois?—preguntó.

—De Sahurs.

—¿Dónde está ese pueblo?

—A cinco leguas de Rouen.

Saniel no había dejado un solo momento de mirarle durante este interrogatorio, y Florentino hacía grandes esfuerzos para conservar ante aquella mirada su aspecto plácido y bonachón. Dábale valor, sin embargo, la visible turbación de su excuñado, cuyos ojos había momentos en que, más bien que mirar á un hombre, parecía que contemplaban un espectro.

No cabía duda: un supersticioso terror se había apoderado de él, y así era que aquella situación, terrible para Florentino, porque muy bien podía hacerle volver al presidio de donde se había evadido, lejos de intimidarle, le causaba el placer que un triunfo proporciona. Sentía la satisfacción de haber hecho en un instante á Saniel lanzar una mirada retrospectiva, y caer de nuevo bajo el dominio de sus angustias y sus terrores de asesino.

La pregunta que aquél le dirigió inmediatamente afirmó más esta creencia.

—¿Cuánto tiempo hace que tuvisteis las viruelas?

A todas luces pretendía justificar aquel interrogatorio, haciendo aparecer que era el interés de médico quien lo inspiraba.

—Cuatro años—respondió Florentino.

—¿Dónde os curaron?

—En mi pueblo.

—¿Cuánto tiempo hace que estais aquí?

A esta pregunta respondió la verdad, diciendo que había sido primero peón y después ayudante del jardinero.

¿Qué consecuencias tendría aquel encuentro? Hé aquí la pregunta que preocupó á Florentino todo aquel día. ¿Habría adquirido Saniel la certeza, ó le habría impresionado solamente el parecido que existía entre la fisonomía del normando y la de Florentino?

No tuvo que esperar mucho tiempo, pues aquella misma noche el jardinero jefe le dijo que Mad. Saniel había pedido antecedentes suyos, y era necesario que presentara sus documentos. Florentino había previsto el caso.

—Los pediré,—dijo,—pero tardarán unos días en llegar.

Escribió aquella misma noche á Filis para que ésta partiera inmediatamente para Sahurs, con el fin de averiguar el paradero exacto de Antonio Prentout, que debía estar ejerciendo de jardinero en los alrededores de París; añadía que del éxito de este paso dependían su vida y su libertad.

Dos días después supo que Prentout estaba de jardinero en una casa particular en Villiers-sur-Marne y al siguiente, que era Domingo, aprovechando la huelga, partió para Villiers.

Difícil era la negociación que tenía que entablar,

porque se trataba nada menos que de obtener del verdadero Antonio Prentout los documentos necesarios para justificar la identidad de un Antonio Prentout falso.

Para obtener esto contaba Florentino con la amistad que había unido á ambos hermanos, invocando esta amistad en favor del último amigo, del último compañero del muerto; del que después de dividir con él los peligros había arrostrado otros para llevar el último adiós á la familia de aquél.

Llegó á Villiers á las tres de la tarde, y no pudo partir hasta las siete; tuvo que emplear aquellas cuatro horas en convencer á Antonio, pues, aunque éste celebrara la ocasión de hacer un servicio al amigo, al compañero de su desdichado hermano, temía comprometerse, y á todas las objeciones respondía invariablemente:

—¡Ya comprenderéis que cuando ha ocurrido una desgracia en en una familia!...

Después de una larga discusión en que Florentino empleó todos los medios persuasivos de que disponía para conseguir su objeto, acabó por recoger algunos papeles, que tuvo que conquistar uno por uno.

Aunque ya tenía en su poder los documentos no quiso entregarlos en seguida, por no dar que sospechar manifestando premura, y esperó á que de nuevo se los pidieran.

—Todavía no los he recibido,—dijo con su acento normando;—no se apresuran á mandarlos, porque como en el pueblo no tienen prisa, creen que á todos nos pasa lo mismo.

Sin embargo, aquel día, después de la llegada del correo, los entregó, como si acabara de recibirlos.

575

XI

El sentimiento de terror que Saniel había experimentado cuando su mirada se cruzó con la de Florentino, no pasó inadvertido para éste, que comprendía perfectamente lo que en aquellos instantes debía pasar en el alma de su excuñado.

Comprendía que Saniel había creído ver surgir de repente un fantasma amenazador, del mismo modo que nueve años antes, durante aquellas noches de febril delirio, creyó ver ante sus ojos los fantasmas de Caffé y Mad. Dammauville, que su remordimiento evocaba.

La sorpresa le había hecho creer por un instante una verdadera locura: Florentino había muerto; Filis llevaba el luto, ¿cómo, pues, era posible que aquel jardinero fuese Florentino?

Indudablemente había sido juguete de una alucinación, motivada por aquella casual semejanza, y aun podía ser que el parecido no fuera tanto como se lo había hecho creer su imaginación más bien que sus recuerdos.

Al mismo tiempo que le interrogaba hacía grandes esfuerzos para recordar la fisonomía de Florentino, pero la memoria no le ayudaba. La primera vez que le vió fué el día en que al partir para Mónaco se despidió de Filis, pero no había fijado la atención en aquel joven de elevada estatura y barba rubia y rizada que se hallaba presente.

La segunda vez fué en la Audiencia, cuando estaba sentado en el banquillo de los acusados; pero la si-

gó la noche, y con ella se extendió el silencio por el campo.

A las ocho propuso Valeriano salir á caballo al encuentro de los viajeros, pero Calixto se negó á ello.

—Entonces iré yo solo—dijo Valeriano.

—¿Crees tú—replicó Calixto deteniéndole—que es conveniente demostrar que no estamos de acuerdo en todo?

En aquel momento llegó un criado á preguntarles si iban á comer y contestaron que esperarían todavía un poco.

Por último, á las nueve se oyó la campana del portero; y cuando el *landau* que conducía á los recién casados se detenía delante de la gradería, Calixto y Valeriano no se precipitaron hacia el coche, como tenían por costumbre hacer cuando por casualidad su madre se retiraba sola, sino que esperaron en lo alto de la escalinata, inmóviles, uno junto al otro.

Así, sucedió que ella fué quien corrió hacia ellos y no ellos hacia ella.

Cuando cambiaron los primeros abrazos y los primeros besos entraron en el vestíbulo, y Mad. Ranson mandó á un criado que le trajera dos estuches de cuero que había en el carruaje.

—Aquí tenéis los recuerdos que os traigo—dijo á sus hijos.

Abrieron éstos inmediatamente los estuches, y al ver lo que contenían exclamaron:

—¡Una escopeta!

—Queríais exterminar los conejos.

—¡Ya verás!—exclamó Valeriano.

Eran las escopetas dos armas excelentes, que hubieran causado admiración á verdaderos cazadores.

—Mr. Saniel las ha escogido para vosotros—dijo

ella, queriendo hacer también á su marido participe en el regalo.

Los niños, que en aquel momento se disponían á probar las llaves de las escopetas, detuviéronse al oír esto, y casi al mismo tiempo, como si fuera cosa convenida, colocaron las armas en sus estuches.

Tan marcado fué aquel movimiento, que su madre sintió oprimírsele el corazón, porque claramente demostraba que la repulsión que hacia Saniel sentían era tan grande, que la sola noticia de haber él escogido aquellas armas había bastado para aniquilar el placer que un minuto antes manifestaban.

Pasaron al comedor, y al ver cuatro cubiertos en la mesa exclamó Mad. Ranson con cariñoso acento:

—¡Cómo! ¿no habéis comido aún por esperarnos?

—No hemos creído que hubiera mal en ello—contestó Calixto.

—Es una atención que vuestra madre y yo os agradecemos mucho—dijo Saniel.

Entonces explicó la causa del retraso, que había sido una avería en la máquina del vapor, avería que les había obligado á estar detenidos tres horas en alta mar, sacudidos por las olas.

—¿Te pusiste mala?—preguntaron á su madre con el mayor interés.

—No; Mr. Saniel fué quien se mareó un poco.

Al oír esto se echaron á reír; indudablemente les hacía gracia pensar en la figura que haría Saniel mareado. Después se miraron, como si tuvieran algo que reprocharse mutuamente; en efecto: durante aquel día no habían cesado de pensar con temor en si su madre sufriría el mareo, y ¡luego resultaba que el mareado había sido él!

Como habían cenado más tarde, se recogieron más

tarde también; pero á pesar de esto, al siguiente día se levantaron antes que de costumbre.

—¿Te vas á levantar?—preguntó Valeriano, sintiendo que su hermano saltaba del lecho.

—Sí.

—Bueno, pues yo también.

A pesar de aquella prisa, no se apresuraron á vestirse, sino que, por el contrario, se entretuvieron durante largo rato en extrañas operaciones.

Valeriano quiso desarmar la cerradura de un armario para engrasarla, porque crujía, y Calixto se puso á vaciar uno tras otro los cajones de una cómoda.

—¿Qué buscas?—le preguntó Valeriano.

—Una cosa—respondió Calixto.

Y no dijo más; de modo que le fué imposible á su hermano averiguar qué era lo que con tanto cuidado buscaba.

Parecía que ambos estaban muy ocupados; pero, observándoles detenidamente, hubiera sido fácil comprender que sólo querían pasar el tiempo de algún modo.

—¿Vas á acabar pronto?—preguntó Valeriano de repente.

—¡Cállate!

—Tú eres quien debe callar, porque no se entiende uno con el estrépito que mueves.

—¿Que yo armo estrépito? ¡Es lo que me quedaba que oír!

Callaron al mismo tiempo, como si por encima de todo les agitara algún pensamiento secreto.

Llegó por fin la hora en que generalmente bajaban de sus habitaciones, pero aquel día pasó sin los acostumbrados gritos.

—¡Por tí llegaremos tarde!

—¡No, que es por tí!

Por último, al cabo de un rato, Valeriano fué en busca de su hermano, á quien halló tan adelantado en vestirse como él.

—¿No te has vestido aún?—le dijo.

—¿Y tú?

Miráronse, y al mismo tiempo una lágrima se desprendió dé sus ojos.

—¿Era para esperarla por lo que te entretenías en revolver la cómoda?

—Como tú en poner aceite á la cerradura.

—Sí; y para oírla cuando viniese no querías que yo hiciera ruido.

—Es la primera vez que deja de venir á peinarnos.

Quedaron contemplándose tristemente, y, después de una breve pausa, Calixto repuso:

—No habrá podido.

—En fin, ya es inútil escuchar, porque no ha de venir.

Fuése Valeriano á su cuarto, y Calixto se quedó en el suyo, reflexionando durante algunos instantes, al cabo de los cuales gritó dirigiéndose á su hermano:

—¡Ponte el traje de montar!

—¿A dónde quieres ir?

—A Senlis; se me ha ocurrido una idea.

En muy poco rato se hallaron vestidos y calzados.

—¿Qué idea te ha ocurrido?—preguntó Valeriano.

—Por el camino te lo comunicaré: y si te gusta, harás lo que yo; si no te gusta, harás lo que te parezca.

Cuando regresaron de Senlis les dijeron que su madre había preguntado por ellos repetidas veces, y que había encargado les dijese que subieran á sus habitaciones, adonde les esperaba.

—¿Dónde está Mr. Saniel?—preguntaron.

—Acaba de salir para París.

Subieron muy despacio por la ancha escalera, y cuando llegaron delante de la puerta de las habitaciones de su madre quedáronse parados y mirándose.

—¿Quieres que entre yo primero?—preguntó Valeriano en voz baja.

—¿Por qué has de entrar tú delante, si la idea es mía?

—Creía.....

—Nada: ni tú ni yo entraremos delante, sino juntos.

Entraron cogidos de las manos, y su madre que al oírles se había levantado para salir á su encuentro, se detuvo estupefacta y lanzó un grito.

—Habíanse quitado el sombrero, y, al descubrirse, aparecieron sus cabellos cortados á punta de tijera.

—¡Qué habéis hecho!—exclamó su madre.

Hubo un momento de silencio, durante el cual cambiaron una mirada los dos hermanos para ver cuál de ellos tomaría la palabra. Tomóla Calixto:

—Como tú no nos puede ya peinar.....—dijo.

—Hemos creído.....—prosiguió Valeriano.

—Que no valía la pena de conservar largo el cabello—repuso Calixto.

—Mr. Saniel quería hacérmelo cortar—añadió Valeriano;—ahora estará contento.

X

Después de haber envuelto en sus proyectos á la tribu de los Ranson, Florentino no tenía que hacer más que esperar la marcha de los acontecimientos.

No creía firmemente que los trabajos á que sujetaban á los niños pudieran causarles la muerte; pero le convenía difundir aquella creencia, que los Ranson se encargarían de propagar, y acabaría por envolver á Saniel, persuadiendo á todo el mundo de que éste era el verdugo de sus hijastros. Más tarde, cuando fuera necesario, no tendría que invocar el testimonio de nadie, porque cada cuál ofrecería el suyo espontáneamente.

¿Cuándo llegaría ese momento? Hé aquí lo que él no podía precisar, pero tenía la persuasión de que llegaría, porque abrigaba el convencimiento de que Saniel no se había casado con la viuda más que para heredarla, después que ella hubiera heredado á sus hijos.

¿No era fácil, en efecto, para un médico hacer que aquellos niños, que ciegameente abandonaban á sus cuidados, muriesen de muerte natural?

Con este fin, indudablemente, les hacía ejecutar aquellos trabajos manuales, prescritos antes del matrimonio, pero previsto ya éste y para que más tarde produjeran sus efectos.

Si hubiera tenido dudas respecto de este punto, lo que había sabido del matrimonio de Mad. Ranson se las habría disipado. Cuando por las noches en la taberna del Sport, acababa el viejo Juan Ranson de decir cuanto se le ocurría contra *ese canalla de médico*, empezaba otra diatriba contra *ese otro canalla de notario*, los dos cómplices como les llamaba. De aquí había sacado Florentino el convencimiento de que para Saniel aquel casamiento había sido solamente un negocio; y como un hombre de tal temple no debía hacer las cosas á medias, era de suponer que tuviera la intención de suprimir aquellos dos niños, que

le quitaban la mitad de una fortuna, á la cual tenía derecho.

El plan estaba admirablemente combinado, y parecía que había de llegar á su fin sin tropezar en obstáculos ni en peligros; mas para que tuviese éxito era necesario que nadie hubiera conocido el juego ni tuviera interés en impedirlo, y como él, que lo conocía, proponíase ser el testigo interesado, con el cual no contaba Saniel, era probable que nunca sospechara su existencia.

Para ser éste testigo tenía que continuar de jardinero en el castillo, en lo que veía una dificultad que le preocupaba no poco.

Cuando se presentó como peón le aceptaron sin hacer indagaciones, porque en aquél género de trabajo solamente se exigía fuerza y robustez; pero al ser admitido como ayudante de jardinero el asunto no se había presentado tan llano, y si había podido conservar el puesto había sido trabajando asiduamente y demostrando en las faenas su capacidad para el oficio. No había tenido que entenderse hasta entonces más que con el jardinero jefe; pero ¿qué ocurriría el día en que la casualidad le colocara delante de Saniel? ¿Le reconocería éste?

Cuando pensó entrar á formar parte de la dependencia del castillo tomó el nombre de Antonio Prentout, el hermano de su compañero de evasión, empleando cuando le parecía oportuno las palabras que sabía de dialecto normando, y afectando el acento de los naturales de este país, se había transformado en el normando que ya conocemos; de este modo pensaba conjurar el peligro de un reconocimiento. ¿Lo había conseguido? Frecuentemente se hacía esta pregunta, pues harto bien comprendía que cuatro palabras

de un dialecto mezcladas en la conversación, más bien le daban cierto sabor teatral que no el carácter regional de que él quería revestirla.

¿Qué le ocurriría si en vez de tener que habérselas con campesinos de la isla de Francia, que no podían distinguir lo auténtico de lo falso, tuviera que sostener una conversación con un verdadero normando de los alrededores de Rouen?

Afortunadamente, Saniel era auvernés, y madame Ranson meridional; esta consideración le había inclinado á hacer el papel de normando, porque calculaba que ni el uno ni la otra podrían ser jueces competentes en la materia.

Cuando Saniel regresó de Inglaterra, Florentino, comprendiendo que de un momento á otro podía hallarle frente á frente, procuró estar siempre en guardia, con el fin de no dejarse sorprender. Cuando le veía venir por los jardines, en vez de evitar su encuentro, se limitaba á fingir que trabajaba con mucha atención, ó volvía la cabeza hacia otro lado con la mayor naturalidad posible; sobre todo, procuraba que nunca se encontrase con la suya la mirada de Saniel.

Durante algunos días consiguió su propósito; pero una mañana que Mad. Saniel paseaba con su marido, antes que éste partiera para París, detuviéronse ambos junto al sitio en que Florentino simulaba hallarse completamente abstraído en su trabajo.

—¿Cómo llaman á esas plantas?—preguntó ella.

No había más remedio que responder y levantar la cabeza, lo que él hizo con la mayor naturalidad, y sin que revelara su voz la emoción que en aquel momento le embargaba.

Aunque se dirigió á la señora sin mirar á su marido, sintió que la mirada de éste se fijaba en él; era el

tuación en que se hallaba él mismo no le permitía ocuparse con atención más que de aquello que personalmente le atañía.

En Batignolles, como en el Palacio de Justicia, había visto un joven de elevada estatura, con barba y cabello largos, y aspecto tímido, que, balbuciente y triste, no levantaba la vista del suelo; ahora, por el contrario, se hallaba delante de un mocetón pálido, con el cabello corto, el aire resuelto, la mirada dura y el aspecto de campesino, sencillote y descarado al mismo tiempo.

Y sin embargo, entre aquellos dos tipos, tan semejantes cuando se les comparaba, existían sin duda puntos de contacto que le habían hecho estremecer.

Como en tan grave asunto era conveniente profundizar hasta cerciorarse de la verdad, había hecho inmediatamente que el jardinero jefe exigiese los documentos al normando, y al mismo tiempo pedía él informaciones en París en el ministerio del ramo, para saber qué había sido de Florentino.

De este modo pudo convencerse de que Antonio Prentout era un campesino de los alrededores de Rouen, como lo atestiguaban sus papeles, y de que Florentino Cormier había muerto en la Nueva Caledonia, como Filis había dicho.

Sin embargo tan violenta había sido su emoción, que á pesar de haberse cerciorado de que el jardinero no era ni podía ser más que un campesino normando, evocado el recuerdo de Florentino, no le fué posible alejarlo de su memoria como lo hubiera deseado, y comprendió de que al asegurar á Filis que para él habían concluído los tormentos morales y que se hallaba tan tranquila su conciencia como antes de que la fatalidad le pusiera á Caffié en su camino, se había engañado cruelmente.

Al asegurar que había pagado su deuda y que la calma había vuelto á su conciencia hablaba sinceramente, porque así lo creía; mas la aparición de la imagen de Florentino le había demostrado su error, se lo había hecho ver palpablemente; porque evocando el pasado, poniéndolo ante los ojos de su conciencia, como si de un soplo hubiera hecho desaparecer los diez años transcurridos. Saniel se encontraba lo mismo que si en aquellos momentos tuviera frente á frente á Caffié, á Mad. Dammauville y al mismo Florentino.

¿Iba á recaer en los terrores de antaño? ¿Iba á empezar de nuevo aquél período de temores y de angustias porque diez años antes atravesara?

Pasó algunos días terribles, exasperado porque se consideraba débil para sobreponerse incapaz de ser dueño de sí mismo; después, á fuerza de repetirse que aquel campesino no podía ser Florentino, á fuerza de examinarle para convencerse de que aquella semejanza que tan profundamente le había impresionado no existía, se fué tranquilizando poco á poco. Había acabado por persuadirse de que si bien Prentout tenía próximamente la misma edad y la misma estatura que Florentino, no había entre ambos otro punto de semejanza.

Y aunque Prentout fuera Florentino (lo que era absurdo á todas luces), ¿podría evitar que muy pronto se cumpliera el plazo de diez años, con el fin del cual había de llegar la prescripción? ¿Anularía lo que durante esos diez años, había él hecho día por día para pagar la deuda que había contraído con la muerte de Caffié y de Mad. Dammauville?

Desde el momento que aseguró á Filis que vivía perfectamente tranquilo, ¿había motivo para que una alucinación viniera á turbar su tranquilidad?

El solo efecto que podía producirle esta alucinación era probarle que aún no había pagado su deuda, lo que no debía molestarle ni inspirarle temor, porque al fin él redimiría su culpa.

No se había casado Saniel para hacer economías con la fortuna de su mujer; al contrario: pensaba disfrutar de ella, y hacer que le ayudara á realizar sus sueños de ambición, porque esta ambición tenía miras mucho más elevadas, que la del interés personal. Quería llegar á ser grande y poderoso, más poderoso que todos aquellos que le envidiaban: pero este poder y esta gloria sólo los quería para ponerlos al servicio de la humanidad.

¿Qué podían pesar Caffié, Mad. Dammauville y Florentino en las prodigiosas alturas adonde le llevaría su vuelo?

Hasta entonces las necesidades de su carrera le habían tenido paralizado, porque le ocupaban hasta el extremo de que, por muy pocas horas que dedicara á las necesidades de la vida, siempre le faltaba tiempo para ocuparse de sus trabajos personales, es decir: de sus estudios, sus artículos y sus libros; que habían de ser la base sobre que se levantarán su reputación y su influencia. El servicio del hospital, las visitas á domicilio, la escuela, las consultas en su casa y las que tenía con sus colegas, la Academia, las Sociedades científicas, las de beneficencia y, por último, su larga correspondencia, eran quehaceres más que suficientes para que el tiempo le pareciera siempre escaso.

Entonces el aspecto de su vida cambiaba por completo. No teniendo que preocuparse de las necesidades de la vida material, pensaba abandonar todo aquello que no le ayudara á extender su importancia y su influencia.

Pensaba dejar las visitas; suprimir las consultas en su casa, y no asistir más que á aquellas para que le llamaran sus colegas de París, de provincias ó del extranjero.

También hubiera querido ir á establecerse en París inmediatamente después del casamiento; pero su mujer le había expresado el deseo de continuar por algún tiempo en el castillo, en donde sus hijos se encontraban mucho mejor que en cualquier *hôtel* de París, por bueno que el *hôtel* fuera, á lo que había accedido.

No le parecía bien llevar á París á Calixto y Valeriano, después de haberles aconsejado que vivieran en el campo.

Por otra parte su interés personal le aconsejaba continuar en Venette todo el tiempo posible.

Entre las consideraciones que Héline le había expuesto para decidirle á aceptar aquel casamiento, las referentes al importante papel que podía desempeñar en la política del país, había sido de las más convincentes. ¿Por qué no había de llegar á ser diputado, senador, ministro? Su ambición se hallaba dispuesta siempre á abrazar cualquier partido, con tal que le halagase. No era París sitio en que podía trabajar el terreno para las elecciones, sino Venette, adónde pensaba hacerse de relaciones y crearse cierta influencia en el distrito, á fin de poder contar luego, en el momento preciso, con el apoyo que le era necesario para conseguir su deseo.

Aunque jamás se había ocupado de política, sabía que una candidatura no se improvisa, sino que es necesario ir la preparando de antemano. Púsose, pues, en manos de Héline, que conocía el asunto, conocía el distrito, porque no era la primera vez que se ocupaba

en trabajos electorales, y se dispuso á seguir la línea de conducta que aquél le trazara, seguro de que yendo por ella seguiría el mejor camino.

—Créeme—le había dicho el notario:—la diputación provincial es poca cosa para tí, yo quería verte ya en el Congreso ó en el Senado; pero hay que empezar por el principio, porque me parece que lo más conveniente es un exordio modesto que no dé pábulo á la murmuración ni provoque celos ni envidias. Por el contrario, inspirará simpatía el hombre que reuniendo tus condiciones, se contenta con tan poco. Serás diputado provincial, pero no cruzándote de brazos para esperar á que los electores vengán á buscarte, porque esos tiempos ya pasaron. Como estás recién llegado á este país y careces de relaciones, es necesario que sin perder tiempo te las crees entre aquellas personas que gozan de alguna influencia, como es asimismo indispensable que te hagas popular; en una palabra: debes obrar de manera que consigas atraer los electores que han de ir á la cabeza y los que han de ir á la cola; los del centro vendrán después. Para conseguir esto, hé aquí lo que debes hacer: á los electores jefes digámoslo así, les invitarás á una gran comida todos los domingos, haciendo estas invitaciones por series. Yo buscaré razones aceptables para justificar estos convites, y te daré también los nombres de los invitados. A los otros les debes dar de comer todos los días, pero para esto no hay necesidad de hacer invitaciones nominales; basta que sepan que diariamente, á una hora dada, reparte el portero del castillo una libra de pan y diez céntimos por cabeza á todos los que se presenten. Probablemente esto te costará quince ó veinte francos diarios durante los meses de invierno en que el trabajo falte, pero ya

verás los resultados que te ha de traer. Antes de vuestro casamiento repartía tu mujer más dinero que el que te digo; así es que como tu generosidad le permitirá reducir un tanto sus limosnas, porque con frecuencia ocurriría que ambos socorrierais á la misma persona, el gasto vendrá á ser el mismo, pero los efectos serán completamente diversos; ya lo verás.

La ejecución de este programa exigía la estancia de Saniel en el castillo; y como, por otra parte, para atender á las funciones que no habían querido abandonar, tenía que ir á París casi diariamente, dividía el tiempo entre París y Venette.

Como había adquirido la costumbre de leer y escribir en coche, y, además poseía la preciosa cualidad de hallarse siempre en disposición de trabajar, lo verificaba en el vagón como hubiera podido hacerlo en su despacho, sin esfuerzo alguno de imaginación, absorto en el asunto de que se ocupaba, y ciego y sordo para todo lo que no era su trabajo.

Si por la noche estaba desocupado volvía á Venette, y si no lo estaba dormía en París, sin quejarse nunca de sus frecuentes viajes, así como su mujer tampoco se quejaba de sus ausencias frecuentes; ausencias y viajes eran la consecuencia del género de vida adoptado por ambos, y tenían demasiado interés en continuarla, tanto la madre como el candidato, para quejarse en alta voz de los inconvenientes ó molestias que en ella hubiera.

Pero si aquella vida presentaba modestias é inconvenientes, también ofrecía goces á que Saniel no era indiferente. Criado en el campo, el campo le gustaba, pero no para admirar hermosos horizontes y efectos de luz, ni para gustar toda la poesía que se desprende de un paisaje de esos que hacen efecto á aquellas per-

sonas á quienes la educación artística ha desarrollado el sentimiento de lo bello, pues nada de esto comprendía él; le gustaba el campo como gusta en general al campesino, cuando los árboles son frondosos y la cosecha promete. Además, el olor de la tierra, los trigos de segar, el heno seco y todo aquello, en fin, que recuerda el trabajo del hombre para ayudar á la naturaleza, dábale cierto placer y le recordaba su juventud.

Durante más de veinte años casi no había salido de París, y cuando bajaba del coche y se hallaba en pleno campo, animábase su rostro, aspiraba con placer el aire puro, y, al mismo tiempo que sentía un gran bienestar, solía exclamar:

—¡Qué grato ambiente!

Cuando se le encontraba paseando en el jardín ó en el parque, casi siempre llevaba en la boca alguna hoja, que mascujaba con satisfacción.

Aquella existencia nueva, al lado de una mujer inteligente y dulce, en un ambiente tranquilo y rodeado del bienestar que la fortuna proporciona; aquella existencia tan distinta de la que durante los años de lucha había arrastrado en medio de su aislamiento, le hubiera satisfecho plenamente si sus hijastros le hubiesen consagrado el cariño que creía tener el derecho de exigirles. Pero por esta parte no había hallado más sentimiento que una repulsión invencible, una repulsión cuyo origen no comprendía, y que por mucho que la disimularan no era menos grande, ni menos real. Comprendía que era muy natural que les causara cierta pena el matrimonio de su madre; ¿pero no tenían ya suficiente edad y bastante criterio para no persistir inútilmente en aquellos celos infantiles?

XII

Después de haber sostenido Calixto y Valeriano largas discusiones sobre lo que debían hacer, acabaron por resolver que no harían nada.

—Paréceme tan monstruoso admitir lo que nos ha insinuado tío Juan que no puedo aceptarlo.

—Tampoco yo; y sin embargo, creo que nosotros no debemos figurarnos que somos más listos que todo el mundo. Por lo que nos han dicho tío Juan y el normando, sabemos lo que todo el mundo cree; ahora bien, ¿quién tiene razón?

—Tío Juan no me inspira confianza.

—A mí tampoco.

—El casamiento de nuestra madre le ha puesto furioso.

—Pero el normando no tiene razones para que le ponga furioso el matrimonio de nuestra madre.

—Eso no es más que un eco.

—Una razón más para hacer caso de lo que diga, puesto que es el eco de todo el mundo.

—Es que todo ese mundo se compone solamente de unos cuantos campesinos.

—¿Y crees tú que esos campesinos no son listos para cosas de intereses y asuntos de herencias, y que no saben más que nosotros...., que no sabemos nada?

—Quizá sean demasiado listos en esta ocasión, porque la verdad es que yo no sé que jamás hayan matado á jóvenes de nuestra edad haciéndoles trabajar...

—Se les cansa, al menos; cansándolos, se les expone á que cojan una enfermedad; la enfermedad, na-

turalmente, les expone á que mueran, y esto puede ocurrir más fácilmente cuando el interesado es médico y les cuida.

—Bien; pues con no cansarnos evitamos el peligro; tenemos el derecho de no trabajar más que lo que nos parezca.

—No tanto. ¿Qué dirá nuestra madre cuando vea que los montones de leña no aumentan?

—Yo le responderé que no queremos enfermar, y esto le servirá de aviso.

—¿Y si insiste?

—Allá veremos.

Tenía Valeriano razón al creer que su madre les haría observaciones. Como no dejaba de vigilarles lo mismo que lo hacía antes, tuvo bien pronto ocasión de notar el modo que tenían de trabajar, tan distinto de como antes lo hacían. ¿Qué tenían? ¿Estaban malos?

Estas fueron las preguntas que, llenas de inquietud, les dirigió un día que les estaba viendo cavar en el jardín.

Cambiaron rápidamente una mirada, como para interrogarse á ver quién tomaba la palabra.

—¿Por qué hemos de estar malos?—dijo Calixto, respondiendo con otras á las preguntas de su madre.

—Porque trabajais como si estuviéseis cansados.

—Es para no cansarnos.

—¿Teméis cansaros ahora?—preguntó con sorpresa.

En aquel momento Florentino, que en el extremo opuesto al que ellos ocupaban iba y venia, aproximándose poco á poco, se arrodilló junto á un cuadro de zanahorias, cercano á la calle en que la madre hablaba con sus hijos.

Púsose á escardar con la mayor naturalidad, y como si aquel trabajo silencioso le absorbiera completa-



mente, pero en realidad no perdía ni una sílaba de cuanto cerca de él se hablaba.

—¿Por qué no hemos de temer ahora el cansancio? —repuso Valeriano.

—Porque precisamente trabajais para cansaros.

—Y cansándose fué como Valeriano cogió la escarlatina, que á poco más se lo lleva—replicó Calixto con grave tono.

Antes de su matrimonio hubiera discutido francamente este punto con sus hijos, pero después encontraba á menudo una resistencia tan firme á propósito de tantas cosas, que no se atrevía á insistir. Había creído que su marido, apoyándola, le daría más fuerza; pero, al contrario, veíase obligada á reconocerse más débil que lo había sido antes.

—No se me alcanza el motivo de vuestra resistencia—les dijo.—Cuando estábais enfermizos, ó por lo menos endebles, no temíais el cansancio; y ahora, que os habéis robustecido, ahora que, habéis adquirido vigor, no queréis hacer lo que el año pasado hacíais fácilmente.

—Queremos evitar todo aquello que creemos puede sernos perjudicial.

—¡Si os fuera perjudicial no os lo aconsejaría monsieur Saniel!—exclamó ella.

Interrogáronse con los ojos para ver qué iban á responder, pero, no atreviéndose ni el uno ni el otro á aventurarse en terreno tan peligroso, trataron de evitar explicaciones.

—En fin,—dijo Calixto:—queremos que desistas de hacernos aserrar, ejercicio que no solamente nos es perjudicial, sino que además es ridiculo para dos jóvenes de nuestra edad, hasta el punto de que los criados, viéndonos trabajar, nos compadecen, y todo el

mundo habla de esta faena que se nos impone de un modo que mortifica.

—¿Y quién ha podido deciros que de vosotros se hablara en términos que puedan zaheriros?

—Nuestro tío Juan, que, haciéndose eco de lo que se repite por todas partes, nos ha dicho que nadie comprende el por qué de esos trabajos inexplicables para todo el mundo. Así, pues, te rogamos que nos releves del trabajo de aserrar, y que nos autorices para que tomemos un jardinero que nos ayude en el de jardinería; esto último lo hemos hecho así durante tu ausencia: te lo confieso francamente.

—Como no he sido yo, sino Mr. Saniel, quien os ha prescripto esos trabajos, comprenderéis que no puedo suprimirlos ni modificarlos sin consultarle antes.

—Si le explicas las razones que hemos expuesto, no podrá menos de reconocer cuán justas son.

Cuando transmitió á su marido la petición de sus hijos, explicando las razones en que aquéllos la apoyaban, Saniel quedó no poco sorprendido.

—¿Quién es ese Mr. Juan Ranson?—preguntó á su mujer.

—Es un viejo, campesino y chalán en una pieza, melífluo y socarrón desde que vino al mundo, y astuto como una raposa.

—¡Un viejo campesino que se ocupa de lo que es ridículo ó deja de serlo! Es un capricho, pero no tengo duda que hay algo más.

—Cuando se reunió el consejo de familia para mis hijos, Mr. Héline (que desconfía de él, porque dice que es quisquilloso y materia dispuesta siempre para enredos y trapisondas), le pospuso á otros parientes que lo eran en el mismo grado que él. Esto le disgustó, porque esperaba convertirse en ayuda del tutor,

y con este carácter mezclarse en sus asuntos, al mismo tiempo que en los míos. Sin embargo, nunca nos ha manifestado rencor, sino todo lo contrario, constantes protestas de amistad, ofreciéndose siempre para todo aquello que pudiera serme útil.

—¿Es un menesteroso?

—Ni por asomo; está bien acomodado, y aun puede pasar por rico en su clase. Varias tierras de su propiedad lindan con terrenos nuestros, y creo que esto sea causa del interés que nos manifiesta, porque él querría sin duda unir á las suyas la administración de las nuestras. Verdaderamente, yo no sé de un modo positivo qué es lo que él querría, porque el asunto es bastante obscuro; pero es indudable que querría algo que no ha obtenido.

—Eso es; y rechazado por la madre ha ido en busca de los niños, procurando captarse sus simpatías, advirtiéndoles del ridículo á que se exponen. ¡Con cuánta facilidad se han dejado seducir por esas interesadas demostraciones!

—Mis hijos agradecen mucho cualquier manifestación de afecto, y á su edad no es de extrañar que no vayan al fondo de las cosas, ni sospechen las intenciones.

—¿Qué deseais que haga?

—¿Creéis que para ellos haya ejercicios más convenientes que los que les habéis prescripto?

—No.

—Entonces no los vamos á suprimir porque no sean del agrado de un viejo campesino: sería una debilidad á que no debemos acceder.

—Yo les hablaré.

—Bien; no dudo que serán lo bastante juiciosos para someterse sin disgusto, porque creo que su oposición no habrá sido más que una niñería.

Como Calixto y Valeriano se juntaban en consejo por cualquier motivo, aunque éste fuera insignificante, habíanse reunido para examinar el caso y deducir la acogida que sus quejas y su petición podían obtener. ¿Accedería? ¿Resistiría? Si accedía, se habían equivocado, y como ellos se equivocaba todo el mundo; si resistía, debían ponerse en guardia y no dudar de lo que todo el mundo había visto. Sería necesario ceder ante la evidencia, y no alimentar vagas esperanzas, que no tenían más fundamento que la dificultad que su corazón hallaba para atribuir á Saniel un plan tan monstruoso.

Cuando su madre, en vez de contestarle directamente, les dijo que Saniel se entendería con ellos, presintieron que iban á encontrar resistencia.

Así fué que estaban ya apercibidos cuando, al terminar la comida, abordó Saniel la cuestión.

—Vuestra madre me ha dicho que os quejais de los ejercicios físicos que os he prescripto—les dijo.

—Es cierto—respondió Calixto, que, como el más dueño de sí mismo, era quien llevaba la batuta.

—¿Por qué?

—Porque nos fatigan, y porque nos exponen á que nuestros criados nos compadezcan.

—Detengámonos ahora en la cuestión de la fatiga, y después examinaremos la de la compasión que creéis inspirar.

—No es que lo creemos: tenemos la certeza respecto de este punto.

Estaba sentado Calixto enfrente de Saniel, y tenía á su lado á Valeriano. Al decir lo que antecede se volvió hacia él, más bien para hacer constar que estaban de acuerdo que para invocar su testimonio. Valeriano hizo un signo de asentimiento sin despegar los labios.

—¿Qué decís de compasión?—interrumpió su madre. Esta vez tocó á Valeriano responder. Según lo que habian convenido de antemano, Calixto debía responder á Saniel por temor de que su hermano dejase escapar alguna imprudencia, pero no le había prohibido que hablara á su madre.

—La compasión sale á la vista cuando en el corazón la hay—respondió.

Tan viva fué la contestación, que Mad. Saniel sintió una conmoción violenta. ¿Cómo Valeriano, cariñoso y tierno siempre, hablaba en semejante tono? ¿Qué le había hecho ella? Miróle, pero él tenía los ojos fijos en la mesa.

—Lo que no alcanzo á comprender—dijo Saniel—es cómo esos ejercicios que soportábais perfectamente cuando no estábais acostumbrados, hoy que lo estáis os fatigan.

—Nunca los hemos soportado bien; la enfermedad de mi hermano lo prueba.

—La enfermedad de vuestro hermano no ha sido motivada por esos ejercicios.

—Mi hermano y yo hemos creído que sí; pero si vos tenéis certeza de lo contrario, es evidente que no podemos sostener nuestra opinión contra la vuestra.

—No os quejábais.

—Perdonad, pero nuestra madre puede deciros que nos hemos quejado siempre.

—Pero no llegábais hasta pedir que se suprimieran.....

—Nunca quisimos afligir á nuestra madre.

—¿Y ahora?

—La situación ha cambiado.

—¿En qué?

—Hoy sois vos el dueño aquí.

Examinóle Saniel con escrutadora mirada; aquella resistencia tan firme, unida á una defensa tan correcta, revelaba un estado de ánimo que le sorprendía, como le llamaban la atención las rápidas miradas que cambiaban ambos hermanos y que, á no dudar, encerraban preguntas y respuestas.

La señora, por su parte, no volvía en sí de la sorpresa, pues que ni en la actitud ni en el modo de expresarse podía reconocer á sus hijos. Preguntábase cómo una cosa tan sencilla como aquella queja les había hecho subir á semejante diapason. No comprendía el por qué de aquella actitud, pero sospechaba que el extraordinario acuerdo que entre ellos había ocultaba algo en el fondo.

—¿Queréis acordaros—dijo Saniel—lo que érais cuando vuestra madre os llevó por vez primera á mi consulta?

—Lo recordamos.

—Comprenderéis que no hay comparación entre el estado en que os hallábais y el de hoy.

—Me parece que no estábamos enfermos.

—Seguramente, no.

Y levantándose de la silla que ocupaba, tomó á Calixto de la mano y fué á colocarlo delante del espejo.

—¿Teníais entonces este desarrollo de pecho?—le dijo.

—Hemos crecido.....

Cogióle entonces el brazo, y, haciéndoselo doblar, preguntó:

—¿Teníais estos bíceps?

Después se inclinó y repuso tocándole una pierna:

—¿Teníais estas pantorrillas? ¿Qué os ha dado pecho, bíceps, pantorrillas y todo ese desarrollo muscular sino esos ejercicios contra los cuales hoy protes-

tais? Recordad vuestra respiración de entonces, corta y afanosa, y decidme si se parece á la de hoy, que es fuerte y tranquila. Ya veis que no busco otros ejemplos que aquellos que saltan á la vista; ¡cuántos podría citar si quisiera hablar de medicina con vosotros!

Dijo Saniel todo esto con la mayor sencillez, pero no sin firmeza.

—Es cierto—dijo Calixto—que nosotros no podemos hablar de medicina; mas espero que nos permitiréis decir por qué no queremos continuar esos ejercicios, y las razones en que para ello nos apoyamos.

—No solamente os lo permito, sino que os lo ruego.

—Lo que no permitiréis será que nos ocupemos de la escarlatina de Valeriano.

—Esos ejercicios nada han tenido que ver con la escarlatina.

—Pues según nuestra opinión ellos la han determinado.....

Su madre le interrumpió, exclamando:

—¡Calixto!

—Quiero decir que ellos la determinaron. A consecuencia de un enfriamiento, empezó Valeriano á sufrir aquel malestar acompañado de la fiebre; el enfriamiento vino por haber sudado mi hermano aserrando madera, y, por lo tanto, esa es una razón para que consideremos peligroso este ejercicio. Vos lo creéis sano, y esto no podemos discutirlo. Pero es lo cierto que todos los males que hemos padecido mi hermano y yo (y nuestra madre puede atestiguar que no han sido pocos) han sobrevenido á consecuencia de enfriamientos que hemos tenido después de ocuparnos en ejercicios violentos, sea de jardinería, sea aserrando. ¡Cuántas veces hemos tenido resfriados, laxitud y

hasta fiebre! Es posible que los ejercicios sean sanos, pero las consecuencias son malas para nosotros. Si en vez de un resfriado adquirimos una fluxión de pecho.....

—¡Tenéis miedo á una enfermedad seria! ¡Vaya una idea!

—¿Por qué no hemos de tenerlo?

Hasta aquí había hablado con la cabeza alta, y teniendo los ojos fijos en Saniel, pero al pronunciar estas palabras los bajó, sin atreverse á mirar á su hermano, que también inclinó los suyos.

—No quiero decir que esos temores no sean naturales; lo que me sorprende es que no los hayais tenido hasta ahora.

Esta frase era la clave de la situación, y no dejó de impresionar á los niños; Saniel reconocía que no era entonces ésta igual que antes de su matrimonio.

—¿No hubieran estado esos temores más en su lugar antes de que os hubiérais acostumbrado al trabajo?—repuso Saniel.

Vaciló Calixto un momento.

—Es que entonces ignorábamos lo que hemos sabido ahora—replicó á media voz.

—¿Por qué no decís que obráis influídos por ajenas ideas?

—Esas ideas se inspiran en nuestro propio interés.

—¿Y yo? ¿Acaso no me intereso por vosotros? ¿Creéis quizás que es mi objeto haceros enfermar?

Miráronse ambos hermanos sin saber qué responder; aquello era demasiado.

No, ¿verdad?—repuso Saniel.—Pues bien; dejad que digan los que hablan á ciegas, y desechad esas preocupaciones que son verdaderamente pueriles é indignas de dos jóvenes como vosotros. Al aconseja-

ros esos ejercicios lo hice porque los creía indispensables para vuestra salud, y el tiempo se ha encargado de demostrar (por si no bastara que yo os lo haya hecho ver) que no me había equivocado. Preguntad á vuestra madre si los dos jóvenes que tiene delante se parecen á aquellos niños endebles y delicados de entonces. Me haría culpable de debilidad si accediera á vuestra demanda; así es que, á pesar de mi constante deseo de complaceros, en eso como en todo, me veo precisado á insistir en que esos ejercicios continúen. Ya que habéis tenido la suerte de no hacer la vida de colegio, aprovechadla, y no hagais que vuestra madre tenga que arrepentirse de haberos privado de las ventajas que tiene la educación en el colegio. Como mi mayor deseo es complaceros en cuanto sea posible, propongo que reemplacéis el trabajo de aserrar con el ejercicio de las armas, puesto que en aquél veis, no sé por qué, un lado ridículo. Sin embargo, os prevengo que las armas no os cansarán menos que la sierra, puesto que también os harán sudar, á pesar de no ser este ejercicio tan completo, tan perfecto y tan útil para vosotros como lo sería aquél; pero, en fin, quiero probar que mi mayor deseo es complaceros.

XIII

Cuando pernoctaba Saniel en el castillo, habían establecido la costumbre de tener hasta las diez de la noche un rato de tertulia en familia. Al dar la primera campanada de las diez se levantaban los niños y su madre, y subían á sus respectivas habitaciones. Saniel se retiraba entonces al laboratorio que había

hecho montar en una vasta sala del piso bajo, que comunicaba con la biblioteca, donde trabajaba hasta hora muy avanzada porque, conservaba la costumbre de dedicar pocas horas al reposo.

Como aquella noche había vuelto de París á las ocho, el rato de tertulia fué bastante breve. Apenas había terminado de hablar, cuando dieron las diez; entonces Calixto y Valeriano se levantaron y fueron á besar á su madre, estrecharon la mano á su padrastro, y salieron apresuradamente.

Sin cambiar una sola palabra subieron de dos en dos los escalones, como si les fueran persiguiendo. Cuando llegaron á sus habitaciones cerraron con cuidado las puertas, y luego se fueron á la sala del ventilador, donde no podían ser sorprendidos ni escuchados por nadie.

Entonces se miraron francamente.

—¿Sabes—dijo Valeriano á Calixto—que cuando estuvo tocándote los brazos y las piernas me he llegado á figurar que era una tontería creer..... lo que creemos? Lo cierto del caso es que hoy no estamos como cuando vinimos de Baku.

—Lo mismo se me ha ocurrido á mí.

—¿Lo ves?

—Se me ocurrió entonces, pero luego reflexioné que era necesario no dejarse engañar. Tú comprenderás que sabe mucho más que nosotros, y, por lo tanto, es menester que desconfiemos siempre. Si se hubiera limitado á establecer la comparación entre nuestro estado físico de hoy y el estado en que vinimos de Baku, yo hubiera creído lo mismo que tú: que era nuestro temor una tontería, y que á pesar de cuanto dicen, no debíamos dar oídos á esas acusaciones. Pero no se limitó á eso; pasó de ahí, queriendo llegar hasta

el fin y saber cuáles eran nuestros temores y cuáles nuestras ideas. Entonces fué cuando hizo aquella pregunta que tanto me turbó, y también á tí.....

—«¿Por qué esos temores no se manifestaron antes y se manifiestan ahora?»

—Cierto. ¿No ves tú en esa terrible palabra «ahora», casi una confesión?

—Es verdad.

—Por eso le respondí que no sabíamos entonces lo que ahora sabemos.

—Yo estaba admirado de verte hablando con tanto atrevimiento y tanta calma.

—No creas que estaba tranquilo; estaba dañado en sudor, pero no me acobardaba, porque comprendía cuánta era en aquellos momentos mi responsabilidad. Cuando te digo que soy el jefe de la familia te burlas; pues bien: te aseguro que si este pensamiento no me hubiera sostenido, me habría faltado esa tranquilidad y ese atrevimiento que tanto te han llamado la atención. Discutía para bien de todos: de nuestra madre, tuyo y mío.

Cogióle Valeriano una mano, y, al mismo tiempo que la estrechaba cariñosamente entre las suyas, dijo:

—Ahora es cuando yo comprendo que no tenía razón al calificarte de tímido, como tantas veces lo he hecho; no hay como los tímidos para ser atrevidos.....

—Cuando es necesario; yo creo que la timidez es hija de la falta de voluntad, y que una vez que el hombre tímido resuelve hacer algo, lo hace como puedan hacerlo los demás hombres. Yo estaba decidido; hubo, sin embargo, un momento en que no me atreví á ir hasta el fin, y este momento fué cuando nos dijo: «¿Creéis que yo quiera haceros enfermar?» Esto me

parecía tan enorme, tan audaz, que enmudecí y no salió de mis labios la respuesta que era de esperar.

—¿Qué respuesta era esa?

—Que los enfermos pueden morir y pueden ser heredados.

—¡Hubieras dicho eso!

—Ya has visto que no me he atrevido á decirlo.

—¿Y nuestra madre?

—Pensando en ella precisamente me contuve. Por otra parte, hubiera sido tan gorda la frase, que creo no hubiera podido salir de mis labios, aunque hubiese querido soltarla..... Y ahora casi estoy arrepentido de no haberla dicho, porque diciéndola hubiera puesto fin á esta situación.

—¿Notaste que habló del colegio?

—Sí; pero no tengo duda de que eso no pasaba de ser una amenaza, lanzada con el fin de intimidarnos. A él no le conviene que vayamos á un colegio, donde estaríamos fuera de su alcance; lo que le conviene es tenernos á su lado, para hacer de nosotros..... lo que quiera. Precisamente esto es lo que me ha decidido á obligarle á que nos lleve al colegio. Allí no podrá hacer nada contra nosotros; dime: ¿no te parece que es ya algo dormir tranquilamente y sin temor de nadie?

—Sí; pero nuestra madre no querrá.

—Ella querrá lo que él quiera y nada más. Si alguien se opone ha de ser él, y esto será una prueba del interés que tiene en que estemos á su lado.

—Ahora sí que no lo entiendo.

—Lo vas á comprender al punto; pero si mi plan se ha de realizar, es indispensable que tú me ayudes.

—Te ayudaré.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Habla.

Durante un momento escuchó atentamente Calixto; luego como no oyera ruido ninguno que le indicase que podían ser oídos, prosiguió en voz muy baja:

—Yo no he dicho á Mr. Saniel que haremos lo que él desea.

—Lo he notado.

—Pues bien; no lo haremos.

—Entonces, ¿nos rebelamos?

—Justamente.

—Eso me gusta. ¡Viva la rebelión! ¡Muera la sierra! ¡Muera el jardín! ¡Abajo las armas! ¡Guerra á la medicina! ¡Auf! Renuncio á vuestros medicamentos: podéis tomarlos de mi parte.

Y empezó á cantar la *Marsellesa*.

Aux armes citoyens!

Pero su hermano, reprimiendo su belicoso entusiasmo, continuó de este modo:

—Verdaderamente, defendemos á nuestra madre defendiéndonos nosotros; pero no podemos decírselo, ni pedirle permiso para obrar. Como tú, he pensado en el disgusto que le ha de causar nuestra oposición á ejecutar los mandatos de..... su médico; pero no es culpa nuestra si nos vemos obligados á hacerlo así. ¿Crees tú que el dolor que le cause nuestra muerte sea comparable con el disgusto que le pueda causar la rebelión?

—De ninguna manera.

—Pues eso precisamente debe de animarnos, porque no nos rebelamos contra ella.....

—No, contra su médico. ¡Abajo! ¡Abajo el médico!

—No grites tan fuerte. Escucha ahora lo que te voy á proponer: mañana no iremos á la cochera.....

—No iremos.

—Iremos á nuestros jardines, porque no hay motivo para abandonarlos.

—Pero, ¿entonces?.....

—Entonces, el normando trabajará y no nosotros.

—Yo lo dirigiré.

—Bueno. Si nuestra madre no nos ha dicho nada por lo de la sierra, es probable que por lo del jardín nos haga alguna observación; entonces le diremos que estamos cansados, y que hemos resuelto para lo sucesivo que haga el normando los trabajos más penosos, porque no queremos caer enfermos. Es menester precisar el por qué.

—¿Qué dirá á eso?

—Comprenderás que es forzoso que tú y yo estemos de perfecto acuerdo para conducir hasta el fin nuestro proyecto de resistencia, á pesar del disgusto que nos cueste ejecutarlo; si tú flaqueas todo se pierde.

—Seré tan fuerte como tú.

—Nuestra madre tratará de hacernos ceder; es menester que no lo consiga.

—No cederemos.

—Entonces hablará sin duda con..... su médico, y veremos qué partido toma éste.

—¿Qué crees que hará?

—No puede hacer más que una de dos cosas: ó disgustarse por nuestra resistencia, y en este caso se realizará la amenaza del colegio.

—¡Oh, pobre madre! ¿Y nosotros, que será de nosotros?

—Oye, niño; si en la ejecución del plan que he concebido no hubiera nada desagradable para nosotros, la idea nada más de los disgustos que podría ocasionar á nuestra madre me impediría llevarlo á

cabo; pero si nos mandan al colegio, acostumbrados como estamos á gozar de libertad, también sufriremos, y aunque la perspectiva de lo que podamos sufrir no vale nada, si se compara con la inmensa satisfacción que tendremos.....

—¿Qué satisfacción?—interrumpió Valeriano con sorpresa.

—La de obtener la prueba de que todo el mundo se equivoca sospechando de Mr. Saniel; que nos hemos equivocado también, y que no tiene la intención de que se le acusa, pues que, en lugar de tenernos aquí á su lado para..... hacer de nosotros lo que quiera nos deja marchar libremente.

—¡Es verdad: no se me había ocurrido!

—Me alegro que así lo veas tú también, porque prueba que no he pensado un disparate.

—¿Y si no se disgustase?

—Sería una desdicha, pobre hermano mío. Cuando hayamos hecho lo bastante con nuestra rebelión, con nuestra resistencia á todo y por cualquier motivo, burlándonos de él médico, y marido de nuestra madre, para que se decida á alejarnos de su casa (porque ya sabes que en su casa estamos;) cuando hayamos hecho todo esto, si no se disgusta y nos manda al colegio, no podremos tener duda respecto de sus intenciones: se habrán realizado nuestros temores, y estaremos en su poder, ignorando cuándo y dónde encontraremos el peligro.

—Y ¿qué haríamos si eso aconteciera?

—No lo sé; ya veríamos. Antes es necesario saber á qué atenernos; por eso te pregunto, ahora que puedes darte cuenta exacta de las consecuencias á que la resistencia nos arrastra, si te crees capaz de sostener la rebelión.

—Haré lo que hagas, é iré adonde vayas.

—¿Ocurra lo que quiera?

—Ocurra lo que quiera.

Y al decir esto diéronse las manos, embargados por la emoción.

—¿Te acuerdas qué dichosos éramos cuando vinimos á este castillo?

—¡Sí, y ahora!.....

Comprendiendo Calixto que la conversación tomaba un giro más á propósito para debilitar la energía, de que tanto necesitaban, que para fortalecerla, dijo á su hermano:

—Vámonos á acostar.

—Pero en vez de entrar en su cuarto al mismo tiempo que Calixto en el suyo, Valeriano siguió á su hermano al cuarto de éste.

—¿Qué quieres?—preguntóle afectuosamente Calixto.

—Contra él, sí, haré todo lo que quieras, todo lo que me digas; no temas que me falte energía; pero contra nuestra madre..... Vamos á darle un disgusto tan grande, que yo quisiera que ella supiera cuán tierno es nuestro cariño; que la queremos como siempre la hemos querido, aún más que antes, si fuera posible. Por eso creo que debíamos pensar algo que le diera mucha alegría, mucho contento.

Pensaron un poco; pero no acertaron qué podrían hacer que diera una gran satisfacción á su madre.

Por último, Calixto movió tristemente la cabeza.

—Ya ves—profirió—que en la situación en que nos hallamos solamente una cosa hay que pueda darle una viva satisfacción: que hagamos por tener contento á Mr. Saniel, y es precisamente la única que no podemos hacer,

XIV

La actitud de Calixto y de Valeriano empezaba á desesperar á la madre de éstos, que no comprendía cómo siendo tan afectuosos y de carácter tan dulce hasta entonces, podían haber cambiado hasta el extremo de contestar del modo que lo habían hecho á su padrastro, que con tanta amabilidad les trataba.

La dulzura, la docilidad de que siempre habían dado pruebas, hacía que Mad. Saniel tuviera confianza en que la rebelión no duraría mucho. Había acontecido alguna vez que, hallándose obligada á imponerles su voluntad, habíanse por el pronto resistido, pero su resistencia duraba poco; y si por la noche se habían acostado disgustados, al siguiente día ya lo habían olvidado y se mostraban obedientes y cariñosos.

No dudaba de que aquella vez ocurriría lo propio, y esperaba que después de reflexionar durante la noche, comprenderían que habían obrado mal, y tratarían de hacer olvidar al día siguiente, con sus demostraciones de sumisión y cariño, la falta cometida.

Confiaba en que, por lo mismo que les habían autorizado para no aserrar más madera, al siguiente día emprenderían espontáneamente la faena que tanto les repugnaba, para probar así su arrepentimiento por el ímpetu de la noche anterior. Esta demostración hubiera sido muy propia de su carácter.

A la mañana siguiente bajó, pues, á la cochera escuchando desde lejos, porque esperaba oír el ruido de las sierras pero nada oyó. Cuando llegó al sitio, antes

dicho, transformado en taller, lo halló desierto; las sierras estaban colgadas en sus clavos, y los bancos en los sitios que ordinariamente ocupaban.

Fué una decepción; sin embargo, supuso que aún vendrían, y esperó un rato.

Viendo que no llegaban, tuvo que reconocer que se había equivocado; pero del mismo modo que encontrara razones para creer que irían á aserrar, las encontró para explicarse satisfactoriamente el que no hubieran ido. ¡Les era tan desagradable aquel ejercicio! Tan á menudo habían protestado, que era naturalísimo creer que en aquellos momentos, lejos de ir á entregarse á un trabajo que consideraban como un suplicio, estuvieran locos de contentos porque se veían libres de él.

Salió con ellos después de almorzar, que era la hora de trabajar en el jardín.

—¿Quién es hoy el director?—preguntó.

Tocábale á Calixto, pero éste, preocupado con lo que iba á ocurrir aquel día, no respondió, y así fué que por él lo hizo Valeriano; había prometido ser fuerte, y acudía en ayuda de su hermano.

—Yo—dijo.

Pero aquél día no había director ni subordinado en el trabajo que empezaron á hacer. Pusiéronse al mismo tiempo á cortar de los rosales las rosas que empezaban á marchitarse, y á colocarlas en una cesta que cada uno llevaba por un asa. Esta operación la iban haciendo despacito, sin apresurarse, y como si les distrajera mucho.

Su madre, para estar cerca de ellos y verles bien, habíase sentado en un banco, á la sombra de unos rosales, que formaban sobre su cabeza una bóveda de follaje y de perfumadas flores.

—¿No regais hoy?—les preguntó, viendo que la operación de cortar rosas amenazaba ser eterna.

Valeriano, á quien tocaba la vez, dió la respuesta, diciendo:

—Esperamos al normando.

En aquel momento apareció Florentino, que volvía de almorzar.

—¡Eh!, normando—gritó Valeriano.

Apresuróse Florentino á acudir, sombrero en mano.

—Vais á regar las almácigas—le dijo el niño.

—Sí, señor.

—Regaréis también los fresales.

—Regaré todo lo que haga falta, solamente que me voy á permitir haceros una observación: hace ahora demasiado calor.

—¿Tenéis miedo al calor?

—Oh, no, es que las plantas se van á marchitar si las mojo. La temperatura es muy alta—replicó Florentino en su endiablado dialecto.

—Bien; entonces esperad á que refresque un poco.

—Estad tranquilo, señorito Valeriano.

Como al concluir el anterior diálogo volvieran los niños á su trabajo de cortar rosas, levantóse su madre y, aproximándose á ellos:

—¿No regais?—les preguntó.

Aquel era el momento de dar muestras de firmeza, pero ocurrió lo contrario: Valeriano sintió que le faltaba ánimo, y se limitó á repetir á su madre la observación del normando.

—Pero entonces, ¿no regais hoy?

Una mirada de Calixto advirtió á Valeriano de que escapase por la tangente con semejante evasiva, no era mantener la promesa hecha.

—Eso es precisamente lo que queremos—repuso:—no regar ni hoy ni mañana.

Y llamando en su auxilio á su hermano, añadió:

—¿No es verdad, Calixto?

—Ya se lo dijimos ayer á Mr. Saniel—respondió éste.

—Pero Mr. Saniel no se rindió á vuestras razones.

—Tampoco á nosotros nos convencieron las tuyas.

Florentino, entretanto, no se había alejado, y parecía muy ocupado en sujetar un rosal á una estaca con unos mimbres; pero no perdía una palabra de aquella conversación.

—Tú comprenderás—continuó Valeriano turbado en vista del efecto que el anuncio de aquella resolución había producido á su madre—que nosotros sabemos mejor que Mr. Saniel lo que nos cansa y lo que no nos cansa.

—Vuestro cansancio raya en lo ridículo; ahora comprendo que he hecho mal en creer que fuera una niñería lo que decididamente es terquedad ó mala intención.

Quiso Valeriano cogerle una mano, pero ella la retiró.

—¿Dónde está la mala intención, dónde?—gritó entonces.

Viendo Calixto que la conversación tomaba un giro que era necesario evitar á todo trance, intervino diciendo:

—Te aseguro, madre, que no hay por nuestra parte ni chiquillada ni mala intención, y que es necesario que tengamos un profundo convencimiento de que estos ejercicios..... nos son perjudiciales, para darte el disgusto de resistirnos.

—Esto es una rebelión, una rebelión indigna de dos niños que deben procurar por la tranquilidad de su madre, de una madre que nada ha hecho para me-

recer que así se la trate, de una madre que os ama tiernamente, mientras que vosotros.....

—Cree lo que quieras creer—interrumpió impetuosamente Valeriano:—pero no dudes un instante de nuestra ternura, de nuestro cariño hacia ti.

—Pero entonces, ¿que tenéis?—exclamó ella.—¿Qué tenéis contra mí?

—¡Contra tí! ¡Ah, madre querida!.....

—¡Si no es contra mí, es contra Mr. Saniel! ¿Qué os ha hecho? ¿En qué ha podido ofenderos ó disgustaros? Veamos, explicaos.

Bajaron ambos los ojos y guardaron silencio.

—Ya veis que no podéis formular una queja justa, puesto que callais y bajais los ojos. Si no queríais seguir los consejos de Mr. Saniel, ¿por qué, en vez de recurrir á medios tortuosos, no se lo habéis dicho francamente?

—No nos lo permitió.

—¿Pues no salisteis de la sala como dos autómatas?

—Amenazándonos con el colegio nos cerró la boca.

—¿Que os ha amenazado con el colegio? Me parece que habéis perdido el juicio. Verdaderamente merecíais que se os llevase al colegio.

—¿Por qué no se nos lleva? A lo menos, allí no tendríamos que sostener estas luchas.

—¡Luchas! ¡Hablais de luchas! En verdad que no sé si lo que oigo es realidad ó sueño.

Valeriano hizo una seña á Calixto para darle á entender que de allí no pasaba y que no contara con su ayuda.

Calixto estaba no menos conmovido que su hermano, pero comprendía que si dejaba escapar una frase dictada por su ternura acabaría por arrojarse en los brazos de su madre, echando así por tierra aquel plan tan laboriosamente combinado.

Para fortalecer su energía, trajo á la memoria, que era el jefe de la familia; que sostenía aquella lucha, no sólo por ellos sino también por su madre; que se había prometido ser hombre, y que lo sería por grandes que fueran las angustias que en todos aquellos acontecimientos sufriera su corazón.

Mad. Saniel había dejado correr algunos momentos, con objeto de dar á sus hijos tiempo para reflexionar y arrepentirse; pero cuando vió que continuaban cabizbajos y silenciosos, y que la fisonomía de Calixto presentaba una expresión sombría de resolución inquebrantable, creyó que no debía ir más lejos.

—Hoy me dais—les dijo—el mayor disgusto, el primero que en vuestra vida me habéis dado. No quiero discutir en este momento vuestra resistencia. Dejadme. Reflexionaré.

—¡Mamá!—exclamó Valeriano.

Interpúsose Calixto entre su madre y su hermano.

—Valeriano quiere decirte—profirió—que por grande que tu disgusto sea, no puede ser mayor que el nuestro.

Volvióse ella al oír esto, y envolvió á sus hijos en una mirada llena de ternura y de indulgencia.

Mas ellos guardaron silencio, y bajaron los ojos.

No la volvieron á ver hasta la hora de comer, y cuando se sentaron á la mesa tuvieron ocasión de observar en los ojos de su madre las huellas que deja el llanto.

—¿Os habéis ocupado hoy de hacer alguna gestión referente al maestro de armas?—preguntó Saniel.

—Ya hablaremos de eso más tarde.

Saniel presintió que había ocurrido algún nuevo incidente, y no quiso insistir; la actitud de su mujer como la de sus hijastros, no dejaba de ser significati-

va, y la discusión que había tenido lugar el día anterior había sido lo bastante enojosa para que él procurara evitar otra del mismo género.

Cuando después de comer salieron los niños de la sala, Mad. Saniel refirió á su marido lo que había ocurrido aquel día; las esperanzas que había abrigado aquella mañana, fundadas en el carácter de sus hijos, y la resistencia que habían hecho á ocuparse de los trabajos.

—Esto es una resolución que han tomado; se rebelan—dijo Saniel.

—¿Qué me aconsejais que haga?

—¿A quién pedís consejo, al marido ó al médico?

—A los dos: lo mismo al uno que al otro.

Reflexionó Saniel un momento, al cabo del cual dijo:

—El marido preferiría abstenerse, porque para él es delicado tener que colocarse entre la madre y los hijos.

—¿No sois vos al mismo tiempo su protector y el mío?

—Seguramente, y si vos insistís, yo no puedo excusarme.

—Sí, insisto.

—Pues bien; la respuesta del marido será la misma del facultativo: ni vos como madre ni yo como médico, debemos hacer caso de una niñería.

Mad. Ranson dejó escapar al oír esto un suspiro de satisfacción, porque inclinada á la indulgencia, al consultar á su marido por lo que ella conceptuaba un deber, temía hallarle inclinads á la severidad.

—Yo también—dijo—como vos, sólo veo una niñería en todo esto.

—Sin embargo es necesario reconocer que eso no

es propio de su edad, y no me explico el proceder más que por la intervención de ese viejo campesino; conozco los campesinos, porque lo he sido yo también. Para ellos el trabajo material es una fatalidad que envilece, y creen que quien tiene rentas no debe trabajar, sino que debe pasar la vida con los brazos cruzados. De ahí que califiquen de barbarie que á niños que son ricos se les haga aserrar y trabajar en el jardín, lo que es, además de martirizarles ponerles en ridículo. Apostaría á que han sido de este género las consideraciones que Mr. Juan Ranson ha expuesto á vuestros hijos, y éstos se han sublevado ante el ridículo. Esto es tan propio de su edad, que no nos debe llamar la atención.

—No podéis comprender cuanto me satisface el oírlos hablar así. Pero decidme: ¿si aceptais la supresión de esos ejercicios, no sufrirá su salud?

—No, porque los reemplazaremos con otros. Hábiales prescripto esos, calculando que eran los mejores para ellos; pero se sublevan contra la medicina, y como no son los primeros que tal hacen, la medicina debe de plegarse hasta cierto punto, teniendo en cuenta los caprichos y la repugnancia del enfermo. No lo dudéis: no es la fatiga precisamente lo que les asusta, sino ciertas faenas que no les parecen propias de su edad y de su situación. Las armas son nobles; aceptarán las armas. Se prolongarán los paseos á caballo. Les haremos dar paseos á pie; yo les acompañaré los domingos, vos alguno que otro día de la semana, y Mr. Buscail los demás días, si es que sus cortas y débiles piernas se lo permiten. Para que acepten sin protestar esos paseos buscaremos un pretexto, tal como los estudios de la geología y la botánica. De este modo obtendremos el ejercicio necesario y lo haremos conciliándolo todo.

—Sois el mejor de los hombres;—dijo Mad. Saniel estrechando la mano á su marido.

—Quisiera serlo; pero en este momento no merezco vuestros elogios, porque obro en mi propio interés, al mismo tiempo que en el vuestro y en el de vuestros hijos, procurando mantener entre nosotros el más perfecto acuerdo. No me he casado para vivir aislado; pues aunque hubo un tiempo en que creía que el hombre que quiere ser fuerte debe de vivir solo, la experiencia me ha hecho luego comprender que no podía ser fuerte; que era como muchos otros, y que necesitaba de esos goces comunes á todos los hombres. Esos goces puedo hallarlos en este hogar; mas para ello es la primera condición que reine la paz en él. En la actualidad quiero ser el amigo de vuestros hijos, como más tarde, si tenemos hijos, quiero que unos y otros formen una familia de verdaderos hermanos.

XV

Al siguiente día por la mañana, cuando Saniel descendía por la escalinata para tomar el coche, se cruzó con Calixto y Valeriano.

—Por lo que vuestra madre me ha referido—les dijo deteniéndoles—veo que hay entre nosotros un error que deseo vivamente disipar. Habéis dado una interpretación á la palabra «colegio», que yo pronuncié, que no había ni pasado por mi mente: lo mismo por vosotros, que por vuestra madre y por mí, jamás he querido ni desearía veros en el colegio. No olvidéis de una vez para siempre que es mi deseo veros á mi lado—añadía alargándoles la mano.

Como era la hora de trabajar en la biblioteca, bajo la dirección del preceptor, Calixto y Valeriano solo pudieron cambiar una mirada.

Aquel día la lección no pudo ser peor.

—¿En qué pensáis, Calixto? ¿No escucháis, Valeriano?—repetía Buscail, ya al uno, ya al otro, sin obtener resultado.

Pero no era hombre obstinado; así fué que, cuando se convenció de que nada conseguiría, juzgó inútil continuar llamándoles la atención.

Indulgente para sí mismo, éralo también para con los demás; sucedía, por lo tanto, que nunca tomaba nada por lo trágico; por otra parte incomodarse y reñirles por su distracción requería un gesto que hubiera hecho desaparecer de sus rubicundas mejillas los dos hoyitos que marcaba su eterna sonrisa, y verdaderamente, la poca atención de los dos jóvenes, á quienes había acabado de tomar tan sincero cariño, no merecía tan violento esfuerzo.

Como los niños balbuceaban respuestas vagas, decidió no preguntarles más y empezar á hablar él. Precisamente acababa de beberse en la taberna del Sport un par de copas de excelente *vermouth*, y estaba en vena.

El tema de la lección era aquel día el siglo de Pericles. Dióles una conferencia sobre Alcibiades, que, en público, nutridas salvas de aplausos le hubieran interrumpido á cada período, pero ellos le escuchaban en silencio; como se había quitado los lentes, miraba á sus discípulos sin verlos con sus ojos grandes y saltones.

Casi podemos afirmar que él solo oyó la conferencia.

Terminada la lección fué cuando se pudieron explicar libremente.

—¿No te parece que nos ha tomado por tontos?— preguntó Valeriano.

—¿Y á tí te parece que me equivocaba yo al afirmar que quería tenernos á su lado? La esperanza del colegio había apartado un tanto esta idea de mí.... por lo menos durante el día, pues por la noche volvía á mi cerebro con tal obstinación, que no podía abandonarla; con ella dormía, ó mejor dicho, ella me impedía dormir. Ya se acabó para mí el tiempo aquel en que me despertaba en la misma postura en que me había dormido, aunque no estuviera tan cansado como estoy ahora.

—¿Estás malo?—exclamó Valeriano.

—¿Malo? No, no lo creo; además aunque lo estuviera, me guardaría mucho de decirlo.

—¿Ni á mí?

—A tí, solamente puedo decirte que desde hace días tengo á menudo dolor de cabeza, mareos y ruido en los oídos; tú has visto también que no tengo apetito y que varias veces he arrojado sangre por las narices. El tiempo que he pasado sin poder dormir lo he empleado en examinar la situación, para ver lo que debíamos hacer, si, como yo presentía no nos enviaban al colegio.

—¿Y qué has pensado?

—Pedirle á nuestra madre ayuda, es cosa que no hay que pensar siquiera.

—Ya hemos convenido en que eso no puede ser.

—Tampoco es posible que aprovechemos los ofrecimientos de tío Juan.

—Si crees que debemos confiarnos á alguien, ¿por qué no ha de ser á nuestro tío Atanasio?

—Por lo pronto, no creo que debamos confiarnos á nadie. ¿Qué confianzas le vamos á hacer? ¿Que sospe-

chamos que nos quiere heredar nuestro padrastro? Antes que formular semejante acusación me moriría de vergüenza. Me avergüenzo hasta de hablar de esto contigo. Y luego, ¿en qué la vamos á apoyar? Que tenemos miedo; que nos han dicho; que creemos..., pero nada concreto, ni un solo hecho. Nadie querría oírnos, y si alguno nos escuchara, nos tomaría horror. Además, me parece que en el caso de hallarnos reducidos á la imperiosa necesidad de tener con alguien tan espantosa confianza, aun teniendo en la mano una acusación formal, nuestro tío debía ser la última persona á quien tal confianza hiciéramos. Tú le viste cuando vino aquí á comer; extasiado de admiración ante Mr. Saniel, cree que es un semidiós, y le parece que para nosotros ha sido una dicha incomparable y al mismo tiempo una suerte milagrosa tener semejante padrastro. ¿No te figuras que sería necio pedirle apoyo? debemos desconfiar de las truhanerías de nuestro tío Juan, pero no debemos confiarnos á la excesiva buena fe de tío Atanasio.

—Veo claro lo que no debemos hacer, y pienso cótú; pero ¿qué es lo que debemos hacer?

—Ya lo verás; ten paciencia, porque voy á empezar por el principio. El peligro de nuestra situación consiste en que Mr. Saniel nos puede heredar, si morimos; es decir: heredarnos en la persona de nuestra madre, lo que es igual que si nos heredara él mismo, puesto que goza de la fortuna de aquélla y la administra.

—Precisamente.

—Si no tuviera que heredarnos cesaría de tener interés en nuestra muerte, y el peligro que creemos ver siempre suspendido sobre nuestras cabezas dejaría de existir.

—Sin duda alguna.

—Pues bien; es necesario que no nos herede nuestra madre.

—¿Y cómo?

—Haciendo testamento.

—Pero, ¿podemos testar y desheredar á nuestra madre.

—No sé si podremos los dos, ni si alguno de nosotros tiene la edad necesaria; esto lo estudiaremos. Como esta idea se me ocurrió anoche, esta mañana fui á la biblioteca á buscar un Código, pero no lo he podido encontrar; así es que después de almorzar, iremos á Senlis á comprar uno. Leeremos la ley, y ella nos dirá qué es lo que podemos y qué lo que no podemos hacer.

Quedóse Valeriano meditabundo.

—¿No te gusta mi plan?—le preguntó Calixto.

—No, no es eso, sino que hay una cosa que no entiendo..... Veamos. Para que nuestros testamentos produzcan el efecto apetecido, ¿es necesario que sean conocidos?

—Indudablemente; si no lo fueran, no nos servirían de nada.

—Entonces, le diremos que hemos hecho testamento. He ahí una cosa que no es muy fácil.

—¿Quién hace los testamentos? El notario, ¿no es así? ¿Quién es el mejor amigo de Mr. Saniel? el que ha arreglado su casamiento con nuestra madre. Monsieur Héline, ¿no es eso? Pues bien; si Mr. Héline extiende nuestros testamentos, ¿crees tú que no le dirá á Mr. Saniel lo que contienen? Aprovecharemos para ir á Senlis las dos horas que antes dedicábamos á la jardinería.

Pero después de almorzar no pudieron llevar á ca-

bo el concebido proyecto, porque se lo impidió Madame Saniel.

Había ésta decidido, puesto que sus hijos tenían que dar largos paseos á pie para reemplazar los dos ejercicios suprimidos, acompañarles en estas excursiones para infundirles ánimo. La verdad era que, como lo había practicado poco, no era aficionada á pasear á pie: de soltera no había paseado, por no tener persona que la acompañase; de casada, porque no era costumbre en el país en que estaba; de viuda, en Venette, porque el cuidado de que sus hijos cumplieran con exactitud el programa trazado le ocupaba todo el tiempo. Pero no se preocupaba ella de lo que pudiera gustarle más ó menos, sino de lo que fuera bueno para sus hijos. Hubiera podido encargar á Buscail de acompañarles, pero le inspiraban poca confianza las pierneillas del preceptor, porque creía que éste no podría moverlas con la rapidez necesaria para que el paseo fuera ejercicio útil.

Durante el almuerzo, dirigióles su proposición en estos términos:

—Puesto que no tenéis nada que hacer hasta las dos, ¿queréis que aprovechemos ese tiempo para dar un paseo hasta la Señal de los Gendarmes?

—El camino está malísimo, á causa de las zanjas que se han abierto este invierno.

—A pie por cualquier parte se pasa.

—Hay más de dos leguas entre ida y vuelta.

—¿Os asustan dos leguas?

—Lo decimos por tí, no por nosotros. Además, el sol calienta hoy.

—Tengo gana de andar.

—¡Me alegro! —exclamó Valeriano, que no veía más que el placer de dar un paseo con su madre.

Lanzó á su hermano una mirada, para poner fin á las objeciones de aquél; ¿cómo no le alegraba aquella proposición, que probaba que su madre les había ya perdonado la rebelión de la víspera?

Durante las dos horas de paseo, solos con ella, tendrían más de una ocasión para hacerle olvidar completamente el disgusto que le habían dado el día anterior.

—El que coma postres hoy se hace reo del delito de glotonería—exclamó.

Y partieron.

Como había dicho Calixto, el sol calentaba bastante, y antes de llegar á la sombra de los árboles grandes tenían que atravesar terrenos descubiertos, en donde se dejaba sentir bien el calor; sin embargo, su madre no acertaba el paso, porque no les llevaba á dar un paseo, sino á hacer ejercicio.

—¡Ahora creo que llegas!—exclamó Valeriano.

—Yo creo que no—dijo Calixto.

—Es una buena andadora.

En realidad, la buena andadora estaba ya sofocada, y para no hacerlo ver no hablaba; sin embargo, no acertaba el paso.

Cerca de ella iban sus hijos, y si hubiera estado tranquila habría podido observar que Calixto seguía difícilmente aquel paso; al cabo de cinco minutos, empezó á sentir el malestar de que había hablado á su hermano. El cansancio le entorpecía las piernas y le causaba mareos; sin embargo, firme en su propósito, no se quejó.

Afortunadamente, Valeriano no cesaba de charlar, y de este modo impedía que su madre pudiera notar el estado de Calixto.

Cuando llegaron á la Señal de los Gendarmes, que

era el punto culminante de una colina desde donde la vista se extendía libremente por el océano de verdes bosques que formaban los de Chantilly, Lys, Pontarmé, Ermenonville y Halatte, y, siguiendo la blanca cinta del Oise, el de Compiégne, Calixto de buen grado se hubiera sentado á descansar; pero no lo permitió su madre, por temor á un enfriamiento, y fué preciso regresar al mismo paso que habían ido.

—¿Sabes por qué nos ha hecho dar este paseo nuestra madre?—dijo Calixto cuando estuvieron solos.

Valeriano dió su explicación:

—Para probarnos que nó nos guarda rencor.

—Y para reemplazar las dos horas de jardinería. ¿Qué te parece? No la gusta andar y ha vuelto muerta de cansancio....; yo también vengo muerto.

XVI

A pesar de su fatiga, quiso Calixto, tan pronto como se vieron libres ir á Senlis; Valeriano intentó disuadirle, pero inútilmente.

—No puedo dejar de montar á caballo—le replicó Calixto;—llamaría la atención á nuestra madre, que me dirigiría preguntas y más preguntas; comprendería que no me siento bien y haría que me visitara su gran médico, que es precisamente lo que trato de evitar.

Fueron á Senlis, y en una librería compraron un ejemplar de los Códigos franceses, pero tuvieron que esperar para abrirlo á hallarse en sus habitaciones.

—Como no me puedo tener de pie—dijo Calixto—

voy á acostarme; tú te sientas junto á mi cama y me vas leyendo la ley.

Era la primera vez que tenía un Código en la mano; por lo tanto, cuando Valeriano lo abrió, sentado ya junto al lecho de su hermano, detúvose confuso.

—Debe tener un índice,—le dijo Calixto—búscalos.

—Y alfabético,—exclamó Valeriano, cuando lo encontró;—esto es muy fácil.

Leyó:

«Testamentos.—Civ. 895, 967.»

—Eso quiere decir—interrumpió Calixto—que es menester leer desde el artículo 895 del Código civil hasta el artículo 977; búscalos.

Hallólos enseguida Valeriano, y se puso á leer; pero cuando llegó al fin de estos artículos, se detuvo.

—¿Has comprendido algo?—preguntó á su hermano.

—Ni una palabra—contestó éste.

—Menos mal, porque ya empezaba yo á preguntarme si me había vuelto idiota.

—Prosigue; puede ser que más adelante comprendamos algo.

Continuó Valeriano la lectura, aproximando la bujía al libro, cuya impresión menuda era difícil de leer.

—«Artículo 904. El menor que haya cumplido diez y seis años.....»

—En ese caso estoy yo—interrumpió Calixto.

—«.....No podrá disponer de sus bienes más que testando.....»

—Me es igual porque precisamente lo que quiero es hacer testamento.

—«.....Y solamente de la mitad de aquéllos de que la ley permite disponer al mayor.....»

Al llegar á este punto se miraron.

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó Valeriano.

Púsose Calixto á reflexionar, é hizo á su hermano que leyera dos veces el final del artículo.

—Ya estoy,—exclamó al cabo de un momento,—eso quiere decir que el que tenga diez y seis años no puede disponer sino de la mitad de lo que dispondría si tuviera veintiuno.

—¿Entonces, cuanto podrías tú dejar si tuvieras veintiún años?

Hallábanse entre tinieblas y sin ver por ninguna parte un rayo de luz.

—No es fácil comprender la ley—dijo Valeriano.

—Es menester conocer muy bien ese lenguaje, y nosotros no lo sabemos; sin embargo, me parece que puesto que determina las condiciones de los que pueden testar, en alguna parte explicará cómo ha de hacerse y en qué proporciones.

—¿Quieres que lo lea todo?

—Esta noche no tengo un fuerte dolor de cabeza, y cuando me esfuerzo para comprender, parece que se me parte. Además, ya sabemos lo bastante para presentarnos en casa de Mr. Héline y explicarle lo que deseo; es decir: hacer testamento, en uso de mi derecho, porque tengo diez y seis años, y dejarte todo lo que te pueda dejar. El verá cómo y cuánto puede ser.

—Pero, no pudiendo yo testar, ¿de qué sirve que hagas tú testamento? No podrás conseguir tu deseo.

—Es menester contentarse con lo posible. No es poco que yo pueda testar, porque mi testamento, si muero, es una acusación que dejo. Siendo ese testamento conocido, el temor de la acusación que contiene puede tener alguna influencia; es como el temor á

los gendarmes que impide á los ladrones robar..... algunas veces. Mañana iremos á ver al notario, que no podrá despedirnos como á chiquillos, puesto que conocemos nuestros derechos..... casi. Ahora, déjame dormir si es que puedo.

Después de acostado, prosiguió Valeriano la lectura del Código. Al cabo de un rato llamó á media voz á su hermano, á quien oía agitarse en el lecho.

—Me parece que he encontrado algo;—le dijo—¿quieres que vaya á leértelo?

—Sí, ven.

Saltó de la cama llevando por todo traje la camisa de dormir, y, con la palmatoria en una mano y el Código en la otra, fué á la habitación de Calixto.

—Lo que se puede dejar—dijo—se llama «parte de libre disposición», y aquí me parece que está lo que puede referirse á nuestro caso.

«915. Los legados no podrán exceder de las tres cuartas partes de los bienes, si el difunto no deja ascendiente más que en una línea.»

—Ascendientes no tenemos más que uno: nuestra madre; por consiguiente, tú podrías, si tuvieras veintún años, disponer de tres cuartas partes de tu fortuna; como sólo tiene diez y seis, no puedes disponer sino de la mitad de esas tres cuartas partes. Yo creo que esto es lo que quiere decir.

—Si no quiere decir otra cosa completamente distinta. ¡Qué rompecabezas! Vete á acostar y procura dormirte sin pensar en todo eso. Ya que estoy malo, trata de no enfermar también tú.

Cuando veían pasar por las calles de Senlis aquellos dos preciosos niños á caballo, seguidos del *groom* con su ajustada librea, su ancho cinturón de cuero y su sombrero de copa, las gentes se paraban á mi-

rarles, y más de un tendero salía á la puerta de su tienda para varles.

A las cinco de aquella tarde se detenían en el atrio de la catedral, delante de la puerta del notario, y los curiosos que los observaban pudieron notar que Calixto echó pie á tierra con mucha dificultad.

Cuando atravesó bajo el arco ojival de la antigua puerta que daba acceso á la notoria, irguióse, y, tomando un aire resuelto, entró en la oficina donde estaban los escribientes.

—¿Mr. Héline?—preguntó.

—Está en su despacho.

Sorprendióse el notario al verles, y supuso que irían á quejarse de alguna nueva escapada de Buscail; así fué que lo primero que dijo después de preguntar por Mr. y Mad. Saniel, fué á propósito del preceptor.

—¿Qué es de Buscail? ¿Continúa siendo un buen muchacho, eh?

Respondió Valeriano que estaba menos preocupado que su hermano:

—¡Ah! no tiene precio, y es un pozo de ciencia; para consulta no tiene igual. Con la misma facilidad nos dice de qué dinastía es la reina Hatasu, que de qué familia es la zanahoria.

Tranquilizóse el notario al oír esta respuesta, y, viendo que nada tenía que temer de su antiguo compañero, esperó.

—Mr. Héline—le dijo Calixto—he venido con objeto de hacer testamento.

Era el notario hombre que sabía guardar las formas en todas las circunstancias, pero no pudo en aquel momento contener una exclamación:

—¡Vamos!—dijo—Esto es una broma de Buscail.

—No, señor: es cosa muy seria.

Tan gravemente contestó Calixto, que el notario comprendió que había dejado escapar una tontería, lo que no le gustaba que ocurriera.

—Perdonad—dijo;—pero considerando el excelente estado de vuestra salud, y, sobre todo, pensando que tenéis diez y seis años, no he vacilado en creer que fuera todo esto una broma.

—Sí, he cumplido diez y seis años el 14 de este mes—dijo Calixto.

—Es cierto; lo sé perfectamente.

—Por tanto, vengo para haceros depositario de mi testamento.

Para enmendar su torpeza, quiso el notario hacer un alarde de superioridad.

—¿Qué testamento?—preguntó.

Había creído al principio que aquella visita fuera sencillamente una broma; pero el continente grave de Calixto le había hecho comprender que, en efecto, se trataba de un asunto serio.

Era extraño, á no dudar, que aquellos dos jóvenes se dirigieran á él, así, de improviso, y que á su edad Calixto quisiera testar; pero por extraordinario que este paso le pareciera, comprendió que no debía preguntar la causa que lo motivaba, causa que esperaba conocer muy pronto, sin que la explicara Calixto.

—Debo advertiros—dijo—que el testamento abierto, es decir, extendido por mí en presencia de uno de mis colegas y de dos testigos, tiene el inconveniente de no ser secreto; puedo responder de la discreción de mi compañero como de la mía, porque es propia del cargo; mas no puedo confiar en la de los testigos. Por eso el testamento ológrafo.....

—¡Pero si yo no tengo empeño en que mi testamento sea sea secreto!—interrumpió Calixto.

Esta exclamación fué para el notario nuevo motivo de sorpresa.

—Sin embargo... repuso.

—No tengo por qué ocultarlo; nada me importa que todo el mundo sepa que dejo á mi hermano todo cuanto puedo dejarle; antes bien, me agradará que se sepa.

Como el notario fijase en él una mirada de extrañeza, quiso Calixto explicar sus últimas palabras.

—Será una prueba—añadió—del cariño que nos une.

—Como no teneis necesidad de dar semejante prueba á aquellas personas que os conocen, el testamento ológrafo que, como sabéis, no requiere más condiciones que estar escrito todo él, firmado y fechado de puño y letra del testador, tendría ciertas ventajas.

Dejóle Calixto hablar hasta lo último, escuchándole con cuanta atención le permitía el estado de su cabeza.

—Prefiero el acto público—replicó cuando el notario hubo concluído.

—Bien; pues extenderemos un acta pública.

—Desearía que lo hiciéramos en seguida.

—¡Cómo! ¿A esta hora?

—¿Teneis algún obstáculo para ello?

—No; pero como no hay prisa.....

—Prefiero que sea al momento.

—Sin embargo, es necesario algún tiempo para que yo vaya en busca de uno de mis colegas y para reunir los testigos.

—Esperaremos.

Mientras el notario fué á dar las órdenes necesarias, quedáronse solos Calixto y Valeriano.

—A juzgar por tu aspecto—dijo éste—debes estar mal.

—Mi cabeza estalla—respondió Calixto.

—Volvamos á casa para que te acuestes.

—Cuando haya hecho el testamento.

Reuniéronse el notario y los testigos, y Héline les explicó el objeto para que habían sido convocados.

Al oír hablar del testamento y ver quién era el testador hubo un movimiento general de sorpresa, casi de estupefacción. Calixto pudo notarlos, y comprendió que se realizaría su deseo de que se comentara el hecho.

Sentóse Héline delante de su bufete; cogió un pliego de papel sellado, y volviéndose á Calixto, le dijo:

—¿Queréis declarar delante de estos señores el propósito que privadamente me habéis hecho conocer?

—Mi propósito es dejar á mi hermano Valeriano todo lo que la ley me permita legarle en mi testamento.

Muy poco tiempo tardó Héline en extender el testamento; dió lectura de él y después lo firmaron Calixto, los testigos y los notarios.

A fé mía, Mr. Ranson—dijo el colega de Héline, cuando Calixto le dió las gracias—que no habrán testado muchos con más anticipación que vos.

—No tardaré mucho en hacerlo yo, cuando la ley me lo permita—dijo Valeriano.

XVII

—El *groom* les esperaba en el atrio, teniendo los caballos.

—Ayúdame á montar—dijo en voz baja Calixto á Valeriano,

dadosamente con las ropas de la cama, y viendo que continuaba tiritando, se arrodilló, y metiendo las manos en el lecho, le cogió los pies.

—Voy á calentarte; cierra los ojos y duerme.

Pero Calixto no se dormía ni se calentaba; arrebuñado en los embozos, no cesaba de tiritar.

—Es menester que tomes algo caliente—le dijo Valeriano.

—No llares.

—No tengas cuidado; voy á encender la lamparilla de espíritu de vino y á calentar agua.

—Si bebo agua caliente voy á vomitar. ¡Cómo me duele el corazón!—dijo con palabras entrecortadas.

—¿Crees que soy tan tonto que no te voy á dar más que agua caliente con azúcar? Lo que es bueno cuando duele el corazón es la hoja de naranjo.

—¿Tienes tú hojas de esas?

—Voy por ellas al jardín; pero no tengas miedo: no me oirán ni me verán.

Cuando encendió la lamparilla de espíritu de vino, colocó encima un recipiente de plata lleno de agua. Hecho esto se dirigió al jardín, con paso rápido y procurando no hacer ruido.

Volvió muy pronto.

—No me ha visto nadie,—dijo;—no tengas miedo, que no me he equivocado.

Preparó enseguida la infusión y la probó.

—Me he quemado la lengua,—exclamó;—pero así de caliente es menester tomarla para que haga bien.

Y presentó á su hermano la taza.

Tomóla éste dócilmente, y aunque también se quemaba, apuró todo el contenido.

—Ahora, tápate.

—Cuidas bien á los enfermos.

—Si lo estás de veras, ya verás como te cuido.

—¡Ya lo creo que lo estoy, mi pobre niño!

—No hay que pensar en eso; lo que hay que hacer es dormirse al momento. No hables más.

Calixto temblaba menos. No tardó en entrar en calor, y poco después dormía con un sueño agitado.

Si Valeriano hubiera sido dueño de obrar á su gusto, hubiérase quedado junto al lecho de su hermano; pero suponía que su madre, antes de recogerse iría á ver cómo estaba, y no le parecía prudente que encontrase al fingido enfermo cuidando al que estaba bueno.

Metióse, pues, en la cama, prometiéndose no dormir para detener á su madre, á fin de evitar que viera á Calixto y le despertara.

Ordinariamente, no bien había echado la cabeza en la almohada, ya estaba dormido; pero aquella noche no tuvo que hacer grandes esfuerzos para estar despierto, porque la inquietud le dominaba. ¿Qué iban á hacer si Calixto estaba verdaderamente enfermo, como era de temer? ¿Cómo impedirían que le asistiera su padraastro?

Todos los asuntos de que ambos se habían ocupado durante los últimos días, se le presentaban en aquel momento á Valeriano más urgentes y más amenazadores, y estaba solo para resolverlos.

Llegó la hora en que acostumbraba subir su madre, y poco después oyó que abrían suavemente la puerta.

Como había decidido impedir que aquélla penetrara en la habitación de Calixto, fingió que se despertaba en aquel instante.

—¿Eres tú, mamá?—preguntó en voz baja.

—¿Cómo estás?

—Muy bien.

Cogióle ella las manos y le tocó la cabeza.

—En efecto—dijo.

—Estaba cansado, pero el sueño me ha curado y ahora me siento bien..... No despiertes á Calixto; el pobre duerme como un lirón.

Dudó un instante; pero como no era Calixto quien le había hecho estar inquieta, puesto que dormía, resolvió no despertarle.

Fuése por fin, y entonces saltó Valeriano de la cama, y descalzo entró en el cuarto de Calixto. Como viera que éste estaba profundamente dormido, volvió á acostarse, y poco después también él dormía.

Al amanecer le despertaron unos gemidos ahogados; corrió presuroso al cuarto de Calixto, y vió que éste se agitaba en su lecho.

—Como la tisana de ayer te sentó bien—le dijo—voy á prepararte otra; verás como te tranquilizas.

Tomó la tisana, pero no le produjo el efecto que esperaban. Se acentuó más la agitación, y aumentó la fiebre durante más de dos horas, sin que Valeriano, asustado, supiera qué hacer.

Al fin se calmó un poco y cesó de quejarse.

—Ahora es necesario que te crean bueno, para dar tiempo á que Mr. Saniel se vaya á París sin verte; como no vuelve esta noche, tenemos tiempo de qué disponer; está tranquilo, que yo lo arreglaré todo. Si después que él se vaya te empeoras, nuestra madre mandará llamar á Mr. Morche, que no podrá negarse á venir, y asistido por Mr. Morche, al mismo tiempo que por Mr. Saniel.... Ya sabes lo que eso quiere decir. ¡Tengo ya mi plan! ¡No tengas miedo!

Incapaz de discutir el plan en aquellos momentos, Calixto se limitó á decir:

—No hagas tonterías.

—Puedes estar tranquilo.

Vistióse y acechó á Saniel á la hora en que ordinariamente salía de su cuarto, con el fin de encontrarse con él al paso.

—¿Ya levantado?—dijo Saniel.—Ahora iba á veros. ¿Cómo os sentís?

—Perfectamente; muchas gracias.

—¿Y vuestro hermano?

—Duerme aún.

—Valeriano entró contentísimo en el cuarto de su hermano.

—¡Nos hemos salvado! Ya se ha ido.

Pero su alegría fué de corta duración. Calixto que se había querido levantar, tuvo un desmayo, y fué necesario meterle de nuevo en el lecho.

—Llegó el momento—dijo Valeriano.

No opuso su hermano resistencia; parecía como atontado.

Fué entonces Valeriano en busca de su madre, y le contó que acababa Calixto de despertar: había querido levantarse; se había puesto malo, y en aquel momento estaba en la cama y como entontecido.

—Como se ha ido Mr. Saniel—añadió—sería bueno que avisaran á Mr. Morche.

El contaba con que esta insinuación, que le parecía habilísima, daría el resultado apetecido; pero su madre no la tomó en cuenta.

Corrió presurosa á ver á su primogénito y después de interrogarle, escribió un despacho, que mandó llevar inmediatamente á la estación telegráfica, con orden de esperar la contestación. Era para su marido.

Una hora después éste le contestaba diciendo:

«Enviad carruaje al tren de las diez y cincuenta.»

—Va á llegar Mr. Saniel—dijo.

Calixto salió de su estupor y cambió con su hermano una mirada de desconsuelo.

XVIII

Las primeras noticias de Calixto, que después de la llegada de Saniel, tuvo Valeriano, fuéronle comunicadas por su madre, y terribles para él.

—¿Puedo ver á Calixto?—exclamó cuando madame Saniel entró en la biblioteca donde él trabajaba con Buscail.

—No, hijo mío.

—¿Que tiene?

—Fiebre; una fiebre muy fuerte cuyo carácter aún no se ha determinado, mas que pudiera ser contagiosa. Por eso ha dispuesto Mr. Saniel que entre vosotros no haya comunicación.

—¡Ah, ya no le voy á ver más! ¡Pero no, tú no nos separarás; no: no nos separarás!

Y se arrojó en los brazos de su madre.

—¡Sí, te lo ruego, si es que aún nos quieres!—añadió.

—¡Mr. Buscail!—exclamó Mad. Saniel, con acento suplicante, llamando en su ayuda al preceptor.

En aquel momento entró Saniel en la biblioteca; su rostro tenía una expresión grave y sombría.

—¿No queréis que vea á mi hermano?—exclamó Valeriano, separándose de su madre para correr hacia él.

Saniel no le respondió.

—A ver el pulso—le dijo fríamante,

Y le pulsó.

—La lengua.

Valeriano obedeció maquinalmente.

—Desabrochaos ahora la americana y el chaleco.

Así que lo hizo Valeriano, consultóle Saniel, y al terminar su examen lanzó un suspiro de satisfacción.

—No tenéis nada—le dijo.

—Ya lo sé.

—Pero ayer os quejábais.

—Porque estaba rendido.

—Hoy sólo estais agitado.

—A causa de la enfermedad de mi hermano. Me ha dicho mi madre que queréis separarme de él.

—Es necesario.

—¡Oh, no nos separaréis; si mi hermano está enfermo, quiero hallarme á su lado; vos no me lo impediréis!—exclamó Valeriano con exasperación.

Saniel, sin responderle, dirigióse á Buscail.

—Desde este momento—le dijo—os instalaréis con vuestro discípulo en el pabellón de los naranjos.

Este pabellón, habitado en otro tiempo por el administrador del castillo, se componía de varias habitaciones, con cocina y comedor; allí habia estado Calixto mientras Valeriano tuvo la escarlatina, y allí también debía estar á su vez Valeriano durante la enfermedad de Calixto.

—Os llevaréis los libros que necesitéis—continuó Saniel—pues desde hoy, en tanto que persista la enfermedad de Calixto, no penetraréis en el castillo. Se os llevará la ropa blanca que haga falta. Criados que no comunicarán con los del castillo estarán á vuestro servicio, y allí harán comida especial para ellos y para vosotros. Tomaréis con el vino agua de Saint-Galmier, y para lavaros emplearéis únicamente agua hervida. En fin: comprenderéis cuál es mi deseo; in-

comunicación completa con los habitantes del castillo. Con este objeto daré las instrucciones que juzgue necesarias. Si pudiera hacerlo, os enviaría á viajar con vuestro discípulo; pero no quiero añadir al disgusto natural que ha de sufrir su madre con la enfermedad del mayor el que la ausencia del menor pudiera proporcionarle. Por eso, y con el fin de evitar todo contagio posible, tomo semejantes precauciones, aun aquellas que pudieran parecer exageradas.

—¿Pero qué tiene mi hermano?

—Cuando lo sepa con certeza os diré cual es su enfermedad.

—Y si aún no tenéis certeza de su padecimiento, ¿por qué me separais de él?

Quiso intervenir su madre, pero Valeriano protestó.

—No te pongas de su parte—exclamó;—¿no tiene él por sí solo bastante poder? ¡No nos abandones! ¡No nos separes! ¡Yo le quiero ver, tengo el derecho de asistirle! ¡Si me contagia su enfermedad, bueno; la pasaremos al mismo tiempo, y acabaremos antes!

—¡Pero esto es una locura!—dijo Mad. Saniel, presa de violenta agitación.—¿Cuando tú estabas malo, nos opuso tu hermano semejante resistencia?

—Entonces no era ahora.

Pero, no atreviéndose á dejarla bajo la impresión de aquella frase que inconscientemente había dejado escapar, se apresuró á añadir:

Entonces se sabía que yo tenía la escarlatina, y ahora se ignora lo que mi hermano tiene.

—Si vuestro hermano tuviera el tifus, ¿no creéis que se haría indispensable el aislamiento?—dijo Saniel con firmeza, pero sin dejarse arrebatar.—Comprendo vuestra ansiedad por saber qué enfermedad

padece vuestro hermano; de esa ansiedad participo yo también, y en mayor grado aún, porque sobre mí pesa la responsabilidad de asistirle. Pero habéis de comprender, hijo mío, que no siempre se presentan las enfermedades bajo una forma simple que responda á un nombre del Diccionario; á menudo son complejas, indeterminadas, y se caracterizan poco á poco, atormentando así al médico que las combate. Cualquiera que sea la enfermedad que aqueje á vuestro hermano, juzgo necesario el aislamiento, y habrá de llevarse á efecto, porque así me lo manda el doble deber que tengo que cumplir, como médico y como jefe de la familia. Ó partís inmediatamente para viajar con Mr. Buscail, que sería mi deseo, ú os retiráis al pabellón de los naranjos, que sería el de vuestra madre. Pensadlo y resolved.

Miró Valeriano á su madre y comprendiendo que no debía esperar apoyo en ella, exclamó:

— ¡Oh, madre! ¡Pobre madre mía!

Tan desesperado era su acento, tan impregnado de dolor y de reproche, que Mad. Saniel se sintió conmovida hasta el fondo de su corazón.

Después de una breve pausa, levantó Valeriano la cabeza, y, plantándose erguido delante de Saniel, dijo con gran energía:

— Me quedo en el pabellón; por lo menos sabré lo que pasa.

La instalación de Valeriano y su preceptor en el pabellón de los naranjos hizo comprender á la servidumbre del castillo que la enfermedad de Calixto era grave.

De este modo llegó también á conocimiento de Florentino, que tuvo la prueba de que no se había equivocado en sus pronósticos.

Empezaba el primer acto del drama que estaba esperando hacía tantos días.

Saniel iba á matar al pobre niño, como había matado á Caffié y á Mad. Dammauville.

La justicia en que él había siempre creído, proseguía su misteriosa marcha obedeciendo á leyes inmutables.

Aunque no había dejado de pensar desde su llegada á Venette que en un momento dado la muerte de los niños pondría en sus manos á Saniel, cuando á más de verla cernerse sobre aquellas inocentes criaturas la vió dispuesta á herir nuevas víctimas, no pudo impedir que la emoción embárgara su alma.

¿Debía permitir que se cumpliese un crimen, cuyo misterio era de él solo conocido? ¿Debía interponerse entre las víctimas y su verdugo? La piedad que el abandono de los dos infelices hermanos le inspiró primeramente, había ido trocándose en simpatía; habíales ya tomado cariño, y el peligro que les amenazaba producía en el fondo de su pecho cierta especie de emoción, de que él mismo no se daba exacta cuenta. ¿Debía limitarse á ser testigo impasible del inicuo atentado, esperando para confirmarlo á que la justicia tomara cartas en el asunto?

Encorvado sobre la tierra que cultivaba, parecía absorto en su trabajo, pero á decir verdad, este dilema era el que por completo llenaba su pensamiento.

Si no tomaba la resolución suprema de darse á conocer, de lanzar su acusación, ¿quién había de dar crédito á sus advertencias y á sus insinuaciones? ¡Ase-sinar Saniel á sus hijastros! ¡Saniel, respetado y honrado por todo el mundo! La madre misma de aquellos niños no daría crédito á semejante absurdo.

De haber conseguido las pruebas que deseaba so-

bré la muerte de Caffié y de Mad. Dammauville, habría podido apoyarse en hechos reales; pero no había podido reunirlos: sus indagaciones no habían adelantado un ápice desde el día en que en Palaiseau interrogó á la señora Bouchu. La hija del guardabosque de Plailly no había vuelto aún de Madera. Esperándola, habíase visto obligado á suspender sus gestiones, y mientras esta ausencia tenía paralizado el asunto, el plazo de diez años se había cumplido, y la prescripción había alcanzado á Saniel, que ya lo tenía que rendir cuentas á la justicia humana, como no fuese por otro nuevo crimen.

En tales condiciones, ¿cabía impedir que semejante delito se llevase á efecto? Y él, él, que sólo era un miserable desertor de presidio, ¿podía ponerse en lucha abierta con un hombre de la posición de Saniel, y al mismo tiempo con los jueces que le habían condenado? Hubiera sido una locura.

Para el desdichado Florentino había ya pasado el tiempo de los accesos sentimentales; el presidio y la experiencia de la vida habíale curado de ellos. ¿Había tenido alguien piedad de él? ¿Por qué tenerla, pues, de los demás? Dignos de compasión eran los pobres niños; pero también lo era él, y jamás le había compadecido nadie. En aquel drama, tenía que limitarse á ser simple espectador, hasta que llegara el momento oportuno de entrar en escena para representar su importante papel en el desenlace.

Firme en este propósito, decidió informarse minuciosamente del curso de la enfermedad, tomando notas de todos los detalles que juzgara útiles para servir más tarde de base á la instrucción de un proceso, y sorprender en la taberna del Sport todas las murmuraciones á que diera lugar aquella enfermedad entre la tribu de los Ranson.

Sus posiciones, dentro como fuera, eran inmejorables para seguir los accidentes de la batalla.

Sin embargo, para informarse halló dificultades que no había previsto; Saniel había hecho que vinieran de París para asistir á Calixto dos hermanas de la Caridad. Llamábase una la hermana Eudoxia, que era una vieja un tanto bigotuda; la otra, de tipo angelical, respondía al nombre de hermana Renata.

Todo lo hacían ellas, y por sus manos pasaba todo, sin que la servidumbre del castillo tuviera que intervenir para nada, como no fuera para servir las.

Florentino no podía, por lo tanto, dirigirse á estas asistentes como lo hubiera hecho á los criados, interrogando á su gusto como entre compañeros se hace. Tenía que contentarse con algunas palabras cogidas al vuelo referentes á los síntomas de la enfermedad.

Accidentes pulmonares, fiebre continua, fenómenos abdominales. Del tratamiento: sulfato de quina, ventosas, purgantes..... Pero nada de esto le proporcionaba armas contra Saniel, por el momento al menos.

Quería penetrar hasta el fondo de los acontecimientos, y no podía ver ni la superficie; pero abrigaba la esperanza de que acumulándose los hechos podría recoger algo. Indudablemente, Saniel no mataría á su hijastro echando veneno en el vaso, como se hacía en los melodramas antiguos, pero, por cuanto fuera hábil, siempre dejaría descubierto algún punto por donde poder atacar.

Por lo que respectaba á la murmuración, el camino era mucho más llano, pues se trataba de un terreno preparado hacía mucho tiempo, y en el que no había dejado de nacer un solo grano de la semilla que él había sembrado con tanta pericia, y que con tal

acierto y tan gran paciencia había cultivado. Héline había creído que la cotidiana distribución de pan que aconsejaba á Saniel produciría á éste la reputación de caritativo y generoso; en la taberna del Sport, adonde iban á parar casi todos los cuartos que se repartían, el efecto había sido muy distinto del que el notario esperaba.

—Muy poco trabajo debe costar á ese médico ganar el dinero para que lo tire así—decían.

—Para tirar de tal suerte, es menester que robe.

¿De dónde habían nacido estas ideas? Imposible era saberlo; pero es lo cierto que habían venido á enriquecer la leyenda que de Saniel se contaba, y que, ya con un hecho, ya con otro, aumentaba de día en día. Evidentemente, un hombre que todas las mañanas da diez céntimos á cada mendigo que llama á su puerta, no puede ser más que un malhechor.

Y no era solamente en la taberna del Sport donde esta opinión hallaba partido; era raro encontrar en la comarca personas que se atrevieran á discutirla.

Cuando la enfermedad de Calixto llegó á conocimiento de la gente, prodújose otra explosión.

El tío Juan había llegado á toda prisa, con la desolación retratada en el semblante.

—¡Pobre niño!—exclamó—¡Es una desgracia! Por supuesto, que no me coge de sorpresa; ya había yo dicho que con sus endiabladas invenciones acabaría por hacerles enfermar. Ya tenemos enfermo á ese angelito, que yo quiero como si fuera hijo mío. ¿Qué enfermedad tiene? Parece que no se sabe. ¡Yo quiero que me digan si eso es natural! Un padecimiento tiene siempre un nombre. ¿Queréis que os diga una cosa? Pues bien: este asunto huele mal; no hay que darle vueltas, me huele mal.

Y todo el mundo había opinado que, en efecto, olía muy mal.

—Si no fuera un gran médico el que le asiste, se podría decir que no sabe lo que se hace; pero ¡un médico como Mr. Saniel!.... ¡Eh, normando! ¿Qué se dice en el castillo?

—No se dice nada, lo que no es de extrañar, porque nadie sabe una palabra. Han prohibido acercarse á la parte del castillo en que se halla el enfermo.

—¡Le ocultan! ¡Ah!

—Han prohibido también que saquen su ropa blanca, y la echan en tinas, donde hay unas drogas que apestan.

Juan había hecho una observación, que al pronto parecía no tener relación con el asunto, pero que, sin embargo, produjo honda impresión en el auditorio. Dijo que él, á su edad, no conocía viuda alguna de médico, pero sí varios médicos viudos.

De la misteriosa enfermedad de Calixto se hablaba no solamente en la taberna del Sport, sino en todas partes por aquellos alrededores.

Por los testigos se sabía ya que Calixto había hecho testamento, y por la persona que acompañaba á Morche el ruego que Valeriano dirigió á éste para que visitara á su hermano. ¿No era esto bastante claro?

—Yo lo espero todo—repetía Juan cada vez más afligido.

Y la mayoría del público lo esperaba también todo, puesto que, cuando al vigésimo día de enfermedad se supo la muerte de Calixto, cada cual exclamaba:

—¿Qué es lo que yo os decía?

PARTE TERCERA

I

Cuatro meses hacía que Valeriano, acompañado de su preceptor, vivía en la Haya, con su madre. Habían en una bonita casa de ladrillo, situada no lejos del bosque, y desde la cual se veían las praderas de Maliebaan y de Koehamp, por donde amenudo cruzaban ciervos y corzas.

El mismo día del entierro de Calixto quiso Saniel que salieran de Venette, y, como era la época calurosa del año, decidió que marcharan á Holanda, cuyo nombre es sinónimo de fresco y de verdura. Tomaron en Creil el tren para Bélgica; durmieron en Bruselas aquella noche, y al siguiente día llegaron á La Haya.

Quando quedaron instalados en la casa de la plaza Princesse-Gracht, despidióse de ellos Saniel y se volvió á París.

Con aquel brusco viaje se proponía evitar la posibilidad del contagio, y al mismo tiempo esperaba que la tranquila vida que harían en familia consolaría un tanto su profundo dolor.

Creía que la repulsión que sus hijastros le habían

demostrado no reconocía otra causa más que celos infantiles, y, por tanto, suponía que alejándose durante algún tiempo, dejando en completa libertad á la madre y al hijo, éste se desahogaría con ella más libremente, y sus tiernas expansiones servirían de alivio á la pena que la muerte de Calixto había producido á entrambos.

Pero se había equivocado respecto de Valeriano; éste, en las largas horas que pasaba á solas con su madre, tenía más ratos de tristeza y de desesperación que de dulces expansiones. La presencia de su madre no podía reemplazar la de su hermano.

En los primeros días, el dolor de Valeriano había sido terrible: mudo, y tan grande, tan profundo, que parecía insondable. Viéndole sentado en un ángulo de la ventana, delante de su madre y sin fijar casi nunca los ojos en ella, y á menudo evitando que se encontrasen sus miradas; silencioso siempre, y sin tomar siquiera como pretexto para este silencio la distracción de la lectura, hubiera sido imposible reconocer en él el expansivo y cariñoso joven que había sido hasta entonces.

Si ella le dirigía la palabra, respondíale él con la mayor concisión posible, y la conversación decaía por su parte, como si le fuera penoso sostenerla, fuera cual fuera el motivo sobre que se hablaba.

Sin embargo, algunas veces, cuando Valeriano veía á su madre absorta en sus pensamientos y sin fijar en él los ojos, parecía que se extasiaba contemplándola involuntariamente; luego, cediendo á un arrebató de ternura, se arrojaba sobre ella y la cubría de besos. Pero en vez de dejar que á su vez le devolviera su madre aquellas muestras de cariño, huía bruscamente de sus brazos, enjugaba sus lágrimas, y, ahogando los sollozos, corría al cuarto del preceptor.

—Salgamos, Mr. Buscail— le decía.

Salían, en efecto; Valeriano delante, como quien huye, y detrás á cierta distancia, Buscail, que le seguía con cuanta rapidez le permitían sus cortas piernas, y asegurando en la nariz los lentes que no estaban acostumbrados á tan bruscas sacudidas. Cuando notaba que el preceptor se había quedado muy detrás, acortaba el paso y le esperaba.

Si era hora en que salía algún tren, en él se iban á Harlen, á Leyden, á Rotterdam y aun Amsterdam, y otras veces, si daba la casualidad de que en aquel momento pasara el tranvía lo tomaban, é iban á Scheveningen. Allí se bañaba Valeriano, y luego paseaban por la playa, ó se sentaban en un mogote y permanecían durante largas horas contemplando el mar y las flotillas de lanchas pescadoras que llegaban con la marea, echaban el ancla, y, balanceadas por las olas ó varadas en la arena, desembarcaban el pescado, que las mujeres se llevaban en carritos tirados por perros.

Habían convenido que Valeriano trabajaría cuando quisiera hacerlo, y solamente para que se distrajese, sin cansarse; entonces Buscail, que no perdonaba ocasión de ejercer su oficio, hacía observar á su discípulo cuán poco había cambiado la vida holandesa, diciéndole que todo aquello que ocurría ante sus ojos no era sino la reproducción exacta de los cuadros de los antiguos maestros, que habían visto en los museos de La Haya y de Amsterdam. Eran los mismos tipos de pescadores, vestidos con idénticos trajes; las mismas barcas de redondos costados é iguales los colores de las velas, el gris del cielo y el amarillo del mar.

Narrábale la batalla naval que Ruyter empeñó contra las flotas aliadas de Francia y de Inglaterra,

enfrente de aquel pueblo, y arrastrado por el asunto, emprendía la historia de la lucha de las provincias Unidas, que lógicamente le conducía á la *Revocación del edicto* de Nantes, y no menos lógicamente á la *Revolución de 1688*.

Valeriano parecía escuchar, aunque no fuera más que porque guardaba silencio, con los ojos fijos en el horizonte; pero algunas palabras que á veces se le escapaban, probaban á Buscail que había hablado únicamente para los aires del mar.

La primera vez que explicó una lección de aquellas, la respuesta de Valeriano había sido tan extraña, que el preceptor quedó sorprendido. Tratábase del carácter de Guillermo III, y, escuchándose, Buscail se aplaudía interiormente. Cuando concluyó, después de un momento de silencio, cogióle Valeriano la mano y se la estrechó entre las suyas.

Contento y satisfecho Buscail de aquella silenciosa muestra de aprobación, estrechó á su vez la mano de su discípulo.

—¿No es cierto?—dijo.

Indudablemente aquella muestra de aprobación provenía de un niño, pero de un niño inteligente, que por más que no hubiera podido penetrar la profundidad de ciertos conceptos, había apreciado la belleza del conjunto.

—Mr. Buscail—os quiero mucho—fué la respuesta de Valeriano.

Tardó un poco Buscail en comprender los sentimientos que aquellas palabras traducían, y entonces la simpatía cerró la herida recién abierta en su amor propio de autor.

—Yo también os quiero mucho, hijo mío;—le respondió con la mayor sinceridad.

—Es menester evitar que nos separen—prosiguió Valeriano;—¿qué sería de mí sin vos?

—Pero nosotros tenemos aún por delante muchos años que pasar reunidos.

—¡Ojalá! Mas yo quiero decir que es preciso evitar que busquen motivos para separarnos.

No era Buscail hombre á quien escapara lo que quería decir aquel lenguaje, hecho de intento oscuro y confuso.

—Espero—dijo—que no haya motivos.

Y, en efecto, hasta entonces no los había habido. Buscail había tenido suficiente fuerza de voluntad para no entrar en casa de Erven Lucas Bols, al pasar por Kalverstraat, ni en el establecimiento de Wynand Focking en Pylsteeg, para beberse una copa de *curaçao*, aunque supiera, como sabía, que el licor que allí servían no se parecía en nada al que exportan en tarros para venderlos en el extranjero.

Algún tiempo después hubo ocasiones en que Valerianos quiso hablar con su madre, pero siempre recaía la conversación en el mismo asunto y empezaba por la misma pregunta:

—¿Qué dijo cuando le anunciaste que era preciso separarnos?

—Después de un momento de profundo disgusto, se resignó. Ya estaba el pobre en un estado de estupor que apenas entendía ni sentía nada.

—¿Cómo en un estado de estupor?

—Sí; su mirada era incierta, no se fijaba en nada ni en nadie.

—¡Ni en tí tampoco!

—No preguntaba ni pedía nada; no se quejaba, ni respondía más que cuando le interrogaba yo, ó las hermanas; era necesario hablarle fuerte, porque esta-

ba muy duro de oído, y había que repetirle veinte veces las preguntas más concretas para que las entendiera, porque su inteligencia se había obscurecido mucho. «Me cansais», decía. Si queríamos hacerle recordar algo no le obedecía la memoria, y á menudo le faltaba. Sufrió menos, sin embargo, porque habían desaparecido los dolores de cabeza. La mayor parte del tiempo la pasaba inmóvil y como aletargado. Su fisonomía, como su cuerpo, estaba impasible, y sin expresión los ojos, aunque tenía muy dilitadas las pupilas. ¡Ah, hijo mío! ¿Por qué quieres que evoque estos recuerdos que me matan?

—Para saberlo, püesto que me separásteis de él. Tú le viste, pero yo no, y por eso tengo que hacer que me lo cuenten todo. ¿Y de mí, qué decía?

—En los primeros días, parecía que no tenía recuerdos ni pensamiento más que para tí. «¿Dónde está Valeriano? ¿Qué hace Valeriano? ¿Cómo está?» Llegó hasta imaginarse que tú también estabas malo.

—¡Ah, pobre infeliz!

—Entonces fué cuando quise que le escribieras. No pedía él leer las cartas, pero se las leía yo; él las miraba, y se las dejaba abiertas sobre el lecho. Un día, como si presintiera la terrible realidad.....

—Lo sabía, mamá; ¡sabía muy bien el desdichado que estaba condenado!

—Me habló de tí, no para el presente, sino para lo por venir; ya había tenido varios accesos de delirio. En uno de estos accesos no estaban presentes las hermanas, y me hizo señas de que quería hablarme. «Vela por Valeriano—me dijo;—es necesario que no le abandones, y tú no le abandonarás ni un instante; prométemelo.» Se lo prometí; me apretó la mano muy débilmente, y recayó en el delirio.

—¿Qué decía?

—Balbuceaba palabras incoherentes; sus labios se entreabrían, y dejaban escapar palabras sin sentido, casi siempre las mismas.

—¿Qué palabras eran?

—«¡Ras, ras, ras!», ó bien «¡sierra, asierra!, asierra!», «¡es necesario, es necesario!»

—Pues ya ves que esas palabras no carecían de sentido. ¿No lo comprendes ahora? ¿Y qué más decía?

—Tenía un capricho: á cada momento quería que yo le peinase, y durante horas enteras no cesaba de repetir: «peinar, peinar,» con sonidos tan inarticulados, que solamente yo adivinaba lo que quería decir. Después se amodorraba, quedábase inerte, haciendo de vez en cuando algún ligero movimiento inconscientemente y murmurando algo que más bien eran quejidos que palabras.

Durante aquellos cuatro meses Saniel había ido casi periódicamente cada quince días á pasar en La Haya el Domingo. Llegaba el Sábado por la noche, y el Domingo por la noche se marchaba.

Aquellos días Valeriano se iba con Buscail á hacer excursiones, á pesar de los ruegos de su madre, pero no podía evitar el encontrarse con Saniel cuando regresaba, y á veces también antes de partir.

Cuando esto acontecía, examinábale Saniel detenidamente, como lo hubiera hecho con un cliente desconocido.

Protestaba Valeriano y respondía de mala gana á las preguntas que aquél le hacía, pero sin embargo, Saniel no se disgustaba.

—Ya veis que no estoy enfermo—decía Valeriano.

—Quiero convencerme de ello—replicaba Saniel.

—El estado de tristeza en que os hallais me impone el deber de cuidaros mucho.

—¡Ah! no es la tristeza lo que mata; mi hermano no estaba triste y sin embargo murió.

Aunque realmente Valeriano no estaba enfermo, había, sin embargo, en él algo que preocupaba á Saníel, siendo esta la causa de aquellos reconocimientos minuciosos; este algo era que crecía de un modo exagerado, y, aunque en sí nada tuviera de alarmante, en semejante período de crecimiento Saníel creía que debía tener mucho cuidado con la salud de su hijastro.

Con el otoño llegó el mal tiempo, los días de frío, de niebla y de humedad, que tan desagradable hacen para los extranjeros la estancia en Holanda.

Durante la larga ausencia de los habitantes de Vennette, había hecho Saníel que se llevasen á cabo en el castillo importantes reformas, que creía indispensables para el saneamiento del edificio. Terminadas éstas quiso que su familia regresara, puesto que en virtud de las reformas hechas podían verificarlo sin peligro.

Por otra parte, este regreso se haría necesario, porque Mad. Saníel estaba en cinta, y, habiéndose presentado difíciles los primeros meses de embarazo, su marido deseaba tenerla á su lado.

La primera vez que se habló de salir de La Haya se opuso Valeriano.

—¿Por qué no hemos de continuar aquí?—dijo á su madre.

—Mr. Saníel opina que en la estación presente este clima es malo para tí y para mí.

—Pues bien; si es necesario salir de Holanda, porque así lo quiere Mr. Saníel, vámonos á Italia ó á

Argel; uno y otro clima serán buenos para nosotros.

—Yo no puedo, por ahora, emprender largos viajes.

—Vamos entonces al Mediodía de Francia; ese viaje no es largo.

—De todos modos, un día ú otro tendremos que volver á Venette.

—Quisiera no volver nunca.

—Comprendo la repulsión que te inspira....

—Si la comprendieras, la sentirías como yo.

—¿Pero en qué consiste?

—Que tengo miedo, madre, mucho miedo: me espanta la sola idea de entrar en la casa donde murió mi hermano.

—Pero si Mr. Saniel ha tomado todo género de precauciones; si ahora no existe allí el menor peligro.

—Si quieres que yo salga de Holanda, déjame ir á Italia con Mr. Buscail; ya ves que ahora puedes confiar en él.

—¡Y me abandonarías! ¡Estaríamos separados! ¡No basta que haya perdido á tu hermano, sino que he de perderte también á tí!

—Te consolará tu nuevo hijo.

Mad. Saniel sintió que la faltaba aire que respirar, y un mar de lágrimas brotó de sus ojos.

—No ignoras—dijo después de una pausa—que prometí á tu hermano cuidarte mucho; aunque pudiera dejar de cumplir mi promesa, no podría autorizar ese viaje sin el consentimiento de Mr. Saniel.

—Desde el momento que mi suerte está en manos de Mr. Saniel, iré á Venette.

En efecto, cuando Mad. Saniel habló á su marido del viaje á Italia, respondióle aquél que para su tranquilidad y para la salud de Valeriano era lo más conveniente que estuvieran todos reunidos.

II

Cuando después del entierro de Calixto, partió Valeriano para Holanda, más de un Ranson opinó que no volvería á Venette.

El tío Juan había dicho sin rodeos:

—¡El pobre niño desaparecerá en el extranjero; es mucho más cómodo!

Y fijo en esta idea, pensó acusar á Saniel de haber matado á Calixto; pero para él era asunto de mayor interés evitar que acabara con Valeriano, último de los Ranson.

La acusación presentaba no pocas dificultades, porque, al tratar de reunir los elementos sobre que se había de basar la denuncia, vióse obligado á reconocer la poca solidez de los fundamentos en que podía apoyarla.

Presunciones había muchas en que fundarse, pero no un hecho concreto; y si bien las sospechas suelen bastar para que la opinión pública acuse, no bastan nunca para que la justicia condene. No sabiendo qué partido tomar en tal situación, decidió acudir en demanda de consejo á su hijo el veterinario, oráculo á quien siempre consultaba antes de emprender cualquier asunto importante, pero éste le disuadió de lanzarse en semejante empresa.

Aunque el hijo no había dejado de ser campesino por completo, no lo era ya tanto como su padre; y por consiguiente, no abrigaba las mismas ilusiones que éste en punto á la herencia. Según él, esperar que un día viniera á sus manos parte de la enorme fortuna de sus primos era un sueño irrealizable.

Por otra parte, atacar á un hombre que se hallaba colocado en la situación de Saniel, situación que él podía apreciar mucho mejor que su padre, y atacarle sin tener armas fuertes para la lucha, le parecía un desatino.

Saniel era un personaje que gozaba de la consideración pública, ocupaba puestos importantes, tenía una brillante historia y estaba cubierto de honores; la acusación no podía dar más resultado que poner en ridículo ó hacer odioso á aquel que la intentara.

A pesar de que Juan calificaba de inocente á su hijo, porque él, viejo astuto quería intentar la acusación, no tuvo más remedio que reconocer la exactitud de los razonamientos de aquél. ¡Faltaban pruebas! ¡Canalla de médico!

Florentino, lo mismo que Juan, había supuesto que Valeriano no volvería á Venette, y como Juan, también se preguntaba si no bastaría la muerte de Calixto para entregar á Saniel á los tribunales.

Pero de igual manera que el taimado viejo y su hijo el veterinario, habíase visto obligado á reconocer que las sospechas que recaían sobre Saniel no constituían prueba.

Contra él estaban la opinión pública y el hecho de haber testado Calixto, hecho que, verificado por un joven de la edad de aquél, indicaba un estado de ánimo que era una acusación. Existía además, el testimonio del caballero que acompañaba á Morche cuando Valeriano rogó á éste último que asistiera á su hermano. Y, por último, lo extraño de aquella misteriosa enfermedad y las medidas que se habían tomado para que no fuera conocida, rodeándose de las mayores precauciones, y hasta lavando los trapos en aquellas composiciones químicas, hechas por un hom-

bre convencido de su ciencia, con el fin de evitar que se pudiera saber cuál era el veneno que había matado al niño. Pero todos estos indicios, vistos despacio, no constituían cargos suficientes para que la justicia admitiera la culpabilidad de un hombre parapetado detrás de una muralla de oro.

Intentar un ataque en semejantes condiciones era exponerse á un fracaso seguro, pues por grave que fueran las presunciones, no bastarían para que, aparte de aquellas personas influidas por su propio interés, admitiera ningún otro la culpabilidad de Saniel. Su calidad de médico de cabecera y de heredero de su hijastro no eran datos de bastante fuerza para probar el hecho.

¿Quién conocía al verdadero Saniel, es decir, al asesino de Caffé y de Mad. Dammauville? Mientras este Saniel no fuera desenmascarado, no podía verse en el otro más que al hombre á quien diez años de trabajo y de éxitos habian encumbrado tan alto, que estaba por encima de toda sospecha.

Obligado á rendirse ante la exactitud de estos razonamientos, Florentino había sufrido una terrible decepción. ¿Había combinado un plan tan bien urdido, se había lanzado en una empresa tan llena de peligros para no obtener más que ese resultado? Asistir al triunfo del miserable á quien la fortuna protegía tan decididamente le desesperaba.

¿Cómo había sido tan torpe que no previera aquel viaje al extranjero? ¿Cómo tan inocente que hubiese podido suponer que Saniel tuviera la audacia de deshacerse de los dos niños en el mismo país y de la misma manera?

Veía hundirse uno tras otros sus proyectos y deshacerse sus esperanzas, lo mismo entonces, respecto de

cesario, pues, esperar que muriera, y, hasta tanto, soportar con calma la triste existencia que se había impuesto.

Decidió quedarse en el castillo hasta ver el fin de aquel drama, con la esperanza de que quizá podría darle un desenlace para todos inesperado.

De vez en cuando hacía un viaje á Plailly para adquirir noticias de Sofia Aubry, la antigua doncella de Mad. Dammauville, y saber si al fin regresaba de Madera.

Un domingo al principio del mes de Octubre, fué la misma Sofia quien le recibió.

Calculó Florentino que la historia que había inventado para la anciana portera podía servir también para la doncella, y que pasaría en Plailly como había pasado en Palaiseau. Así fué que se presentó en nombre de aquella casa editorial que publicaba las causas célebres, y que le había comisionado para reunir datos relativos al asesinato de Caffié. Como había cambiado de traje, suprimiendo su aire de campesino podía muy bien pasar por lo que decía ser.

—Tenemos—dijo á Sofia—la declaración que hicisteis en el proceso, pero es necesario que la ampliéis en ciertos puntos.

—Lo haré con mucho gusto—respondió la doncella;—pero es menester que vos me interroguéis, porque ignoro lo que de mí deseais.

—Sería de mucho interés saber en qué estado se encontraba Mad. Dammauville cuando, después de la consulta, se retiraron los médicos; ¿os acordais?

—¡Ya lo creo! Nunca la había visto tan agitada; pero me expliqué aquella agitación, porque supuse que los médicos le habrían dicho algo desagradable respecto de su enfermedad, lo que naturalmente la

los dos niños, que antes, en lo relativo á Caffié y á Mad. Dammauville.

Momentos tuvo en que se dijo si no debía renunciar á aquella empresa, demasiado grande para sus fuerzas y harto difícil para un pobre diablo, que no contaba con más apoyo que el que su voluntad le diera.

Empezaba á cansarse del oficio de jardinero, de la vida á la intemperie, de las noches que pasaba en la taberna del Sport y del papel de sencillo aldeano que constantemente tenía que representar. Mil veces se repetía que no se había fugado de la isla de Nou con el único fin de pasar su vida de jardinero en Venette.

Entretanto Filis, que temblaba ante la idea de que su hermano pudiera ser descubierto, no cesaba de aconsejarle que no se obstinara en proseguir por aquel peligroso camino, que, á su modo de ver, no tenía fin. Los domingos, cuando Florentino iba á París para pasar algunas horas con ella y con su madre, le repetía en todos los tonos y se esforzaba en demostrarle que si verdaderamente Saniel fuera capaz de matar á sus dos hijastros, lo haría con el tacto necesario para ponerse á cubierto, no solo de una acusación, sino de cualquier sospecha grave.

Dos meses después de la partida de Valeriano había llegado á perder la esperanza hasta tal punto, que resolvió marcharse de Venette. ¿Qué hacía allí, convencido como estaba de que no llegaría á vengar á la víctima de Saniel?

Dispuesto ya á mantener la promesa que había hecho á Filis, se arrepintió luego de su debilidad. Mientras Valeriano viviera, él no podía tener la seguridad absoluta de que no volvería á Venette. Era

inquietaba. No me atreví á preguntarle nada, porque comprendí que mis preguntas le molestarían. ¡Ah! Era una excelente señora, de muy buen carácter y nada avara; yo le había tomado cariño. Le servi la comida, y recuerdo que no comió casi nada.

—¿Qué hizo después de comer?

—Recibió una visita; su amiga más íntima, que iba á decirle adiós.

—¿Recordais el nombre de aquella señora?—preguntó Florentino con temblorosa voz.

—Sin duda, Mad. Thézard.

—¿Dónde vive?

—Vivía en la calle de Capuchinos, núm. 9; pero ahora ignoro donde esté. Ya comprenderéis que después de tanto tiempo..... Aquella misma noche salía para reunirse con su marido, que estaba de cónsul en Australia.

—¿Estuvo mucho rato con Mad. Dammauville?

—No recuerdo bien, pero creo que no fué mucho.

—¿Abrísteis vos la puerta para que saliera madame Thézard?

—Me parece que sí.

—¿Qué aspecto tenía al salir?

—No me fijé ó no lo recuerdo.

—¿Sabéis qué hizo Mad. Dammauville cuando se marchó su amiga?

—Escribió una carta para el doctor Saniel y me mandó llevarla.

—¿Acudió el doctor Saniel? ¿Entró en su cuarto y se quedó solo con ella? ¿Permaneció mucho tiempo?

—Una media hora, me parece.

—¿Dónde estábais entre tanto? Tratad de recordarlo.

—Lo recuerdo perfectamente, porque la señora nos

había hecho una extraña recomendación á la cocinera y á mí: á ella, que no se acostara, aunque era ya la hora de que subiera á su cuarto; á mí, que estuviera en la sala, que como comprenderéis no era mi puesto.

—¿Os llamó la señora?

—Únicamente para acompañar al médico cuando salió.

—¿Qué aspecto tenía al salir el doctor Saniel?

—Salía cabizbajo, y como agobiado bajo un peso.

—¿Qué hicisteis al entrar en el cuarto de madame Dammauville?

—Después de darle cuanto le hacía falta, me recogí.

—¿Tocásteis á la estufa?

—No había para qué; la había preparado antes de ir á llevar la carta al médico.

—¿Funcionaba bien?

—Tiraba perfectamente.

—¿Qué ocurrió durante la noche?

—Nada. A la mañana siguiente, cuando entré, estaba muerta la señora. Fui entonces corriendo á casa de Mr. Balzajatte, y me dijeron que se había marchado al campo; después busqué á Mr. Saniel, y éste me acompañó. Fué á casa y dijo que Mad. Dammauville había muerto asfixiada por el carbón.

—¿Dijo el médico de dónde provenía la asfixia?

—De que no tirara bien el calorífero, ó de algún defecto de la chimenea.

—¿Y eso era cierto?

—De ningún modo.

—En ese caso, es indudable que alguien tocó á la estufa; y como en la habitación de Mad. Dammauville no entraron más personas que vos y el médico, uno de los dos lo hizo.

—Yo no fui; seguramente, no.

—Entonces fué él. ¡Tendría que ver! ¡El enfermo muerto por el médico!

III

La mano de Saniel en el asesinato de Mad. Dammauville, mostraba la intervención de la misma mano en el de Caffié. Las dos pruebas se completaban mutuamente.

En extremo satisfecho salió Florentino de casa de Sofia Aubry; al fin tenía á Saniel en su poder.

Verdaderamente, aquel testimonio llegaba demasiado tarde; la prescripción había alcanzado al asesino, porque nada se había intentado contra él en el período de diez años.

Florentino no podía pedir la revisión del proceso, ni intentar su rehabilitación, puesto que no era posible proceder contra Saniel por aquellos asesinatos; pero, ¡qué peso tendría aquella prueba en la conciencia del jurado cuando, conducido ante los tribunales bajo la acusación de ser el asesino de sus hijastros, probaran Sofia Aubry y Mad. Thézard, si aún existía, que era también el asesino de Caffié y de Madame Dammauville!

En menos de una hora salvó la distancia que hay desde Plailly á la estación de Survilliers, y apenas bajó del tren en París, se dirigió presuroso á la calle de Capuchinos.

¿Qué le esperaba allí? ¿Habría muerto Mad. Thézard? ¿Viviría aún en aquella casa? Si así no era, ¿dónde la buscaría?

Con voz que la emoción hacía insegura, preguntó á la portera:

—¿Está Mad. Thézard?

—No está ahora en París.

Respiró. Vivía, que era lo principal; lo demás le parecía de poquísima importancia, porque si no se hallaba en París, esperaría su regreso.

Pronto comprendió que se había dejado arrebatado por la esperanza. La casa de la calle de Capuchinos no era el domicilio fijo de Mad. Thézard, que, en realidad, vivía en el extranjero; hallábase entonces en Smirna, donde estaba de cónsul su marido.

Había venido á París á pasar la primavera, y se ignoraba cuando volvería; era probable que no lo verificara hasta la primavera siguiente.

Libre, y teniendo en el bolsillo el dinero necesario para el viaje, en aquel mismo momento habría salido para Smirna; tan convencido estaba de que madame Thézard le daría pruebas más convincentes aún que las que le había dado Sofía Aubry, pero no podía contar con la libertad que le hacía falta para emprender el viaje, ni con el dinero tampoco.

Así fué que tuvo que conformarse con saber que Mad. Thézard estaba viva y que se la podría hallar cuando hiciera falta.

—¿Qué tienes?—le preguntó Filis, cuando pudo interrogarle libremente.

—Le tengo cogido.

Y explicó cómo lo había conseguido, gracias al testimonio de Sofía Aubry y al de Mad. Thézard.

Filis reconoció que el de la doncella encerraba graves cargos contra Saniel, pero no dió la misma fuerza al de Mad. Thézard.

—¿Sabes por ventura si Mad. Dammauville dijo á

ésta que en el médico que la acababa de visitar había reconocido al asesino de Caffé?

—¿Por qué no se lo había de decir? ¿No es verosímil que en el estado de agitación en que se hallaba en el momento que llegó á su casa su mejor amiga, explicase á ésta la causa de aquella agitación? No había razón alguna para que guardara consideraciones á Saniel.

—Bajo ese punto de vista, puede ser que tengas razón; pero por otro lado, ¿es posible admitir que madame Thézard haya guardado el secreto de las importantes revelaciones de su amiga? Nada la obligaba á ello; al contrario: estaba en el deber de hablar, porque hablando podía salvar á un inocente.

—¿No tienes en cuenta que Mad. Thézard partía para la Australia aquella misma noche, y que no estando en Francia cuando me sentenciaron, no pudo hacer semejante revelación?

—¿Y más tarde cuando supo la muerte de su amiga?

—Ahí hay un punto obscuro, que sólo Mad. Thézard puede aclarar; pero su silencio no prueba su ignorancia. Mad. Dammauville habló; estoy tan cierto de ello, como si lo hubiera oído; Mad. Thézard ha callado no sé por qué; pero que haya callado diez años no quiere decir que ahora se niegue á hablar.

—¿Qué quiere decir ese «ahora»? Antes que espírase el plazo de diez años, su declaración y la de la doncella hubieran dado motivos para un nuevo proceso; pero si pasado diez años no se puede volver sobre lo que se ha sentenciado, ¿de qué te servirán sus declaraciones?

—Me servirán contra Saniel, cuando esté acusado de la muerte de sus dos hijos y sea preciso darle á conocer.

—Muy lejos vas con tus acusaciones.

—¿Mató á Caffié?

—Sí.

—¿Y á Mad. Dammauville?

—Sí.

—¿Y á ese pobre niño?

—No.

—¡Cómo! ¿No le ha matado?

—No lo creo; y si he de decir lo que siento, diré que tengo la seguridad de que no le ha matado. Hé aquí por qué no puedo asociarme completamente á tí en la empresa que tienes entre manos.

—¿Estás por el asesino y en contra del inocente?

—Estoy con el inocente, para que la justicia resplandezca, y sea su inocencia reconocida; por eso te seguía cuando aún no había espirado el plazo, dentro del cual era posible la revisión de tu proceso, y por lo mismo admitía todos los medios encaminados á obtenerla. Pero hoy, que el plazo ha espirado, no puedo admitir que se acuse al asesino de Caffié de serlo también de sus hijastros; no creo en su culpabilidad.

—Creo yo, y me basta.

—Tu odio te ciega; yo creo ver más claro. Porque mató á Caffié y á Mad. Dammauville, supones que haya matado al mayor de sus hijastros, y que fatalmente y en breve plazo matará también al menor.

—Así es.

—Pues bien; precisamente porque mató á Caffié y á Mad. Dammauville, no ha matado, no puede matar á sus hijastros.

—Sin duda conoces á los criminales mejor que yo.

—A ese, sí. No sé si hay un tipo de criminales al cual se asemejen todos los hombres que cometen un crimen....

— ¡Un crimen! No, crímenes, dirás mejor.

— En fin: conozco á ese, y sólo de él hablo. Cuando mató á Caffié, se hallaba en los mayores apuros; mató como un animal, como un salvaje, si quieres; mató para vivir. Cometió su crimen tanto más tranquilamente, cuanto que para él, en virtud de ciertas ideas que no sé si son avanzadas ó retrógradas, no existía la conciencia.

— ¿Y cuando asesinó á Mad. Dammauville?

— Lo hizo para defenderse; aquello era un duelo. Ahí tienes en qué condiciones mató á Caffié y á madame Dammauville.

— ¿Le quieres excusar?

— Me limito á decir lo que pienso. En la época á que me contraigo estaba completamente tranquilo. Pero, poco á poco, verificóse en él no sé qué misteriosa reacción, y llegó un día en que, obligado á reconocer que había pesado mal su acto de violencia con Caffié y con Mad. Dammauville, tuvo que admitir que su crimen ó sus crímenes, excusables en un bruto, eran insoportables para un hombre civilizado, para un hombre superior, como él lo era. Yo asistí á sus luchas, á sus tormentos, á sus remordimientos, á los suplicios que le imponía aquella conciencia cuya existencia había negado, y que de repente nacía é iba creciendo hasta ahogarle. Hé aquí por qué afirmo que hoy no puede haber concebido la idea de matar á sus hijastros. Si hay seres á quienes el crimen conduce al crimen, también los hay que no se dejan arrastrar por él, y yo tengo la convicción más profunda de que Saniel es de estos últimos. No solamente se horroriza de sus crímenes pasados, sino del crimen en general, porque sabe ya lo que el delito pesa.

—¡Ah, desdichada! ¿Le amas aún?

—Te juro que te engañas. Mi amor murió el mismo día que me alejé de él; pero que yo no le ame no es una razón para que le vea con los mismos ojos que tú.

—Yo le odio.

—Pues yo le desprecio y le compadezco.

—¿Qué dirás si Valeriano muere dentro de poco tiempo?

—Diré que la coincidencia será terrible, y nada más, pues que un padrastro puede perder á sus hijastros sin que se le acuse de haber causado su muerte. Porque ésta redunde en beneficio de alguien, no se puede afirmar que sea producto de un crimen. ¡Cuántos delitos, no sólo en la vida pública, sino en la privada pudieran traer pingües beneficios á determinadas personas, y sin embargo, no se cometen!

—Te contestará la muerte de Valeriano.

IV

A pesar de que Juan y Florentino habían visto las obras que en el castillo se habían llevado á cabo por orden de Saniel, persistían en su idea de que Valeriano no volvería á Venette.

Y, sin embargo, tuvieron que rendirse á la evidencia, cuando, después de saber que el regreso estaba anunciado para el fin de Octubre, vieron que llegaban exactamente en la fecha que habían fijado. Aquel día, á la caída de la tarde, llegaron el preceptor, Valeriano y su madre, y Saniel salió á recibirles á la escalinata que daba acceso al castillo. Así pudieron convencerse de que aún vivía Valeriano.

Florentino, que examinó al joven con todo el detenimiento que la escasa luz del crepúsculo y el poco tiempo que pudo observarle le permitieron, creyó notar que había crecido, pero que volvía pálido y endeble.

Al siguiente día por la mañana hallábase trabajando en el jardín de los niños, cuando vió que Valeriano se dirigía á él.

—Buenos días, normando.

—Buenos días, señorito Valeriano. ¿Cómo va de salud?

—Bastante bien; muchas gracias. ¿Habéis sido vos quien ha cuidado nuestros jardines todo este tiempo?

—Sí, señorito; como había trabajado en ellos antes, pedí permiso al jefe para encargarme de su cuidado y me lo concedió.

—Ya veo que los habéis cuidado bien.

—Lo mejor que he podido.

En efecto, ambos jardines, lo mismo el de Calixto que el de Valeriano, habían sido asistidos con el mayor esmero, y como aún no habían caído heladas, las flores de otoño estaban bellísimas; á los geráneos, á las begonias y á las rosas de té que concluían, mezclábanse los crisántemos que empezaban.

Paseaba lentamente Valeriano por las calles del jardín, en cuya amarilla arena se veían los surcos que los dientes del rastro habían impreso; de vez en cuando deteníase á contemplar una planta que por un motivo cualquiera le hacía recordar á su pobre hermano Calixto, y de sus hinchados ojos corrían abundantes lágrimas.

Florentino le seguía á cierta distancia, sin dirigirle la palabra, sin que pudiera creerse que le miraba; pero en su corazón sentían un vivo afecto por aquel

*El Cronista de la Provincia
de Málaga*

B. L. M.

al Sr. D.

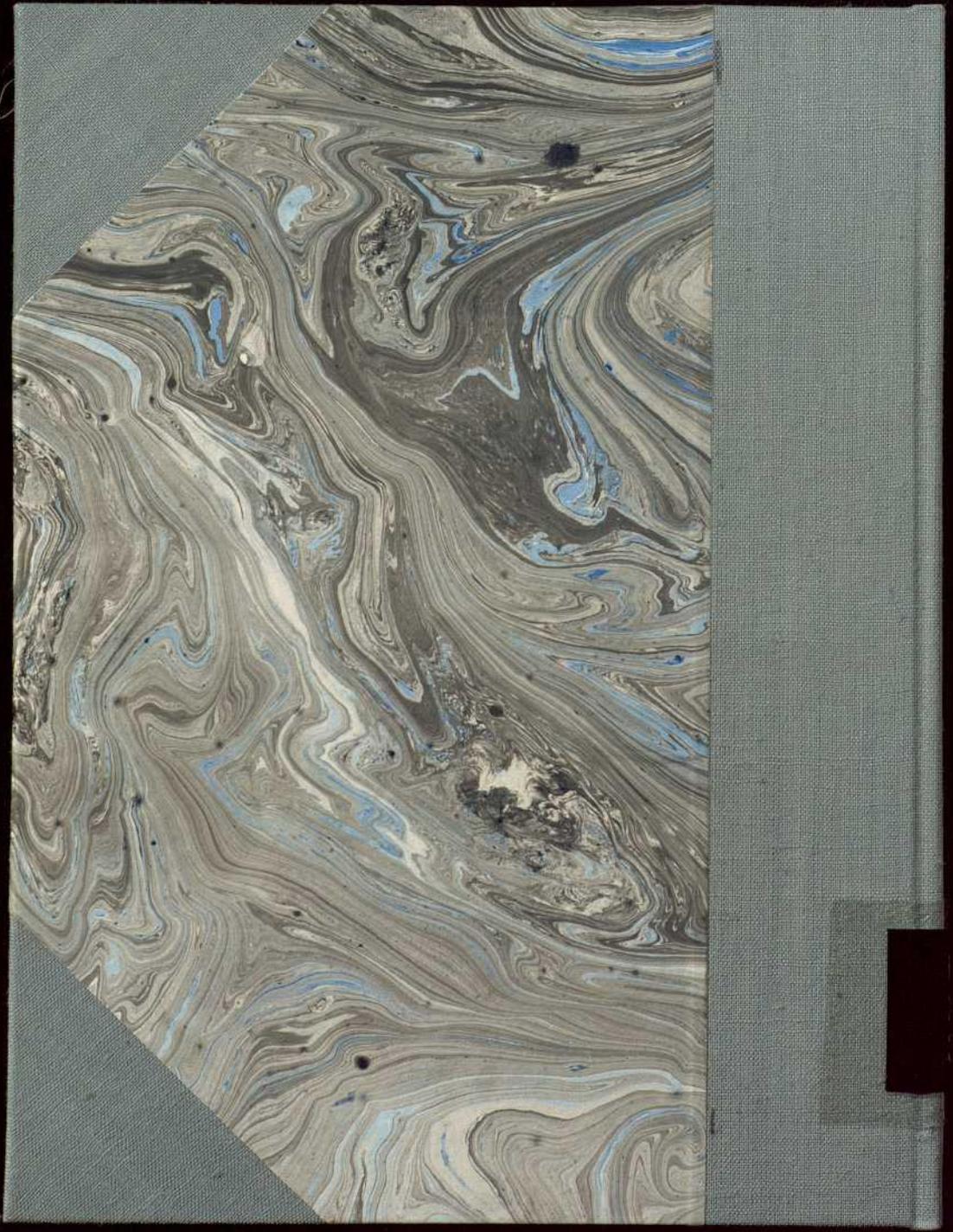
*y proyectando escribir, de acuerdo con una Casa editorial, un
DICCIONARIO DE ESCRITORES ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS,
le ruego le envíe sus datos biográficos y sus libros y folletos im-
presos, ó al menos títulos, imprenta y fecha de publicación de
cada uno. También le agradecerá una nota con los nombres y
domicilios que conozca de los escritores residentes en esa Pro-
vincia.*

D. Narciso Diaz de Escovar

*aprovecha esta oportunidad para ofrecerle el testimonio sincero
de su consideración y compañerismo.*

Málaga de de 189





FAN

XX

341